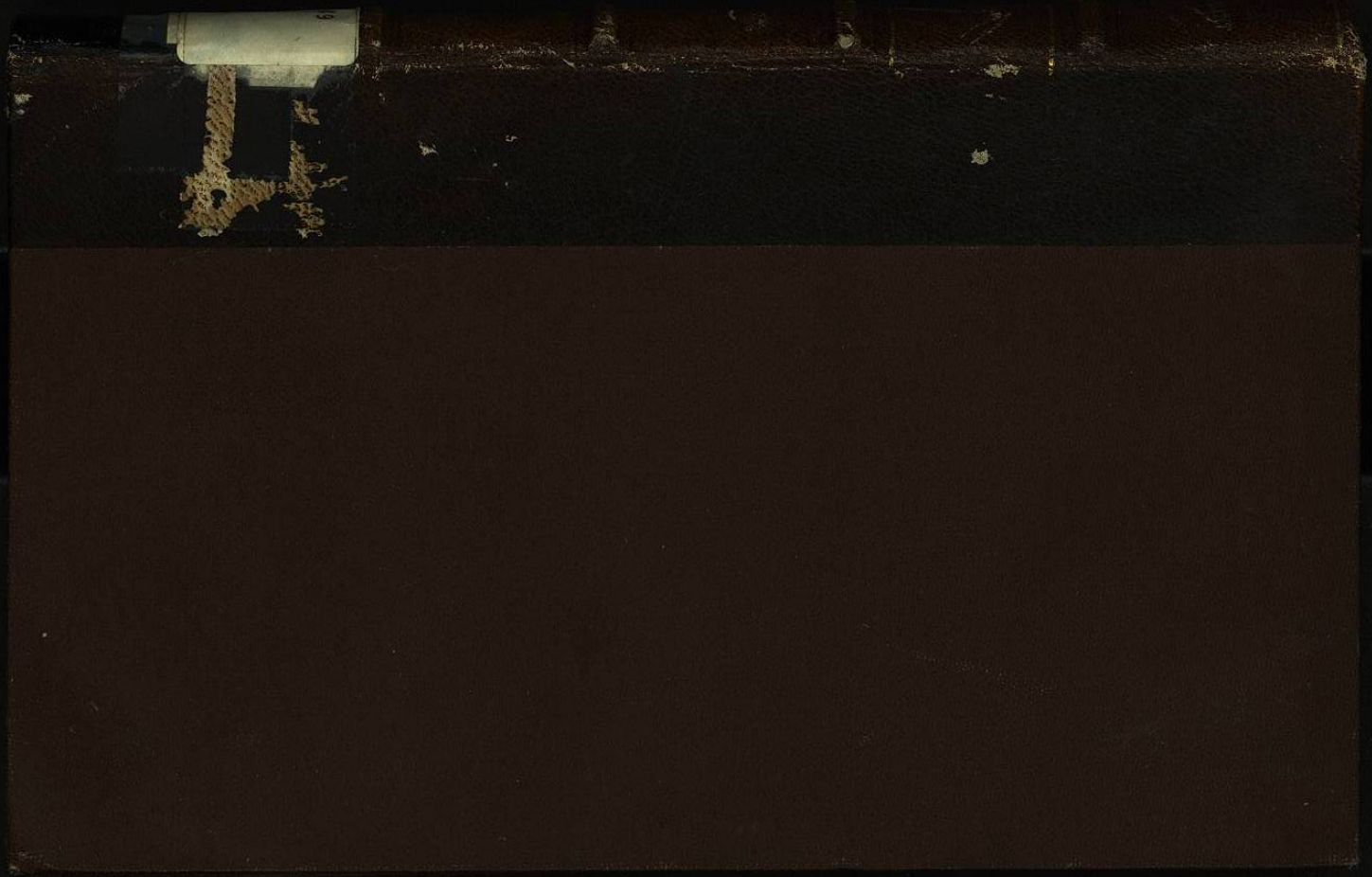

MAUPASSANT

LA LOCA

PQ2349
L6
S6

1020026647

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA LOCA

Núm. Clas. N
Núm. Autor M452l
Núm. Adq. 30503
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Grabó

OBRAS
DE
GUY DE MAUPASSANT

	Tomos
El buen mozo.	2
La señorita Perla.	1
La criada de la granja.	1
Berta.	1
Bajo el sol de Africa.	1
El testamento.	1
La loca.	1
La abandonada.	1
Miss Harriet..	1

GUY DE MAUPASSANT

LA LOCA

Traducción de AUGUSTO RIERA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

B0503 099767

813
M.

PQ2349
L6
S6

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

LA LOCA

30503

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA LOCA

A Roberto de Bonnières.

Mirad, dijo el señor Mathieu d'Eudolín, las becadas me recuerdan una anécdota siniestra de la guerra.

Creo que conocen ustedes mi propiedad del arrabal de Cormeil. La habitaba cuando llegaron los prusianos.

Tenía entonces por vecina una especie de loca cuyo cerebro se trastornó á impulsos de repetidas desgracias. A los veinticinco años perdió, en un mes, á su padre, á su marido y á su hijo recién nacido.

Cuando la muerte entra en una casa vuelve casi siempre inmediatamente á ella, como si conociera la puerta.

La infeliz, abrumada por el dolor, enfermó y deliró durante seis semanas. Después, como si un cansancio tranquilo hubiera sucedido á aquella crisis violenta, quedó sin movimiento, sin comer apenas, moviendo solamente los ojos. Cuando la querían hacer levantar gritaba como si la mataran. Dejáronla, pues, tendida, y únicamente la sacaban de la cama para limpiar y para volver los colchones.

Una criada vieja la servía, dándole de beber y haciendo que de cuando en cuando comiera un poco de fiambre. ¿Qué ocurría en el fondo de aquella alma desesperada? Nadie lo supo jamás; porque la cuitada no volvió á hablar. ¿Pensaba en los muertos? ¿Soñaba sin idea fija? Quizá su pensamiento anulado estaba inmóvil como el agua sin corriente.

Durante quince años permaneció de aquel modo, muda é inmóvil.

Llegó la guerra y á primeros de diciembre los prusianos penetraron en Cormeil.

Me acuerdo como si fuera ayer. Helaba de un modo horrible. Estaba yo inmovilizado en un sillón, á consecuencia de un ataque de gota, cuando oí el ruido pesado y rítmico de sus pasos. Les vi pasar desde mi ventana.

Desfilaban sin cesar, todos iguales, con esos movimientos de monigote que les son peculiares. Los jefes alojaron á los soldados. Yo alojé diecisiete. A la loca le tocaron doce, entre ellos un comandante que era un verdadero borracho, violento, adusto.

Durante los primeros días no ocurrió nada de particular. Habían dicho al comandante que su huéspeda estaba enferma, y poco le importaba. Pero el no ver nunca á su huéspeda le irritó; se informó de qué enfermedad tenía, y le contestaron que hacía quince años que no se movía de la cama. No lo creyó sin duda é imaginó que la pobre demente permanecía en cama para no ver á los extranjeros, para no hablarles ni rozarse con ellos.

Exigió que la señora le recibiera; le hicieron entrar en su cuarto. Preguntó con tono adusto y estropeando el francés:

—Señora, le ruego que se levante y que baje, para que la veamos.

Ella volvió hacia el militar sus ojos vacíos, sin expresión y no replicó.

—No toleraré insolencias. Si no se levanta usted de grado se levantará por fuerza; ya hallaré medio de hacerla paséar.

No hizo la infeliz ni un ademán y permaneció inmóvil como si nada hubiera visto.

El comandante se enfurecía creyendo ver en aquel silencio una prueba de supremo desprecio. Y añadió:

—Si no baja usted mañana...

Y luego salió.

Al día siguiente la vieja criada, desesperada, quiso vestirla; pero la loca empezó á chillar, forcejeando. El oficial subió rápidamente; la vieja se echó á sus plantas, gritando:

—No quiere, señor, no quiere. Perdónela usted; ¡es tan desgraciada!

El soldado estaba turbado, no atreviéndose, á pesar de su cólera, á hacerla sacar de la cama por sus subordinados. Pero de pronto se echó á reir y dió algunas órdenes en alemán.

Pronto se vió salir un destacamento que sostenía un colchón, como si llevaran en él un herido. En aquella cama la loca permanecía indiferente, tranquila, silenciosa, pues la dejaban estar acostada. Un hombre que iba detrás llevaba un lío con vestidos de mujer.

El oficial dijo, frotándose las manos:

—Ya veremos ahora si puede usted vestirse sola y dar un paseíto.

Aquel cortejo se alejó en dirección al bosque de Imauville.

Dos horas después los soldados volvieron solos.

La loca no pareció más. ¿Qué habían hecho de ella? ¿Dónde la llevaron? No se supo jamás.

La nieve caía sin tregua, de día y de noche, cubriendo campos y bosques con una mortaja de blanca y helada espuma. Los lobos aullaban junto á las puertas del pueblo.

No me abandonaba el pensamiento de aquella mujer desaparecida. Di muchos pasos cerca de las autoridades prusianas, para ver si conseguía alguna noticia. Por poco mé fusilan.

Llegó la primavera. El ejército de ocupación se retiró. La casa de mi vecina continuaba cerrada. Hierbajos y musgo crecían en los patios y en las avenidas del jardín.

La vieja criada murió durante el invierno. Nadie pensaba ya en aquel suceso; sólo yo lo recordaba de continuo.

¿Que hicieron de aquella mujer? ¿Habría huído á través del bosque? ¿La habían recogido en algún punto y enviádola á un manicomio sin poder obtener indicación alguna de ella? Nada, ningún indicio disipaba mis dudas; pero el tiempo calmó la angustia que aquel recuerdo me producía.

Al otoño siguiente las becadas pasaron á millares, y como la gota me daba una tregua, me llegué al bosque. Había matado ya tres ó cuatro aves picudas, cuando derribé una que cayó en un foso lleno de ramas. Tuve que bajar á él para recoger la pieza. La hallé junto á una calavera. Bruscamente el recuerdo de la loca surgió en mi memoria. Muchos otros sin duda habían espirado en el bosque durante aquel año terrible; pero, no sé por qué, estaba seguro, segurísimo de que había hallado el cráneo de la infeliz maniaca.

De pronto adiviné y comprendí todo. La abandonaron en el bosque, desierto y frío, sobre el colchón; y ella, fiel á su idea fija, se dejó morir bajo la espesa y ligera pelusa de las nieves, sin moverse, sin asustarse.

Luego los lobos la habrían devorado.

Y los pájaros hicieron sus nidos con la lana de su cama destrozada.

Guardé aquel triste despojo. Y hago votos de continuo para que nuestros hijos no vean nunca los horrores de la guerra.

CANTÓ UN GALLO

Cantó un gallo

A Renato Billote.

La señora Berta de Avancelles había rechazado hasta entonces las súplicas de su admirador desesperado el barón José de Croissard. Durante el invierno, en París, la había perseguido con ardor, y ahora daba en su honor fiestas y cacerías en su castillo normando de Carville.

El marido, el señor de Avancelles, nada veía ni sabía, como de costumbre.

Vivía, á lo que decían, separado de su mujer á causa de su debilidad física, que su señora no le perdonaba. Era un hombrecillo rechoncho, calvo, corto de piernas, de brazos, de cuello, de nariz, de todo.

La señora de Avancelles era, por lo contrario, una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

joven morena y atrevida que se reía de un modo sonoro en las barbas de su marido á quien llamaba públicamente «la señora Tontaina» y que miraba con expresión animadora y tierna los anchos hombros, el pecho robusto y los largos bigotes rubios de su admirador eterno el barón José de Croissard.

Nada le había otorgado sin embargo. El barón se arruinaba por ella. Sin cesar daba fiestas, cacerías, y buscaba nuevas diversiones, á las que invitaba á la nobleza de los alrededores.

Durante el día, los perros ladraban sin cesar detrás de jabalíes y zorras y todas las noches deslumbradores fuegos artificiales iban á mezclar con las estrellas sus penachos de fuego, en tanto que las ventanas iluminadas del salón lanzaban sobre los cuadros del parque estelas de luz en las que de cuando en cuando aparecían las sombras de los que pasaban por delante de los balcones ó ventanas.

Era en otoño, la estación amarillenta. Revoloteaban sobre la hierba bandadas de pájaros, vagaba por el aire olor de tierra húmeda, de tierra desnuda como se siente el olor de la desnuda carne cuando caen después del baile los vestidos de una mujer.

Una noche, durante la última primavera, la se-

ñora de Avancelles había dicho al señor de Croissard que la asediaba de continuo con sus ruegos:

—Si debo caer, amigo mío, no será antes que caigan las hojas. He de hacer demasiadas cosas este verano para que me quede tiempo para ello.

Se había acordado el barón de aquella palabra atrevida, y quizá dicha en broma, y cada día adelantaba sus trabajos de aproche y se enseñoreaba más del corazón de la hermosa, que sólo resistía, al parecer, por pura forma.

Iba á celebrarse una gran cacería. El día anterior, la señora Berta dijo riendo al barón:

—Barón, si cobra usted la pieza le hago un regalo.

Apenas amaneció estuvo el barón en pie para ver dónde se había refugiado el solitario. Acompañó á sus ojeadores, distribuyó los puestos, organizó todo para preparar su triunfo, y cuando resonaron las trompas de caza dando la señal de partida, apareció vestido con una casaca roja con galones de oro, apretado el talle, ancho el busto, la mirada radiante, fresco y fuerte como si acabara de salir del lecho.

Marcharon los cazadores. El jabalí salió de su guarida y huyó seguido de los perros á través de

la maleza; galoparon los caballos llevando por los estrechos senderos del bosque amazonas y jinetes, mientras que por los anchos caminos reblandecidos, rodaban sin ruido los coches que acompañaban desde lejos la comitiva.

La señora de Avancelles por malicia retuvo al barón junto á ella, siguiendo al paso una gran avenida interminablemente recta y larga, formada por cuatro hileras de robles que la cubrían con su ancha bóveda.

Estremecido de amor y de inquietud, escuchaba con un oído la charla burlona de la joven, y con el otro seguía la tocata de las trompas y la voz de los perros que se alejaban.

—De modo que ya no me ama usted?—decía ella.

—¿Cómo puede usted decir tamaño desatino?—replicó él.

—Es que me parece que le gusta á usted más la caza.

—¿No me ha dicho usted misma que debía matar por mi mano el jabalí?—replicó el barón.

La joven añadió gravemente:

—Ya lo creo, es preciso que le mate usted ante mis ojos.

Entonces él se estremecía excitando al caballo que saltaba, y decía perdiendo la paciencia:

—¡Voto va, señora! Me parece que no podré hacerlo si permanecemos aquí.

Ella le hablaba tiernamente poniéndole la mano en el brazo ó acariciando como al descuido las crines de su caballo.

Y, riendo, le decía:

—Pues debe usted matarlo, ó sino, tanto peor para usted.

Luego volvieron á la derecha entrando en un caminito cubierto, y de pronto, para evitar una rama, se inclinó tanto la joven hacia él, que sus cabellos le rozaron la mejilla.

Entonces, la abrazó brutalmente, y apoyando sobre la sien sus grandes bigotes, la besó de un modo furioso.

Permaneció inmóvil un momento bajo aquella caricia avasalladora, y luego, volvió violentamente la cabeza, y bien por casualidad, bien á caso hecho, sus labios encontraron los labios del barón bajo la cascada de su pelo rubio.

Entonces, bien por confusión ó por remordimiento, espoleó á su caballo que partió á galope, y así corrieron largo tiempo sin cambiar siquiera una mirada.

El torbellino de la caza se aproximaba cada vez más; los jarrales parecían estremecerse, y de repente, rompiendo las ramas de un talludo brezo, cubierto de sangre, rechazando á los perros que le mordían, pasó el jabalí.

Entonces el barón, lanzando una carcajada de triunfo, gritó: «¡Que me siga quien me quiera!»

Y desapareció entre el monte bajo, como si le hubiera tragado el bosque.

Cuando llegó la joven algunos minutos más tarde á un claro, se levantaba el barón manchado de barro, con la casaca desgarrada y las manos ensangrentadas, mientras la res tendida en el suelo mostraba en la paletilla el cuchillo de monte hundido hasta la empuñadura.

Se descuartizó el animal ya de noche á la luz de las antorchas que embalsamaban las tinieblas con su humareda resinosa, mientras la luna hacía palidecer su roja llama. Los perros comían las entrañas mal olientes del jabalí, y ladraban y reñían. Ojeadores y cazadores, formando círculo en torno de la res, tocaban las trompas. Su ruido formidable subía más alto que los bosques, y se alejaba repetido por los ecos de los lejanos valles despertando á los ciervos inquietos, á las zorras chilladoras, y

turbando los juegos de los conejitos grises junto á los claros del bosque.

Las aves nocturnas revoloteaban asustadas sobre la jauría ardorosa, y las mujeres, enternecidas por todas aquellas escenas violentas, se apoyaban en el brazo de los hombres, y se perdían por las avenidas, antes que los perros hubieran acabado de comer. Lánguida después de aquella jornada de fatiga y ternura, la señora de Avancelles dijo al barón:

—¿Quiere usted dar una vuelta por el parque, amigo mío?

Pero él sin contestar, tembloroso, desfallecido, la arrastró.

En seguida se besaron. Iban al paso, muy despacio, bajo las ramas casi desnudas que dejaban filtrar la luna; y su amor, sus deseos, su necesidad de estrecharse eran tan vehementes, que por poco se tumban al pie de un árbol.

No sonaban ya las trompas. Los perros, rendidos, dormían en sus perreras.

—Vamos á casa—dijo la joven.

Se volvieron.

Cuando estuvieron delante de la quinta, ella murmuró con voz desfallecida:

—Estoy tan cansada que voy á acostarme, amigo mío.

Cuando él abría los brazos para darle el último beso huyó ella diciéndole á guisa de adiós:

—No... voy á dormir... ¡Quien me ame que me siga!

Una hora después, cuando la quinta estaba silenciosa, el barón llamó quedamente á la puerta de su amiga. Viendo que no contestaba trató de abrir. El cerrojo no estaba corrido. Meditaba la joven de codos en la ventana.

Se echó á sus pies besando apasionadamente sus rodillas á través de la bata de noche. Nada decía la joven, acariciando con sus dedos afilados los cabellos del barón.

De pronto, desprendiéndose, como si hubiera tomado una gran resolución, murmuró la joven con su expresión atrevida, pero en voz baja:

—Voy á volver, espéreme.

Y su dedo, tendido en la sombra, señalaba en el fondo del cuarto la mancha blanca de la cama.

Entonces, á tientas, embriagado, con las manos temblorosas, se desnudó rápidamente y se deslizó entre las frescas sábanas. Se tendió con delicia olvidando casi á su amiga ante el placer que le producía aquella caricia de la ropa blanca en su cuerpo cansado y rendido.

La joven no volvía, divirtiéndose sin duda en ha-

cerle esperar. El barón cerraba los ojos sintiendo un bienestar exquisito en la espera de las delicias durante tanto tiempo anheladas. Pero poco á poco, sus miembros quedaron laxos, se entorpeció su pensamiento, y cada vez fué más incierto y flotante. Rindióle la fatiga al cabo y se durmió.

Durmió con el pesado sueño, con el invencible sueño de los cazadores extenuados. Durmió hasta la aurora.

De pronto, por la ventana abierta penetró la voz de un gallo que se había dormido en un árbol vecino. Entonces sorprendido por aquel grito sonoro, el barón abrió los ojos.

Al sentir el contacto de un cuerpo de mujer y encontrándose en una cama que no era la suya, sorprendido, y no acordándose de nada, balbuceó en la inconsciencia del despertar:

—¿Qué hay, dónde estoy?

Entonces ella, que no había dormido, viendo aquel hombre despeinado, con los ojos enrojecidos y los labios entreabiertos, contestó con el tono altanero con que hablaba á su marido:

—No es nada, es un gallo que canta. Vuelva usted á dormirse, caballero, eso no le importa á usted.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN HIJO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UN HIJO

A Renato Maizeroy

Los dos antiguos amigos se paseaban por el jardín florido en el que la primavera hacía estallar la vida.

Uno era senador, el otro de la Academia francesa, graves ambos, henchidos de razonamientos tan lógicos como solemnes, hombres de talla y reputación.

Charlaron primero de política, cambiando impresiones, no sobre Ideas, sino sobre los hombres, sobre las personalidades que, en tal materia, son siempre más influyentes que la Razón. Luego entraron en el capítulo de los recuerdos; después callaron, continuando su paseo, algo enternecidos por aquel tiempo espléndido y por el aire perfumado.

Un gran cuadro de alelíes exhalaba su aroma dulzón y delicado; infinitas flores de todas clases y matices embalsamaban la brisa, mientras que un ébano cubierto de amarillentos racimos, esparcía al viento su fino polvo, humo dorado que olía á miel y que llevaba, como los polvos bien olientes de las perfumerías, su simiente embalsamada por el espacio.

El senador se detuvo, aspiró la nube fecundante que flotaba, miró el árbol enamorado que resplandecía como un sol y cuyos gérmenes volaban, y dijo: «¡Cuándo se piensa en que estos imperceptibles átomos perfumados van á crear existencias á centenares de leguas de aquí, á hacer estremecer las fibras y las savias de árboles hembras y á producir seres con raices que nacen de un germen como nosotros; como nosotros mortales, y que serán reemplazados por otros seres de igual esencia, también como nosotros!»

Luego, deteniéndose ante el ébano radioso cuyos perfumes vivificantes se desprendían á cada estremecimiento del aire, el senador añadió: «¡Ah, pillastre! Si debieras llevar la cuenta de tus hijos, apuradillo te verías. Este sí que los hace fácilmente y los abandona sin remordimientos, sin acordarse más de ellos.

El académico replicó: «Todos hacemos lo mismo, amigo mío».

El senador repuso: «No lo niego, les abandonamos á veces, pero lo sabemos, y de ahí nuestra superioridad».

Su compañero meneó la cabeza: «No, no es esto lo que quiero decir. Mire usted, amigo, no hay hombre que no tenga hijos ignorados, esos hijos *de padre desconocido*, que ha hecho, como este árbol se reproduce, casi inconscientemente.

Si fuéramos á echar la cuenta de las mujeres que hemos tenido, nos veríamos tan apurados como este ébano, á quien interpelaba usted, para enumerar nuestros descendientes.

De los dieciocho á los cuarenta años, contando las aventuras momentáneas, los contactos de cinco minutos, se puede creer que hemos tenido... relaciones íntimas con dos ó trescientas mujeres.

Pues bien; ¿está usted seguro que entre ellas no ha fecundado una por lo menos y que no posee usted en el arroyo un hijo ganapán que roba y asesina á la gente, es decir, á usted mismo, si se le presenta la ocasión? ¿Cree usted que no tiene una hija en lugar de perdición, ó cuando menos de criada, si tuvo la suerte de que su madre la abandonara?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Piense usted que casi todas las mujeres que llamamos *públicas* tienen uno ó dos hijos de padre desconocido, hijos hechos al azar de sus abrazos de diez ó veinte francos. En todo oficio hay ganancias y pérdidas. Esos vástagos constituyen las «pérdidas» de su profesión. ¿Cuáles son sus generadores? Usted,—yo,—todos nosotros hombres de mundo. Tales son las consecuencias de nuestras alegres cenas de amigos, de nuestras noches de expansión, en que la carne contenta nos impulsa á los ayuntamientos casuales.

Los bandidos, los ladrones, todos los miserables son nuestros hijos. ¡Y vale más que si fuéramos los suyos, porque todos ellos se reproducen también, los pícaros!

Mire, yo tengo á cargo de mi conciencia una aventura deplorable que quiero explicarle. Constituye para mí un remordimiento incesante y, más que eso, una duda continua, una incertidumbre que me atormenta de un modo cruel.

A los veinticinco años emprendí, con un amigo que ahora es consejero de Estado, un viaje á pie.

Después de quince ó veinte días de pesadas marchas, después de ver las costas del Norte y una parte de Finistére, llegamos á Douarnenez; de allí,

en una etapa, ganamos la salvaje punta del Raz por la bahía de los Trepassés y dormimos en una aldea cualquiera cuyo nombre terminaba en *of*. Pero al amanecer, un raro cansancio hizo que mi compañero no pudiera levantarse. No digo de la cama, porque ésta era un saco de paja.

No era posible estar enfermo en tal sitio. Le obligué á levantarse y llegamos á Audierne entre cuatro y cinco de la tarde.

Al día siguiente estaba algo mejor. Volvimos á ponernos en camino; pero arreció su malestar y apenas si pudimos llegar hasta Pont-Labbé.

Allí por lo menos había una posada. Mi compañero se acostó y el médico, que vino de Quimper, declaró que tenía mucha fiebre, sin determinar su causa.

¿Conoce usted Pont-Labbé? No. Bueno; es la ciudad más bretona de toda la Bretaña bretañista que va desde la punta del Raz al Morbihán, de esa comarca que encierra la esencia de las costumbres, de las leyendas y de los usos bretones. Aun hoy día ese rincón de mundo apenas ha cambiado. Digo: *aun hoy día*, porque voy allí todos los años.

Un viejo castillo baña el pie de sus torres en un estanque triste, muy triste, que encierra vuelos de

aves silvestres. De allí parte un río que los faluchos pueden remontar hasta la ciudad. Y en las calles estrechas de casas antiguas, los hombres llevan sus anchos sombreros, el chaleco bordado y las cuatro blusas superpuestas; la primera que les llega hasta los homóplatos sólo, la última que llega más abajo de la cintura.

Las muchachas, lindas, frescas, tienen el pecho aplastado por un jubón de paño que forma una especie de coraza, que las oprime, y no deja adivinar siquiera su garganta desarrollada y martirizada. Su tocado es rarísimo. Llevan en las sienes dos placas bordadas de un modo raro, que encuadran el rostro, comprimen los cabellos que caen por detrás de la cabeza y luego suben para formar un moño en lo alto de la cabeza, bajo una extraña cofia, que á veces es de tisú de oro ó de plata.

La criada de nuestra hostería tenía dieciocho años á lo sumo, los ojos azules, de un azul pálido que hendían los puntos negros de las pupilas, y los dientes cortos, apretados, que enseñaba de continuo al reir, parecían dispuestos á romper granito.

No sabía una palabra de francés. Sólo hablaba el bretón como la mayoría de sus compatriotas.

Como mi amigo no mejoraba, por más que no se

le declarara ninguna enfermedad, el médico le prohibía partir y le ordenaba un reposo completo. Pasaba, pues, los días á su cabecera, y de continuo entraba la criadita trayendo bien mi comida, bien un vaso de tisana.

Yo la hacía á veces una caricia, lo cual parecía agradarle; pero no hablábamos por la sencilla razón de que no nos entendíamos.

Una noche, que había permanecido hasta muy tarde junto al enfermo, crucé al ir á mi cuarto, á la muchacha que se dirigía al suyo. Precisamente fué junto á mi puerta, abierta de par en par; entonces, bruscamente, sin pensar en lo que hacía, la cogí por la cintura, y antes que se hubiese dado ella cuenta de lo que hacía, estaba encerrada en mi cuarto. Me miraba asustada, despavorida, enloquecida, no atreviéndose á gritar por temor á un escándalo, á ser echada por sus amos primero, y quizá también por su padre.

Había hecho aquello riendo; pero apenas la vi en mi cuarto, anhelé poseerla. Fué una lucha larga y silenciosa, una lucha cuerpo á cuerpo, al modo de los atletas, con los brazos tendidos, crispados, jadeante el resuello, húmeda de sudor la piel. ¡Oh! Se defendía bravamente; y á veces chocábamos

contra un mueble, contra un tabique, y entonces permanecíamos inmóviles algunos segundos temiendo que el ruido hubiera despertado á alguien. Luego reanudábamos nuestra batalla encarnizada, yo atacando y defendiéndose ella.

Rendida al cabo, cayó; y la poseí brutalmente en el suelo, sobre las losas.

Levantándose en seguida fué á la puerta, corrió los cerrojos y escapó.

Apenas la vi los días siguientes. No dejaba que me le acercara. Luego, cuando mi camarada estaba ya curado y debíamos partir, una noche la vi entrar en mi cuarto, descalza, en camisa.

Se echó en mis brazos, me abrazó apasionadamente, me acarició llorando, sollozando, dándome, en fin, todas las pruebas de cariño que nos puede dar una mujer cuando no entiende una palabra de nuestra lengua.

Ocho días después había olvidado ya aquella aventura común y frecuente cuando se viaja, pues las criadas de hostería parecen destinadas á la distracción de los viajeros.

Estuve treinta años sin acordarme de ello y sin volver á Pont-Labbé.

En 1876 volví allí, á causa de una expedición que

emprendí á Bretaña para observar bien los paisajes, pues tenía que escribir un libro.

Nada me pareció cambiado. El castillo continuaba hundiendo sus paredes grises en el estanque junto á la entrada de la ciudad; la hostería era la misma aun cuando remozada, con aspecto más moderno. Al entrar fuí recibido por las bretonas jóvenes, frescas y lindas, embutidas dentro de su jubón de paño, con diademas de plata y grandes placas bordadas en las sienes.

Eran cerca de las seis de la tarde. Me puse á la mesa para comer, y cuando el hostelero se desvivía por servirme, se me ocurrió por mi desdicha preguntarle:

—¿Conoció usted á los antiguos dueños de esta casa? Hace treinta años pasé aquí diez días. Hablo de hace mucho tiempo.

—Eran mis padres, señor—respondió.

Entonces le expliqué en qué ocasión estuve en su casa, y cómo me detuve en ella por la indisposición de mi amigo.

—Lo recuerdo muy bien. Entonces sólo tenía quince ó dieciséis años. Usted dormía en el cuarto del fondo, y su amigo en el que ahora duermo yo, y que da á la calle.

Entonces es cuando me acordé de un modo preciso de la criadita, y pregunté:

—¿Recuerda usted una linda criadita que tenía en aquella época su padre de usted, y que poseía, si la memoria no me es infiel, unos lindos ojos y unos dientes muy blancos?

—Sí, señor—replicó;—murió poco tiempo después, de parto.

Y señalando con la mano hacia el patio, donde un hombre flaco y cojo revolvía estiércol, dijo:

—Este es su hijo.

Me eché á reir.

—No le ha favorecido mucho la naturaleza. De fijo que se parece al padre; porque no me recuerda su madre.

—Puede ser—replicó el hostelero;—pero no se ha sabido jamás quien fué. Murió sin decírselo á nadie y aquí nadie le conocía novio. Causó gran asombro saber que estaba en cinta. Nadie quería creerlo.

Sentí un estremecimiento desagradable; uno de esos contactos penosos que llegan al corazón, como anunciando la proximidad de una gran desdicha. Miré al hombre que me había indicado el posadero. Acababa de sacar agua para los caballos y

llevaba los dos cubos cojeando, con un esfuerzo doloroso de la pierna más corta. Iba desarrapado, asquerosamente sucio, con el pelo amarillento largo y de tal modo enmarañado que le formaba una especie de cuerdas que le caían por las mejillas.

El huésped añadió:

—No vale gran cosa y por caridad se le ha conservado en casa. Quizá fuera más presentable si se le hubiera educado como á todos nosotros. Pero ¿qué quiere usted, caballero? Ni padre, ni madre, ni bienes. Mis padres tuvieron lástima de él, pero al cabo no era suyo; ¿comprende usted?

No contesté.

Me acosté en mi antiguo cuarto y durante toda la noche pensé en aquel horrible mozo de cuadra. «¿Y si fuera mi hijo? ¿Acaso maté á su madre y procreé aquel sér?» Era posible.

Decidí hablar con aquel hombre y conocer la fecha fija de su nacimiento. Una diferencia de dos meses tranquilizaría mi conciencia.

Le llamé al día siguiente. Pero no sabía el francés. Parecía no entender una palabra é ignoraba por completo su edad, que una de las muchachas le preguntó de parte mía. Permanecía con expresión alelada ante mí, arrollando el sombrero entre

sus manazas asquerosas, riendo estúpidamente, con algo de la alegre risa de su madre en las comisuras labiales y en los ojos.

El hostelero fué á buscar la fe de bautismo del miserable. Había entrado en la vida ocho meses y veintiocho días después de marcharme yo de Pont-Labbé, pues recordaba perfectamente que llegué á Lorient el 15 de agosto. El acta llevaba la mención de «padre desconocido». Su madre se llamó Juana Kerradec.

Entonces mi corazón se echó á latir arrebatadamente. No podía hablar; me ahogaba y miraba aquel bruto cuyos cabellos amarillos parecían una masa de boñiga más asquerosa que la de los caballos; y el desdichado, á quien mi mirada turbaba, cesó de reir y volvió la cabeza con evidente intención de marcharse.

Durante todo el día paseé á lo largo del río haciendo reflexiones dolorosas. Pero ¿para qué reflexionar? Nada podía sacarme de mis dudas. Durante horas y horas pesaba todas mis razones, buenas ó malas, por ó contra mis probabilidades de paternidad, perdiéndome en suposiciones inacabables, para volver sin cesar á la misma horrible duda y luego á la convicción todavía más atroz de que aquel hombre era mi hijo.

No pude comer y me retiré á mi cuarto. Mucho me costó dormirme y cuando lo conseguí tuve un sueño lleno de pesadillas.

Tan pronto veía al infeliz que se me reía á la cara llamándome «papá», como se convertía en perro y me mordía las pantorrillas, y por más que huyera me alcanzaba siempre, y en vez de ladrar hablaba y me injuriaba; luego comparecía ante mis colegas de la Academia reunidos para decidir si era mi hijo; y uno de ellos exclamaba: «Es indudable; ¡miren cuánto se le parece!» Y, en efecto, advertí que aquel monstruo se me parecía. Y me desperté con esta idea fija y con el deseo imperioso de ver al miserable para saber si teníamos ó no alguna semejanza.

Le alcancé cuando iba á misa (era un domingo) y le dí cinco francos examinándole con ansia. El se echó á reir de un modo innoble, tomó el dinero, molestado por la fijeza de mi mirada y huyó después de farfullar una palabra casi inarticulada que sin duda querría decir «gracias.»

Pasé el día con igual ansiedad que el anterior. Por la noche hice venir al posadero, y con grandes precauciones, habilidades y astucia, le dije que me interesaba por aquel pobre sér abandonado de to-

dos, privado de todo, y que deseaba hacer algo en su favor.

El huésped replicó: «No lo intente usted, no vale nada ni para nada sirve; sólo le dará disgustos. Yo le empleo para limpiar el establo, y es lo único que sabe hacer. A cambio de ello le doy de comer, y duerme con los caballos. No necesita más. Si tiene usted unos pantalones viejos déselos, aun cuando los habrá roto antes de diez días.»

Insistí reservándome variar de opinión.

Por la noche el miserable volvió borracho como una cuba; poco faltó para que pegara fuego á la casa, mató un caballo á golpes de pico y durmió por fin en el barro, bajo la lluvia, gracias á mis liberalidades.

Al día siguiente me rogaron que no le diese más dinero. El aguardiente le enfurecía y en cuanto tenía diez céntimos, se los gastaba en la taberna. El posadero añadió: «Darle dinero es matarle.» Aquel hombre no había tenido jamás sino algunos céntimos que le echaban los viajeros, y en cuanto tenía alguno en su poder, lós convertía en bebida.

Entonces pasé muchas horas en mi cuarto, fingiendo que leía un libro; pero en realidad contemplando aquel infeliz, ¡mi hijo! ¡mi hijo! procurando

ver si se me parecía ó no. A fuerza de buscar creí ver semejanza en las líneas de la frente y del arranque de la nariz, y pronto hallé un verdadero parecido que disimulaban la diferencia de vestidos y la maraña de pelo del desdichado.

Pero no podía estarme más tiempo allí so pena de despertar sospechas, y me marché con el corazón angustiado, dejando una cantidad al posadero para mejorar en algo la situación de su criado.

Hace ya seis años que vivo en esa horrible incertidumbre, en esa duda abominable, y todos los años una fuerza invencible me lleva á Port-Labbé. Todos los años me condeno al suplicio de ver á aquel monstruo revolverse entre el estiércol, pensar que se me parece y buscar, siempre en vano, un modo de favorecerle.

Y cada año voy á Port-Labbé y vuelvo aquí más ansioso y atormentado.

He tratado de hacerle instruir; pero es idiota rematado.

He tratado de que la vida le fuera menos penosa. Pero es borracho empedernido y gasta en bebida cuanto dinero se le da; sabe también venderse un traje nuevo para convertirlo en aguardiente.

He procurado que su amo se compadeciera de él,

30503
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

mediante dinero. El hostelero, admirado al cabo, me respondió prudentemente: «Cuanto haga usted por él, señor, no servirá más que para perderle. Hay que tenerle como á un preso. En cuanto tiene tiempo ó solaz renace su maldad. Si quiere usted favorecer á alguien no ha de faltarle ocasión. Vaya usted á la inclusa y adopte uno, pero listo y bueno.

¿Qué podía responder?

Si dejara adivinar las dudas que me torturan, no hay duda que ese desdichado tendría bastante astucia para explotarme y comprometerme y perderme.

Y yo me digo que maté á la madre y he perdido á ese sér atrofiado, larva de establo, nacida y criada en el estiércol, ese hombre que, criado como los demás, á los demás se pareciera.

Y no puede usted figurarse la sensación extraña, confusa é intolerable que siento al verle, pensando que «aquello ha salido de mí, que me está unido por ese lazo íntimo que liga al padre con el hijo, que gracias á las terribles leyes de herencia es yo mismo por mil cosas, por su sangre y por su carne, y que tiene hasta los mismos gérmenes de enfermedades, los mismos fermentos de pasiones.

Y tengo siempre una dolorosa é insaciable necesidad de verle; y su vista me hace padecer horriblemente; y desde mi ventana le miro horas y horas revolver y acarrear basura, diciéndome: «Es mi hijo».

A veces siento vehementes ganas de abrazarle; pero no he tocado jamás su mano repugnante.

Calló el académico y su compañero el senador murmuró: «En verdad que debiéramos cuidarnos más de los muchachos que no tienen padre».

Un soplo de viento moviendo el árbol amarillo sacudió sus racimos y envolvió en una polvareda olorosa á los dos ancianos, que la respiraron con deleite.

El senador exclamó: «De todos modos es muy bueno tener veinticinco años y hasta hacer hijos de esa calaña».

SAN ANTONIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

San Antonio

A X. Charmes.

Le llamaban San Antonio porque se llamaba Antonio, y quizá también, porque era un alegre compadre bromista, tragón y aficionado á las mujeres, aunque tuviera ya más de sesenta años. Era un campesino del país de Caux, coloradote, de gran pecho y barriga, asentado sobre dos piernas que parecían demasiado delgadas dada la amplitud del cuerpo.

Era viudo, y vivía solo en su casa de campo con su criada y los dos mozos de labranza cuidadoso de sus intereses, entendido en negocios, buen agricultor y ganadero.

Sus hijos y sus tres hijas, casados todos, vivían en las cercanías é iban una vez al mes á comer con

su padre. Su vigor era célebre en todo el contorno y se decía á modo de proverbio: «Es fuerte como San Antonio,» cuando se quería ponderar el vigor de un hombre.

Cuando llegó la invasión prusiana, San Antonio prometió comerse un ejército hablando con sus compinches de taberna, pues era charlatán á fuer de normando, un tanto cobarde y fanfarrón. Golpeaba con el puño la mesa de madera que se estremecía haciendo bailar vasos y botellas, y gritaba con el rostro encendido y la mirada burlona, fingiendo una cólera que no sentía:

—¡Habré de comerme algunos, voto á Dios!

Creía que los prusianos no llegarían á Tanneville; pero cuando supo que estaban en Rautôt, no salía de su casa, y acechaba de continuo la carretera por la ventanilla de su cocina, creyendo á cada instante que iban á pasar bayonetas.

Una mañana, mientras comía la sopa con sus criados, se abrió la puerta, y el alcalde del pueblo, maese Chicot, entró seguido de un soldado que llevaba un casco negro con punta de bronce. San Antonio se levantó de un salto. Todos los presentes le miraron pensando que iba á matar al prusiano, pero se contentó con estrechar la mano del alcalde que les dijo:

—Aquí tienes uno para ti, San Antonio. Han llegado esta noche. No hagas ninguna tontería, porque hablan de fusilar y de quemarlo todo si ocurre la menor avería. Ya estás prevenido. Dale de comer; parece un buen chico. Buenas noches, voy á ver á los demás, pues para todos hay.

Se fué.

El tío Antonio, que estaba pálido, miró á su prusiano. Era un muchacho grueso, de carne grasa y blanca, de ojos azules, de pelo rubio, peludo hasta los pómulos, y que parecía idiota, tímido y buen muchacho. El normando lo adivinó en seguida, y tranquilizado le hizo señal de que se sentara. Luego le preguntó:

—¿Quiere usted sopa?

El extranjero no le comprendió. Antonio tuvo entonces un rasgo de audacia, y dijo poniéndole bajo las narices un plato lleno:

—Toma, trágate esto, gran cerdo.

El soldado contestó «ya» y se puso á comer con gusto, mientras que el campesino, triunfante y sintiendo reconquistada su reputación, guiñaba un ojo á sus criados que hacían unos visajes raros, teniendo á un tiempo mucho miedo y ganas de reir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Cuando el prusiano se hubo zampado su ración, San Antonio le sirvió otra que desapareció igualmente; pero no quiso tomar la tercera que el aldeano quería hacerle comer por fuerza, repitiendo:

—Ea, métete esto en la barriga. Engordarás ó reventarás, cerdo mío.

El soldado comprendiendo que querían darle de comer, reía contento y decía por medio de ademanes que ya estaba satisfecho.

Entonces, San Antonio, que ya había tomado confianza con él, le dió un golpecito en la barriga, gritando:

—Mirad cuánto ha comido mi cerdo.

Pero de pronto se movió en la silla como si fuera á sufrir un ataque no pudiendo hablar. Se le había ocurrido una idea que le hacía reventar de risa.

—Eso es, eso es, San Antonio y su cerdo. He aquí mi cerdo.

Los tres servidores se echaron á reir á su vez.

El viejo estaba tan contento que hizo traer aguardiente del bueno para convidar á todos los presentes. Brindaron con el prusiano que castañeteó la lengua por adulación y para indicar que lo hallaba muy de su gusto. Y San Antonio le gritaba:

—¿Eh? ¿no te parece bueno? ¿Acaso bebes en tu casa aguardiente de este, cerdo mío?

Desde entonces, el tío Antonio no salió nunca sin su prusiano. Le gustaba la broma. Aquello era su venganza de bromista. Y toda la gente que se moría de miedo, reía hasta reventar á espaldas de los vencedores de las bromas de San Antonio.

Verdaderamente, como broma era buena. No había otro como él para inventar cosas por el estilo. ¡Valiente bromista!

Se iba á casa de los vecinos después de comer, dando el brazo al alemán que presentaba con expresión alegre y dándole palmadas en el hombro. Al mismo tiempo decía:

—Mirad, este es mi cerdo, ved cómo engorda el animal.

Y los aldeanos se reían alabando la gracia de San Antonio.

—Te lo vendo por ochenta francos, Cesáreo.

—Me quedo con él, Antonio, y te convido á comer embutido.

—No, lo que me gusta son los pies de cerdo.

—Tócale el vientre y verás que todo es manteca.

Y todos guiñaban el ojo sin reir muy alto sin embargo, de miedo que el prusiano adivinara al cabo que se burlaban de él. Unicamente Antonio se atre-

vía más cada día y la pellizcaba los muslos diciendo: «Todo manteca»; le tocaba el final de la espalda diciendo: «Todo esto es tocino»; le levantaba entre sus brazos de viejo coloso capaz de sostener un yunque exclamando: «Pesa más de seiscientas libras y todo es aprovechable.»

Había tomado la costumbre de hacer ofrecer comida á su cerdo donde quiera que fuese con él. Esto le divertía de un modo infinito. «Dadle lo que queráis, lo come todo», decía.

Y ofrecían al soldado pan y manteca, patatas, guisado frío, y *audouille*, lo que hacía decir:

—De la de usted y de lo mejor.

El soldado, estúpido y bueno, comía por compromiso, encantado de aquellas atenciones; se atiborraba para no rehusar. Y verdaderamente engordaba, cabiendo apenas en su uniforme, lo cual hacía decir al viejo:

—¡Ah, cerdo mío, tendremos que hacerte otra pocilga!

Eran muy amigos; y cuando San Antonio salía al campo, el prusiano le acompañaba espontáneamente por el gusto de estar con él.

El invierno era frío; helaba hasta partir las piedras; el terrible invierno de 1870 parecía lanzar todos los azotes sobre Francia.

El tío Antonio, que veía de lejos y aprovechaba las ocasiones, previendo que faltaría estiércol para las labores de primavera, compró el de un vecino que necesitaba dinero, y se convino en que cada noche iría con su carro á buscar una carga de abono.

Cada día, pues, se ponía en camino al anochecer, é iba á la hacienda de los Haules que distaba una media legua, siempre acompañado de su cerdo. Y á diario se entretenían en alimentar al animal. Toda la gente acudía como el domingo se va á misa mayor.

El soldado, sin embargo, empezaba á desconfiar, y cuando reían demasiado alto, volvíasele inquieta la mirada y á veces colérica.

Un día, después de comer cuanto en gana le vino, rehusó un nuevo bocado y trató de levantarse para irse. Pero San Antonio le contuvo con un movimiento de muñeca y apoyándole sus manos poderosas en los hombros, le hizo sentar con tanta rudeza, que se rompió la silla.

Estalló una verdadera tempestad de carcajadas, y Antonio radiante, levantando á su cerdo, fingió que le curaba y luego exclamó:

—¡Ya que no quieres comer, vas á beber, voto á Dios!

Fueron por aguardiente á la taberna. El soldado miraba atravesado pero bebió sin embargo; bebió cuanto quisieron, y San Antonio le aguantaba la cabeza con gran alegría de los presentes.

El normando, rojo como un tomate, con la mirada centelleante, llenaba las copas y brindaba gritando:

—¡A la tuya!

El prusiano, sin decir una palabra, engullía una tras otra las copas de coñac.

Era una lucha, una batalla, un desquite. ¡Quién bebería más, voto á Dios! Y ni uno ni otro podía más al acabarse el litro. Ninguno de ambos quedaba vencido. Estaban empatados. Habría que empezar de nuevo al día siguiente.

Salieron tambaleándose y se pusieron en camino al lado del carro de estiércol que arrastraban lentamente los caballos.

Empezaba á nevar; la noche sin luna se iluminaba tristemente con la claridad muerta de las llanuras. El frío se apoderó de los dos hombres aumentando su embriaguez. Y San Antonio, descontento de no haber triunfado, se entretenía en empujar á su cerdo para hacerle caer en la cuneta.

El soldado evitaba los ataques por retiradas, y

cada vez pronunciaba algunas palabras alemanas que hacían soltar la carcajada al labriego. Por fin el prusiano se enfadó, y al darle un nuevo empujón Antonio, contestó con un puñetazo terrible que hizo tambalear al coloso.

Entonces, excitado por la embriaguez, el viejo cogió al prusiano cuerpo á cuerpo, le zarandeó como pudiera hacerlo con un niño, y le lanzó con todas sus fuerzas al otro lado de la carretera. Luego, contento de su proeza, se cruzó de brazos para reir á más y mejor.

Pero el soldado se levantó vivamente con la cabeza desnuda, pues se le había escapado el casco, y tirando del sable se precipitó sobre el tío Antonio.

Cuando éste advirtió lo que le esperaba, cogió por el centro su gran látigo de fresno, recto, fuerte y flexible como un vergajo.

El prusiano llegó con la cabeza baja y el arma tendida hacia delante, seguro de matar. Pero el viejo, cogiendo con la mano la hoja, cuya punta iba á abrirle el vientre, la apartó y dió á su enemigo un golpe seco en la sien con el puño de su látigo, derribándole á sus pies. Luego miró asustado y estupefacto el cuerpo del caído que se movía convulsivamente, y después quedó inmóvil tendido de

bruces. Se inclinó, le movió, le miró un rato. Tenía los ojos cerrados y un hilillo de sangre se escapaba de una herida que tenía en la frente. A pesar de la obscuridad, el tío Antonio distinguía la mancha negruzca de la sangre sobre la nieve.

Permanecía inmóvil, enloquecido, en tanto que los caballos continuaban arrastrando el carro.

¿Qué hacer? ¡Le fusilarían! ¡Quemarían su hacienda, arruinarían el país! ¿Qué hacer, qué hacer? ¿Cómo ocultar el cuerpo, la muerte, engañar á los prusianos? A lo lejos oyó voces, entre el silencio que reinaba en la campiña. Entonces, enloquecido, recogió el casco, se lo puso á su víctima, y cogiendo al soldado como un fardo, corrió hasta alcanzar el carro y lanzó el cuerpo sobre el estiércol. Una vez estuviese en casa ya vería lo conveniente. Iba despacito devanándose los sesos sin encontrar solución. Se veía, se sentía perdido. Entró en el patio de su casa. Una luz brillaba aún en el sobrado; su criada no dormía aún. Entonces hizo retroceder vivamente el carro hasta el agujero donde depositaba el estiércol. Pensó que dando la vuelta á la carga, el cuerpo que estaba encima caería debajo en el foso. Por medio de una hábil maniobra, y gracias á sus fuerzas, consiguió su objeto. Como

lo previera, el hombre quedó sepultado bajo el estiércol. Antonio apisonó el montón con el bieldo que plantó después en el suelo junto al montón. Llamó después á su criado, le ordenó que llevara los caballos al establo, y se fué á su cuarto.

Se acostó reflexionando acerca de lo que debía hacer, pero no se le ocurría ninguna idea; aumentaba su miedo con la quietud de la noche. ¡Le fusilarían! Sudaba de miedo. Castañeteábanle los dientes; se levantó temblando, no pudiendo aguantar durante más rato en la cama.

Bajó á la cocina, tomó la botella de coñac del aparador, y volvió á subir. Bebió dos grandes copas una tras otra, que produjeron una nueva embriaguez que se añadió á la antigua, sin calmar la angustia de su alma. ¡Buena la hizo, voto á Dios!

Se paseaba lentamente por el cuarto, inventando astucias, buscando explicaciones y artimañas, y de vez en cuando se limpiaba la boca con un trago de aguardiente para darse valor.

Pero no daba con lo apetecido; nada encontraba. A media noche, el perro que vigilaba, una especie de medio lobo, llamado Devorante, empezó á aullar de un modo lastimero. El tío Antonio se estremeció hasta los tuétanos, y cada vez que el animal

repetía su aullido largo y lúgubre, un escalofrío de miedo corría bajo la piel del viejo.

Había caído sentado en una silla con las piernas como rotas, atontado, sin fuerzas para nada, esperando con ansiedad que el perro volviera á empezar su queja, y estremecido por todos los sobresaltos que produce el terror en los nervios.

El reloj dió las cinco. El perro no callaba. El aldeano estaba medio loco. Se levantó para soltar á Devorante, y no oirle más. Bajó, abrió la puerta, se adelantó entre tinieblas.

La nieve continuaba cayendo. Todo estaba blanco; las construcciones de la granja formaban grandes manchas negras. Antonio se acercó al cajón del perro que trataba de romper la cadena. Le soltó. Entonces Devorante dió un salto y luego se detuvo de súbito con el pelo erizado, adelantadas las patas, enseñando los dientes y la nariz vuelta hacia el estiércol.

San Antonio, temblando de pies á cabeza, balbuceó:

—¿Qué te pasa, maldita bestia?

Y adelantó algunos pasos escrutando con la mirada la sombra indecisa del patio

Entonces vió una forma, una forma de hombre sentada sobre el estiércol.

Miraba aquello estremecido de horror y jadeante. Pero de pronto vió cerca de él el mango del bieldo clavado en el suelo y lo arrancó de un tirón. Entonces, en uno de esos transportes de miedo que hacen temerarios á los más cobardes, se adelantó para ver.

Era él, su prusiano, lleno de barro y que había salido de su lecho de estiércol, que le había calentado y reanimado. Se había sentado maquinalmente, y permanecía allí bajo la nieve que le salpicaba, manchado de porquería y de sangre, aun atontado por la embriaguez, aturdido por el golpe, debilitado por la herida.

Vió á Antonio, y demasiado atontado aún para comprender nada, hizo un movimiento para levantarse, pero el viejo apenas le reconoció, se puso furioso.

—¡Ah, cerdo! ¡cerdo!—murmuraba. — ¿No has muerto? ¿Vas á denunciarme ahora? ¡Espera... espera!...

Y lanzándose contra el alemán blandió hacia delante con todo el vigor de sus brazos el bieldo como si fuera una lanza, y le hundió las cuatro puntas de hierro en el pecho. El soldado cayó de espaldas lanzando un hondo suspiro de muerte, mientras el

viejo aldeano, sacando el arma de las heridas, la volvió á hundir en el vientre, en el estómago, en la garganta agujereando de pies á cabeza el cuerpo palpitante cuya sangre salía á borbotones.

Luego se detuvo cansado por la violencia del esfuerzo aspirando el aire á grandes bocanadas, y ya tranquilo después de consumar el asesinato.

Entonces, como los gallos cantaban en los corrales é iba á amanecer, sepultó al soldado. Abrió un agujero en el estiércol, halló la tierra, cavó más todavía, trabajando de un modo desordenado con todo el esfuerzo de sus brazos y de su cuerpo.

Cuando juzgó que la zanja era bastante honda, hizo rodar hasta ella el cadáver con el bieldo, echó tierra encima, la apisonó tras largo rato, volvió á poner en su sitio el estiércol, y sonrió viendo que la nieve completaba su obra, cubriendo las huellas con su velo blanco.

Volvió á hundir el bieldo en el estiércol y se fué á su cuarto.

La botella de aguardiente medio llena estaba aun sobre la mesa; la vació de un trago, se echó en la cama y se durmió profundamente.

Se despertó sereno, tranquilo y sosegado, capaz de hacer lo necesario para salvar la piel y ocultar el crimen.

Al cabo de una hora recorría la comarca preguntando por su soldado. Fué á ver á los oficiales para saber, según decía, porque le habían quitado su alojado.

Como conocían su mutua simpatía, no sospecharon de él, que dirigió las investigaciones, afirmando que el prusiano se iba por las noches á correrla.

Un viejo gendarme retirado que tenía una posada en el pueblo vecino, padre de una linda muchacha, fué detenido y fusilado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

LA HERENCIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA HERENCIA

I

A Catulo Mendes.

Aun cuando no habían dado las diez, los empleados acudían al Ministerio de Marina desde todos los puntos de París, pues se aproximaba el primero de año, época en que todos demostraban gran celo por ser la de los ascensos. Ruido de pasos apresurados llenaba el vasto edificio laberíntico atravesado por inextricables corredores llenos de innumerables puertas que daban entrada á las oficinas.

Penetraba cada cual en su despacho, estrechaba la mano del qué ya estaba allí, se quitaba la americana, se ponía la de trabajo y se sentaba ante la

mesa donde le esperaba un gran montón de documentos. Después iban á saber noticias á los despachos contiguos. Primeramente se informaban de si el jefe estaba allí, de si estaba de buenas y de si el correo del día abultaba mucho.

El oficial del «material general» don César Cachelín, antiguo sargento de infantería de marina, llegado á oficial primero á fuerza de años, registraba en un gran libro todos los documentos que traía el ujier de la sección. Enfrente de él estaba el escribiente, el tío Savón, un viejo tonto, célebre en el Ministerio por sus desdichas conyugales, que transcribía lentamente un telegrama del jefe, poniendo en aquella faena toda su inteligencia y con el cuidado de un copista meticuloso. El señor Cachelín, que era un hombre rechoncho, cuyo pelo blanco cortado al rape parecía un cepillo, hablaba al mismo tiempo que cumplía su obligación cotidiana. «Treinta y dos despachos de Tolón. Este puerto solo envía tantos como los otros cuatro juntos». Luego dirigió al tío Savon la misma pregunta de todos los días: «Diga, tío Savon, ¿cómo está la señora?»

El viejo, sin interrumpir su tarea, contestó: «Ya sabe usted, señor Cachelín, que siento mucho hablar de tal asunto.»

El oficial se echó á reir como reía cada día oyendo la misma frase.

Se abrió la puerta y entró el señor Maze. Era un buen mozo, moreno, vestido con exagerada elegancia y que se juzgaba preferido, creyendo que su físico y sus modales estaban muy por encima de su posición. Llevaba gruesos anillos, gruesa cadena de reloj, un monóculo para presumir, pues se lo quitaba en cuanto tenía que trabajar, y movía de continuo las muñecas para exhibir los puños de la camisa adornados con gruesos gemelos.

Desde la puerta preguntó: «¿Hay mucho trabajo hoy?»

El señor Cachelín contestó: «Como de costumbre, Tolón nos fastidia. Se conoce que se acerca el 1.° de año y que se quiere demostrar excesivo celo.»

Apareció entonces otro empleado, bromista y listo, el señor Pitolet, que preguntó riendo: «¿Acaso nosotros no nos esforzamos en demostrar un gran celo?»

Luego, mirando el reloj, declaró: «Las diez menos siete y todos en su puesto! ¡Diablo! ¿No se llama esto demostrar celo? Apuesto cualquier cosa á que Su Dignidad el señor Lesable ha llegado á las nueve lo mismo que nuestro ilustre jefe.»

El oficial cesó de escribir, colocó la pluma detrás de la oreja y dijo poniéndose de codos en el pupitre: «¡Lo que es ese, si no adelanta no será por falta de celo!»

Y el señor Pitolet, sentándose en la esquina de una mesa y balanceando la pierna, contestó: «Estoy seguro que adelantará, señor Cachelín, vaya si adelantará. Apuesto veinte francos contra cinco céntimos á que es jefe antes de diez años.»

El señor Maze, que liaba un cigarrillo calentándose junto á la chimenea, exclamó: «¡Bah! les aseguro á ustedes que preferiría no tener ningún ascenso á ganarlo descrismándome de ese modo.»

Pitolet hizo una pirueta y dijo con sorna: «Lo cual no impide, querido, que hoy, 20 de diciembre, esté usted aquí antes de las diez.»

El otro se encogió de hombros con indiferencia y contestó: «¡Pardiez! tampoco me gusta quedar rezagado. Ya que todos ustedes vienen al apuntar el alba, hago lo mismo aunque deplore su puntualidad. Pero de esto á llamar al jefe «querido maestro» como lo hace Lesable, y á marcharme á las seis y media y llevarme trabajo á casa, va gran trecho. Además, soy hombre de sociedad y tengo otras obligaciones que ocupan mi atención.»

El señor Cachelín había dejado el registro y estaba meditabundo mirando con expresión distraída al techo. Al cabo preguntó: «¿Creen ustedes que le ascenderán este año?»

Pitolet exclamó: «Ya lo creo. Y mejor dos que uno. Algo se saca con ser hipócrita.»

Y hablaron de la eterna cuestión de los ascensos y de las gratificaciones que desde hacía un mes enloquecían á toda aquella colmena de burócratas, desde los jefes á los escribientes.

Se calculaban las probabilidades, las cifras, se discutían los méritos y se indignaban por adelantado de las injusticias que preveían. Se reanudaban las discusiones sostenidas el día anterior y que debían reproducirse al siguiente, aduciendo iguales razones, argumentos y palabras.

Entró un nuevo oficial, bajito, pálido, de aspecto enfermizo, el señor Boissel, que parecía arrancado de una novela de Alejandro Dumas, padre. Todo para él se convertía en aventuras extraordinarias, y cada mañana contaba á Pitolet, su compañero, sus encuentros estrafalarios de la noche anterior, los supuestos dramas de su casa, los gritos que oyera en su calle á las tres y veinte de la madrugada que le habían obligado á abrir la ventana. Todos los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

días separaba combatientes, detenía caballos, salvaba mujeres en peligro, y aun cuando muy débil físicamente, citaba sin cesar con tono convencido las hazañas realizadas por la fuerza de su brazo.

En cuanto comprendió que hablaban de Lesable, exclamó: «Cualquier día le canto á ese imbécil las cuarenta. Y si me pisa un callo, le daré tal tunda que maldito si le quedan ganas de volver á empezar.»

Maze, que continuaba fumando, dijo entre dientes: «Pues ya podía usted empezar ahora, porque sé de buena tinta que este año no asciende usted para ascender á Lesable.»

Boissel levantó la mano y dijo: «Les juro que si...»

Se abrió de nuevo la puerta y un joven de corta estatura que usaba patillas de oficial de marina ó de abogado, cuello recto muy alto y que hablaba con gran volubilidad como si no tuviera tiempo para terminar lo que quería decir, entró rápidamente con expresión preocupada.

Estrechó la mano á todos con gran premura y acercándose al oficial del material dijo: «¿Quiere usted darme, querido Cachelin, el legajo Chapelou, atado con hilo grueso, Tolón, A. T. V. 1875?»

El empleado se levantó, cogió una carpeta de la que sacó un paquete de documentos envueltos en papel azul, y dijo presentándole: «Aquí lo tiene usted, señor Lesable; supongo que no ignora que el jefe sacó ayer tres telegramas de este legajo.»

—Sí, los tengo yo, gracias.

El joven salió con paso rápido.

Apenas hubo salido, Maze dijo: «¡Qué modo de hablar! ¡diríase que ya ejerce de jefe!»

Pitolet replicó: «Paciencia, paciencia; lo será antes que nosotros.»

El señor Cachelin parecía dominado por un pensamiento fijo y no tocaba el registro. De pronto dijo: «Ese muchacho tiene un gran porvenir.»

Maze murmuró con tono desdeñoso: «Para los que creen que las oficinas de un Ministerio son una carrera, sí. Para los otros no es mucho.»

Pitolet le interrumpió: «Quizá piensa usted ser embajador.»

Maze hizo un ademán de impaciencia: «No se trata de mí, dijo; poco me importa. Pero de todos modos, el ser jefe de sección, maldito lo que representa en sociedad.»

El tío Savon, el copista, no había dejado de escribir. Pero desde hacía unos instantes, mojaba

repetidamente la pluma en el tintero, luego la limpiaba con obstinación en una esponja mojada sin conseguir trazar una letra. El líquido negro se deslizaba á lo largo de la punta de metal y caía en manchas redondas sobre el papel. El pobre hombre, despavorido y desolado, miraba su copia que debía volver á empezar como tantas otras veces le había ocurrido durante los últimos meses, y murmuró en voz baja y triste:

—¡Otra vez tinta falsificada!...

Todos soltaron la carcajada.

Cachelin movía la mesa con la barriga. Maze se encorvaba como si fuese á entrar andando hacia atrás en la chimenea; Pitolet pateaba, tosía, agitaba su mano derecha como si estuviera mojada, y el mismo Boissel reventaba de risa por más que generalmente prefería lo trágico á lo cómico.

Pero el tío Savon, limpiando la pluma en el faldón de la levita, dijo:

—No hay motivo para reirse. Cada día he de hacer dos ó tres veces mi trabajo.

Sacó de la carpeta otra hoja, la puso la falsilla y empezó la dirección: «Señor Ministro y querido colega...» La pluma no rechazaba la tinta y escribía perfectamente. El viejo volvió á tomar su postura habitual de copista y prosiguió escribiendo.

Los demás no habían cesado de reir. Se ahogaban. Hacía ya seis meses lo menos que daban la misma broma al pobre hombre que nada advertía. Vertían algunas gotas de aceite en la esponja mojada para desengrasar las plumas. El acero, al contacto del aceite no cogía la tinta, y el copista se pasaba horas y horas quejándose y refunfuñando. Gastaba cajas de plumas y botellas enteras de tinta, y declaraba por fin que el material era detestable.

Viendo que aquella primera broma pasaba inadvertida, hicieron sufrir al infeliz un verdadero suplicio. Echaban unos granitos de pólvora en el tabaco del viejo y mil drogas en la botella del agua de la que á veces bebía un vaso, y le habían hecho creer que desde la Comunne la mayoría de los artículos de uso frecuente habían sido falsificados por los socialistas á fin de desacreditar al gobierno y producir una revolución.

Concibió el desdichado un odio feroz contra los anarquistas que creía ver por todas partes, y sintió un miedo misterioso por aquella fuerza desconocida y temible.

De pronto, se oyó un campanillazo brusco en el corredor. Todos conocían perfectamente el modo de llamar del jefe, del señor Torchebeuf; y todos se

lanzaron hacia la puerta para meterse en sus despachos. Cachelin tomó de nuevo el registro, pero al poco rato dejó la pluma y apoyó la cabeza en las manos para reflexionar.

Hacía tiempo maduraba una idea que no le dejaba un momento de sosiego. Ex-sargento de infantería de marina, retirado después de tres heridas recibidas en el Senegal y Conchinchina y entrado en el Ministerio por un favor excepcional, había tenido que sufrir muchas pegigueras, regaños y desengaños durante su larga carrera de ínfimo subordinado; así es, que consideraba la autoridad oficial, como la mejor cosa del mundo. Un jefe de negociado le parecía un sér excepcional que vivía en una esfera superior, y aquellos empleados de quienes oía decir: «Es un vivo, hará carrera,» le parecían de otra raza de distinta naturaleza que él.

Sentía, pues, por su colega Lesable algo así como veneración, y alimentaba el secreto deseo, tan secreto como obstinado, de casarle con su hija.

Algún día sería rica, muy rica. Lo sabía todo el Ministerio, pues la señorita Cachelin, su hermana, poseía un millón, un millón limpio líquido y asegurado adquirido por el amor, á lo que se decía, pero purificado por una tardía devoción.

La solterona, que había sido mujer galante, se había retirado con quinientos mil francos que duplicó en dieciocho años gracias á una tacañería feroz y á sus costumbres modestas. Habitaba hacía mucho tiempo en casa de su hermano que había quedado viudo con una niña, Coralia, pero apenas contribuía á los gastos de la casa guardando y acumulando oro, y repitiendo sin cesar á su hermano: «Si ahorro, es por tu hija, pero cásala pronto, porque deseo que tenga hijos. Espero de ella la alegría de poder besar á un hijo de nuestra sangre.»

Sabían aquello los burócratas y abundaban los pretendientes. Se decía que el mismo Maze, el buen mozo de la oficina, rondaba al buen Cachelin con intención aviesa. Pero el antiguo sargento, un socarrón de primera fuerza que había estado en todos los países del mundo, quería un muchacho de porvenir, uno que fuera jefe, y le diera algo de la consideración que gozara. Lesable le convenía y buscaba hacía tiempo el modo de atraerle á su casa.

De pronto se levantó frotándose las manos. Había hallado la combinación. Conocía perfectamente el flaco de cada uno y sabía que á Lesable había que buscarle por el lado de la vanidad profesional. Iría á solicitar su protección como se solicita de un diputado, de un senador, de un alto personaje.

Como no había tenido ningún ascenso hacía cinco años, Cachelin daba por seguro que aquel año le ascenderían. Fingiría, pues, creer que debía á Lesable el ascenso y le invitaría á comer para darle las gracias.

Apenas hubo concebido su proyecto empezó á ejecutarlo.

Se quitó la americana vieja, se puso la otra, y tomando todos los documentos registrados que pertenecían á la sección de su colega, fué al despacho que este último ocupaba sólo por favor especial en atención á su celo y á la importancia de sus atribuciones.

El joven escribía en una gran mesa entre legajos abiertos y papeles esparcidos numerados con tinta roja ó azul.

Apenas vió entrar al empleado del registro, le preguntó con tono familiar pero en el que se advertía cierta deferencia.

—¿Me trae usted mucho trabajo, amigo mío?

—Sí, bastante. Además quisiera hablarle.

—Siéntese usted, amigo mío, le escucho.

Cachelin se sentó, tosió, adoptó un aspecto turbado, y con voz poco firme dijo:

—He aquí de lo que se trata, señor Lesable. Voy

á ser claro y breve, á fuer de viejo soldado. Vengo á pedirle un favor.

—¿Cuál?

—Se lo voy á decir en dos palabras. Necesitaría obtener un ascenso este año. No tengo ningún protector y he pensado en usted.

Lesable se ruborizó ligeramente, asombrado y contento y poseído de una orgullosa confusión. Pero contestó:

—Nada puedo yo, amigo mío, nada represento aquí, mucho menos que usted que pronto va á ser oficial primero. Nada puedo, crea usted que...

Cachelin le interrúmpió de un modo brusco pero respetuoso.

—¡Ya! ¡ya! es usted el favorito del jefe, y si le dice una palabra en mi favor, estoy seguro que me asciende. Dentro de dieciocho meses tendré derecho al retiro y cobraré quinientos francos menos si no me ascienden para 1.° de enero. Bien sé que dicen: «Cachelin no ha de temer nada porque su hermana tiene un millón. Es verdad, tiene un millón, pero no da un cuarto. Lo guarda todo para mi hija y no es lo mismo que sea para ella que para mí. Aviado estaré cuando mi hija y mi yerno vayan en coche si yo no tengo para comer, ¿comprende usted?

Lesable contestó meneando la cabeza:

—Es cierto, muy cierto lo que usted dice. El yerno que le depare la suerte puede ser no muy bueno para usted y siempre es agradable no deber nada á nadie. Le prometo hacer cuanto pueda; hablaré al jefe, le expondré la situación é insistiré en caso necesario. Cuente usted conmigo.

Cachelin se levantó, cogió ambas manos de su colega, las sacudió de un modo militar y farfulló:

—Gracias, gracias, crea usted que si se me presenta la ocasión... Si alguna vez puedo...

No acabó. No encontraba el modo de terminar la frase y se fué haciendo resonar el corredor con el ritmo de su paso de antiguo soldado.

Pero á lo lejos oyó un fuerte campanillazo y echó á correr, pues había reconocido el timbre. Era el jefe, el señor Torchebeuf que llamaba al empleado del registro.

Ocho días después, Cachelin halló una carta en su mesa. La carta estaba cerrada y decía:

«Querido colega: celebro anunciarle que el ministro, á propuesta de nuestro director y de nuestro jefe, firmó ayer su nombramiento de oficial primero. Mañana lo sabrá usted oficialmente. Hasta entonces guárdeme usted el secreto.

»Suyo

»Lesable.»

César corrió en seguida al despacho de su colega, le dió las gracias, le ofreció gratitud eterna, y se confundió en elogios.

Al día siguiente se supo en efecto que los señores Lesable y Cachelin ascendían.

Los demás empleados esperarían ocasión más oportuna y entretanto se contentarían con una gratificación que variaba entre ciento cincuenta y trescientos francos.

Boissel declaró que esperaría á Lesable tras una esquina por la noche y que le daría una paliza. Los demás empleados callaron.

El lunes siguiente Cachelín, apenas entró en la oficina, se fué directamente al despacho de su protector, entró con solemnidad y dijo en tono ceremonioso:

—Espero que me hará usted el honor de venir á comer con nosotros con motivo de la festividad de Reyes. Señale usted mismo el día.

El joven, algo sorprendido, levantó la cabeza y fijó su mirada en la de su colega, y luego contestó sin apartar la vista para leer bien la intención de Cachelín:

—Es que... amigo mío... tengo ocupación todas estas noches.

Cachelín insistió y dijo con tono afectuoso:

—No vaya usted á desairarnos después del servicio que nos ha prestado. Se lo pido en nombre de mi familia y en el mío.

Lesable estaba perplejo, vacilaba. Había comprendido lo que el otro quería, mas no se decidía á contestar sin reflexionarlo antes. Por fin pensó: «A nada me comprometo por aceptar una comida.» Y dijo que sí, indicando para el día del banquete el sábado siguiente.

Y añadió sonriendo:

—Así no tendré que levantarme temprano al día siguiente.

II

El señor Cachelín habitaba al final de la calle de Rochechouart, en el quinto piso, en una habitacioncita con terrado desde el que se dominaba todo París.

Había tres cuartos: uno para su hermana, otro para su hija y otro para él. El comedor servía de salón.

Durante toda la semana anduvo de aquí para allá con motivo de la comida. Se discutió largamente el menú porque se quería ofrecer una comida suculenta y fina á la vez. Quedó convenido así: consommé con huevos, ordubres, cangrejos y salchichón, una langosta, un pollo, guisantes en conser-

va, un pastel de foie-gras, una ensalada, helados y postres.

El foie-gras lo compraron en la tienda de embutidos de al lado rogándole que lo diera de primera calidad, ya que se pagaba tres pesetas cincuenta por el botecito. En cuanto al vino, Cachelin lo compró en la taberna de la esquina que le proporcionaba habitualmente el vino. No quiso ir á un colmado porque pensó: «los taberneros venden difícilmente los vinos generosos, así es que los conservan mucho tiempo en la bodega y son mejores.»

El sábado fué á su casa temprano para ver si todo estaba á punto. La criada, que fué á abrirle, estaba más colorada que un tomate, pues los hornillos encendidos desde por la mañana para que todo estuviera á punto le habían abrasado la cara; la emoción que sentía acababa de ponerla colorada.

Penetró en el comedor para fijarse en todo. En el centro, la mesa redonda formaba una gran mancha blanca bajo la viva claridad de la lámpara que tenía una pantalla verde.

Los cuatro platos cubiertos por una servilleta en forma de mitra que arreglara la tía, tenían al lado cubiertos de metal blanco y dos copas, una grande y otra pequeña. A César le pareció aquello insuficiente, mezquino, y llamó: «¡Carlota!»

Se abrió la puerta de la izquierda y apareció una viejecita. Tenía diez años más que su hermano, un rostro flaco rodeado de ricillos de cabellos blancos, y su voz atiplada parecía demasiado débil para su cuerpecito encorvado. Arrastraba los pies andando y parecía siempre medio adormilada. En tiempo de su juventud decían de ella: «¡Qué linda muchacha!» Ahora era una vieja amojamada, muy limpia á causa de sus antiguas costumbres, testaruda, de inteligencia menguada y meticulosa, y de carácter irritable. Muy devota actualmente, parecía haber olvidado las aventuras pasadas.

—¿Qué quieres? - preguntó.

- Me parece que dos copas no producen bastante efecto; si enviáramos á buscar champagne... No costará más de tres ó cuatro francos y permitirá poner otra copa. Así cambiará el aspecto de la sala.

Su hermana contestó:

—No veo la necesidad de ese gasto, pero en fin, tú pagas, y tú sabrás lo que haces.

Cachelin vacilaba, tratando de convencerse á sí mismo:

—Sí, estará mejor; y además, resultará mejor para el ramillete de Reyes.

Esto le decidió. Se caló el sombrero y fué á la calle de la que volvió á los cinco minutos con una botella en la que se veía, sobre ancha etiqueta blanca, adornada de enormes escudos de armas: «Vino espumoso de Champagne del Conde de Chatel-Renovau.»

Cachelin advirtió:

—Sólo me cuesta tres francos y dicen que es exquisito.

Cogió él mismo las copas del aparador y las colocó en la mesa.

Se abrió la puerta de la derecha. Entró su hija. Era alta, gruesa, sonrosada, una linda muchacha de buena raza, de cabello castaño y ojos azules. Un vestido sencillo dibujaba su talle redondo y flexible; y su voz sonora, casi varonil, tenía esas notas graves que hacen vibrar los nervios. Al ver las copas exclamó:

—¡Diantre! ¡Champagne! ¡Qué ganga!—palmoteando de un modo infantil.

Su padre le dijo:

—Sobre todo, procura ser amable con ese caballero, que me ha prestado muchos servicios.

La joven se echó á reir alegremente con risa que decía: «Comprendo.»

Sonó el timbre; las puertas se abrieron y cerraron. Apareció Lesable. Vestía frac, y corbata y guantes blancos. Produjo gran efecto.

Cachelin se adelantó hacia él confuso y encantado.

—Era un convite familiar, amigo mío; mire usted, yo llevo americana.

—Ya lo sé, me lo había usted dicho; pero tengo la costumbre de salir de noche siempre de frac,—contestó el joven, que saludaba con el clac bajo el brazo y una flor en el ojal.

César le presentó:

—Mi hermana, la señorita Carlota, y mi hija Coralia á quien llamamos familiarmente Cora.

Luego le desembarazaron del sombrero que no quería soltar, y se quitó los guantes.

Se habían sentado; le miraban de lejos desde el otro lado de la mesa y nadie pronunciaba una palabra.

Cachelin preguntó:

—¿Ha tardado en salir el jefe? Yo me he marchado pronto para ayudar á estas señoras.

Lesable contestó con expresión de suficiencia:

—No. Hemos salido juntos para hablar de la solución de las velas de Brest. Es un asunto muy complicado que nos da mucho que hacer.

Cachelin dijo á su hermana volviéndose hacia ella:

—El señor Lesable es quien entiende de todos los asuntos difíciles de la oficina. Puede decirse que es el segundo jefe.

La solterona saludó cortesmente afirmando:

— ¡Oh! ya sé que este señor tiene mucho talento.

Entró la criada empujando con la rodilla la puerta y llevando en las manos una gran sopera. Entonces el señor Cachelin exclamó:

—Ea, ¡á la mesa! Colóquese usted ahí, señor Lesable, entre mi hermana y mi hija; supongo que no le asustan las señoras.

Empezó la comida. Lesable trataba de mostrarse cortés, con expresión un tanto condescendiente, y miraba de reojo á la joven, admirando la frescura de sus carnes, su juventud apetitosa.

La señorita Carlota estaba muy amable sabiendo las intenciones de su hermano, y sostenía una conversación vulgar como la mayoría de las conversaciones.

Cachelin, radiante, hablaba en voz alta, bromeaba, servía el vino comprado una hora antes en la taberna de la esquina, y decía:

—Una copita de este Borgoña, señor Lesable. No

es de gran marca, pero sí bueno. Tiene años de bodega y es natural; de esto le respondo. Nos lo han enviado directamente unos amigos.

La joven no decía nada, un tanto ruborizada y tímida, como molestada por la vecindad de aquel hombre del que sospechaba los pensamientos.

Cuando apareció el *homard* César declaró:

—He aquí un personaje con quien me gusta trabar conocimiento.

Lesable, sonriendo, contó que un escritor había llamado al homard el cardenal de los mares, no sabiendo que antes de cocerse aquel crustáceo es negro. Cachelin se echó á reir á carcajadas exclamando:

—¡Ja, ja, ja! ¡tiene gracia!

La señorita Carlota se enfurruñó y dijo:

—No comprendo qué quería decir. Me explico todas las bromas, todas, pero me parece que ese señor era un botarate y no me gusta que ridiculicen á los sacerdotes en mi presencia.

El joven, que quería hacerse simpático á la vieja, aprovechó la ocasión para declararse católico ferviente. Habló de las personas de mal gusto que tratan con ligereza las grandes verdades, y añadió:

—Venero y respeto la religión de mis padres, en

la que fuí educado y á la que seré fiel hasta la muerte.

Cachelin no reía ya. Hacía bolitas de pan, murmurando:

—Eso es, eso es.

Luego cambió de conversación, pues aquella le aburría, y como les ocurre á la mayor parte de las personas que hacen diariamente el mismo trabajo, preguntó:

—¿Ha rabiado mucho nuestro guapo Maze, viendo que no le ascendían?

Lesable sonrió.

—¿Qué quiere usted? A cada uno se le premia según su conducta.

Y hablaron del ministerio lo cual interesaba á todos, pues las dos mujeres conocían á los empleados casi tanto como Cachelin mismo por oir hablar de ellos todos los días.

La señorita Carlota se interesaba por Boissel á causa de las aventuras que contaba, y de su carácter novelesco, y en cambio Cora pensaba en el guapo Maze, por más que ni una ni otra hubiese visto á aquellos señores.

Lesable hablaba de ellos con tono de superioridad, como pudiera hacerlo un ministro juzgando al personal sometido á sus órdenes.

—Maze tiene cierto mérito,—decía,—pero cuando se quiere hacer carrera, hay que trabajar más que él. Le gustan la sociedad y las diversiones, pero esto perturba la inteligencia. No hará gran carrera por culpa suya. Quizá llegue á subjefe, gracias á sus influencias, pero nada más. En cuanto á Pitolet, hay que reconocer que redacta bien, que tiene una elegancia de forma que no puede negarse, pero nada de fondo. En él todo es superficie. No sería capaz de desempeñar como jefe un servicio importante, pero podría ser útil á un hombre inteligente que le explicara el trabajo que ha de hacer.

La señorita Carlota, preguntó:

—¿Y el señor Boissel?

Lesable se encogió de hombros.

—Un infeliz,—dijo,—un infeliz. No ve nada como es en realidad; imagina aventuras estrafalarias. En la oficina no sirve para nada.

Cachelin se echó á reir, y exclamó:

—El mejor es el tío Savon.

Y todos rieron. Luego hablaron de teatros y de las piezas representadas durante el año. Lesable juzgó con igual autoridad la literatura dramática, clasificando sin vacilación á los autores, señalando las cualidades y defectos de éstos, á fuer de hom-

bre que se sentía universal y gran conocedor de todos los asuntos.

Habían terminado el asado. César abría el bote de foie-gras con unas precauciones que auguraban bien del contenido. Al presentarlo, dijo:

—No sé si éste resultará bueno; pero generalmente son riquísimos. Nos los envía un pariente que vive en Strasburgo.

Y todos comieron con lentitud respetuosa la pasta encerrada en aquel cacharro de tierra amarilla.

Cuando apareció el helado, fué un desastre. Era una salsa, una sopa, un líquido claro, flotando en una compotera. La criadita había rogado al mozo repostero que lo sacara del molde él mismo por temor de no saberlo hacer.

Cachelin, desconsolado, quería enviar por otro, pero luego se calmó pensando en el pastel de Reyes, que dividió con misterio como si encerrase un gran secreto.

Todos fijaban la vista en aquel pastel simbólico que se sirvió recomendando á cada uno que cerrase los ojos para escoger su porción.

¿A quién tocaría el haba? Una sonrisa estúpida entreabría todas las bocas. El señor Lesable lanzó una exclamación de asombro y enseñó entre el pulgar y el índice una habichuela larga y blanca aun cubierta de pasta. Cachelin aplaudió, gritando:

—¡Escoja usted la reina! ¡escoja usted la reina!

Leve vacilación embargó el espíritu del rey. ¿No resultaría un acto político la elección de la señorita Carlota? Sin duda alguna se sentiría halagada y se pondría de su parte, pero reflexionó que le habían invitado por la señorita Cora y que le tacharían de tonto escogiendo la tía.

Se volvió, pues, hacia su joven vecina, y presentándole la soberana judía, exclamó:

—Señorita, ¿me permite usted que se la ofrezca?

Se miraron cara á cara por primera vez, y la muchacha contestó:

—¡Gracias, caballero!

Y recibió la prenda soberana.

Lesable pensaba: «Verdaderamente es linda esta chica; tiene unos ojos soberbios. ¡Y es una buena moza!

Una detonación hizo estremecer á las dos mujeres.

Cachelin acababa de descorchar el champagne que saltaba con impetuosidad de la botella y se vertía sobre el mantel.

Cuando las copas estuvieron llenas de espuma, el anfitrión exclamó:

—Se ve que es de buena clase.

Cuando Lesable iba á beber para que no rebosara el líquido, César prorrumpió:

—¡El rey bebe! ¡el rey bebe! ¡el rey bebe!

Y la señorita Carlota, entusiasmada, también chilló con su falsete agudo:

—¡El rey bebe! ¡el rey bebe!

Lesable vació la copa, y dejándola en la mesa dijo:

—Ya ven ustedes que tengo aplomo.

Luego, volviéndose hacia Cora, exclamó:

—A usted le toca, señorita.

Quiso beber, pero como todos gritaban:

—¡La reina bebe! ¡la reina bebe!

Se ruborizó, se echó á reir y dejó la copa sobre la mesa.

El final de la comida fué muy alegre, porque el rey se mostraba muy amable y obsequioso con la reina.

Cuando hubieron tomado los licores, Cachelin anunció:

—Van á quitar la mesa para hacer sitio. Si no llueve, podemos estar unos minutos en la terraza.

Tenía ganas de enseñar el panorama aun cuando

fuera de noche. Abrieron, pues, la vidriera. Entró un soplo húmedo. La noche estaba templada como si fuese de primavera y todos subieron el escalón que separaba el comedor de la amplia galería. No se veía más que una claridad que se cernía sobre París, como esas aureolas de fuego que fulguran en la frente de los santos. De trecho en trecho, aquella aparecía más viva, y Cachelin empezó á explicarle:

—Mire usted, allí está el Edén que reluce. Esa es la línea de los bulevares. ¡Cuán bien se distinguen! De día resulta espléndida esta vista. Por mucho que viaje usted no verá nada igual.

Lesable se había puesto de codos en la balaustrada de hierro al lado de Cora que miraba á lo lejos, muda, distraída, acometida de pronto por una de esas languideces melancólicas que se apoderan de las almas. La señorita Carlota volvió al salón temiendo la humedad. Cachelin continuó mirando, señalando con la mano la dirección de los Inválidos, del Trocadero, del Arco de Triunfo, de la Estrella.

Lesable á media voz preguntó:

—¿Le gusta á usted, señorita Cora, mirar á París de esta altura?

Se estremeció la joven como si la despertaran, y contestó:

—¿Yo?... sí, sobre todo por la noche, pienso siempre en lo que ocurre ante nosotros. ¡Cuántas gentes dichosas y desdichadas albergan esas casas! Si se pudiera saber todo, ¡cuántas cosas se sabrían!

Lesable se le había acercado hasta el punto que sus codos y sus hombros se tocaban.

—Cuando hay luna llena, debe ser un espectáculo maravilloso...

—¡Ya lo creo! Parece un grabado de Gustavo Doré. ¡Cuánto me gustaría poder pasearme por los tejados!

Entonces Lesable la preguntó acerca de sus gustos, de sus ensueños y sus placeres, y ella contestaba con desembarazo como una joven reflexiva y sensata, y no más soñadora de lo necesario. A él le parecía una muchacha de buen sentido y se decía que sería muy dulce poder enlazar con su brazo aquel talle redondo y firme, y besar largamente á besitos lentos como se bebe á sorbitos el buen anís, aquella mejilla fresca, junto á la oreja iluminada por un reflejo de la lámpara, Sentíase atraído, conmovido por aquella sensación, por aquella sed de

carne madura y virgen, y por aquella seducción delicada de la joven. Le parecía que permanecería durante horas, noches y semanas de pie junto á ella sintiéndola cerca, penetrado por el encanto de su contacto. Algo así como un sentimiento poético henchía su corazón enfrente del gran París extendido ante él, iluminado, viviendo su vida nocturna, su vida de placer y de libertinaje. Le parecía que dominaba la ciudad enorme, que se cernía sobre ella, y le parecía que sería delicioso poder asomarse á aquel mirador, al lado de una mujer amada, besándose en los labios, abrazándose encima de la vasta ciudad, sobre todos los amores que encerraba, sobre todas las satisfacciones vulgares, por encima de todos los deseos comunes, cerca de las estrellas.

Hay noches en que las almas menos poéticas se sienten soñadoras como si les crecieran alas. Lesable estaba quizá un poco alegre.

Cachelin, que había ido á buscar la pipa, volvió y dijo, encendiéndola:

—Ya sé que no fuma usted y por eso no le ofrezco cigarrillos. Es delicioso echar aquí una pipada. Si tuviera que vivir en piso bajo no sabría acostumbrarme. Crea usted que podríamos hacerlo, porque

la casa pertenece á mi hermana, así como las dos contiguas. Producen una bonita renta. Hace algunos años las compró baratas.

Y volviéndose hacia la sala, gritó:

—¿A cuánto pagaste estos terrenos, Carlota?

Entonces, la voz agria de la solterona, empezó á hablar.

Lesable sólo oyó fragmentos de la contestación:

—...En 1863... treinta y cinco francos... más tarde edifiqué... las tres casas... un banquero... Volví á venderlo en quinientos mil francos...

Explicaba su fortuna con la complacencia que un veterano explica sus campañas. Enumeraba sus compras, las proposiciones que se le habían hecho, los beneficios obtenidos, etc.

Lesable, interesado del todo, se volvió, apoyándose de espaldas á la balaustrada de la galería. Pero como no oía bien la explicación, dejó bruscamente á su vecinita y entró para oir mejor, y sentándose junto á la señorita Carlota habló largamente con ella del aumento probable de los alquileres y de lo que puede producir el dinero bien colocado en valores ó en inmuebles.

Se fué cerca de las doce de la noche, prometiendo volver.

Al cabo de un mes todos hablaban en el Ministerio de la boda probable de Jaime Leopoldo Lesable con la señorita Celeste Coralia Cachelin.

III

Los recién casados se instalaron en el otro quinto piso que había al lado del que ocupaba antes la familia Cachelin, y para ello expulsaron á un inquilino.

Sentía Lesable una inquietud: la tía no había querido asegurar su herencia á Cora por ningún documento definitivo.

Había consentido, sin embargo, en jurar en nombre de Dios que tenía el testamento hecho y depositado en casa del notario señor Bellhome. Prometió, además, que toda su fortuna sería para su sobrina, á reserva de una condición. No quiso revelar cuál fuera ésta, rehusó explicarse, pero dijo con sonrisa benévola que era muy fácil de cumplir.

Ante aquellas explicaciones y testarudez de la mojigata, Lesable se decidió, y como la joven le gustaba mucho, triunfaron sus deseos de sus dudas y se rindió á los esfuerzos obstinados de Cachelin.

Sentíase dichoso, aun cuando hostigado por ciertas dudas. Quería á su mujer, que realizó cuanto de ella esperara. Transcurría su vida tranquila y monótona. Se había acostumbrado en unas semanas á su nuevo estado, y era, como antes, un empleado modelo.

Transcurrió un año. Volvió el día de año nuevo. Con gran sorpresa suya no obtuvo el ascenso esperado. Maze y Pitolet fueron los que ascendieron, y Boissel confesó confidencialmente á Cachelin que estaba dispuesto á dar una paliza á sus dos camaradas una noche á la salida, ante todos los empleados. No realizó tal hazaña.

Durante ocho días Lesable no durmió de angustia por no haber sido incluído en la promoción, á pesar de su celo.

Trabajaba, sin embargo, como un perro; reemplazaba indefinidamente al subjefe señor Rabod, que se pasaba nueve meses al año en el hospital de Val-de-Grace; llegaba todas las mañanas á las ocho

y media, marchábase por la noche á las seis y media; ¿qué más querían de él? Si no le agradecían sus esfuerzos, haría como los otros y punto concluído. A cada cual según su esfuerzo. ¿Cómo el señor Torchebeuf, que le trataba como un hijo, podía haber podido sacrificarle? Quería saberlo. Iría á encontrar al jefe y se explicaría con él.

Un lunes por la mañana, antes de la llegada de los compañeros, llamó á la puerta de aquel potentado.

Una voz agria gritó: «Pase usted».

Entró. Sentado ante una gran mesa cubierta de papelotes, bajito, con una gran cabeza que parecía puesta sobre el pupitre, escribía el señor Torchebeuf. Al ver á su empleado favorito, dijo:

—Buenos días, Lesable, ¿sigue usted bien?

El joven contestó:

—Buenos días, querido maestro; muy bien ¿y usted?

El jefe dejó de escribir é hizo dar vuelta á su sillón.

Su cuerpo amojamado, débil, enteco, oprimido por una levita negra de severo corte, desproporcionada con el gran sillón de baqueta que ocupaba. Una roseta de oficial de la Legión de Honor, enor-

me, deslumbradora, mil veces demasiado grande para el que la llevaba, relucía como un ascua en el pecho estrecho, aplastado, bajo un cráneo disforme, como si todo el individuo se hubiera desarrollado en cúpula á la manera de las setas.

El maxilar era puntiagudo, las mejillas hundidas, los ojos saltones, la frente desmedida, con un marco de cabellos blancos echados hacia atrás.

El señor Torchebeuf dijo:

—Siéntese usted, amigo mío, y diga lo que le trae.

Para los demás empleados se mostraba muy rudo, considerándose como un capitán á bordo, pues el Ministerio representaba para él un gran navío, el navío almirante de todas las flotas francesas.

Lesable, algo conmovido y pálido, murmuró:

—Vengo á preguntarle á usted, querido maestro, si he desmerecido algo en su concepto.

—No, querido, ¿por qué tal pregunta?

—Porque me ha sorprendido no obtener un ascenso este año como los años anteriores. Permítame usted que me explique hasta el fin, querido maestro, pidiéndole perdón por mi audacia. Sé que he obtenido de usted favores excepcionales y ventajas inesperadas. Sé que no se asciende, por regla

general, más que cada dos ó tres años, pero permítame usted que le haga notar que trabajo como cuatro empleados, y que estoy doble número de horas en la oficina que los compañeros. Si se parangonara, pues, el resultado de mis esfuerzos con el de mi remuneración, creo que esta resultaría muy mezquina al lado de aquél.

Había preparado con cuidado aquella frase, que se le antojaba excelente.

El señor Torchebeuf, sorprendido, buscaba contestación adecuada. Por fin dijo con alguna frialdad:

—Aun cuando no es admisible en principio que un jefe discuta con un empleado, le contestaré, sin embargo, por esta vez, teniendo en cuenta sus buenos servicios. Le propuse para el ascenso como los demás años, pero el director ha borrado su nombre, fundándose en que su matrimonio le asegura un buen porvenir, más que una modesta posición, una fortuna que no alcanzarán jamás sus modestos colegas. ¿No le parece equitativo, en suma, tener en cuenta la situación de cada cual? Será usted rico, muy rico. Trescientos francos más por año significan poco para usted y en cambio representan mucho para el bolsillo de sus compañeros. He aquí,

amigo mío, la razón que ha hecho que no ascendiera usted este año.

Lesable, confuso é irritado, se retiró.

A la hora de la comida se mostró rudo con su mujer. Habitualmente la joven tenía el carácter alegre y buen humor aunque fuera voluntariosa y no cedía jamás cuando quería algo. No tenía ya para él el encanto sensual de los primeros tiempos, y por más que continuara deseándola, porque era fresca y linda, experimentaba á ratos esa desilusión tan próxima al hastío que engendra al cabo de poco tiempo la vida común. Los mil detalles triviales ó grotescos de la existencia, la mala facha que casi todas las mujeres tienen al saltar de la cama, la bata de lana ordinaria, vieja, usada, el peinador ajado, porque hay que tener en cuenta que no eran ricos, y todas las faenas necesarias que se ven de harto cerca en un matrimonio pobre, le despoetizaban el hogar, ajando aquella flor de poesía que seduce desde lejos á los enamorados.

La tía Carlota acababa de fastidiarle, pues no salía nunca de casa, se metía en todo, todo quería disponerlo, hacía observaciones acerca de todo y, como tenían un miedo horrible de ofenderla, lo soportaban todo con resignación aun cuando exasperados en secreto cada vez más.

Andaba por la habitación arrastrando los pies, y su voz de falsete decía continuamente:

—Deberíais hacer esto, deberíais hacer aquello.

Cuando ambos esposos estaban solos, Lesable, aburrido, exclamaba:

—Tu tía es intolerable. No puedo resistirla ¿oyes? No hay quien la aguante.

Cora contestaba con tranquilidad:

—¿Y qué quieres que yo la haga?

Entonces él se enfurecía.

—Da horror tener una familia así.

Y ella, siempre tranquila, replicaba:

—Sí, la familia es fastidiosa, pero la herencia es buena, ¿verdad? No seas, pues, imbécil. Tienes, pues, tanto interés como yo en ser amable con la tía.

Lesable callaba, no sabiendo qué contestar.

La tía les hostigaba ahora sin cesar, acometida por una especie de obsesión infantil. A cada instante llevaba á Lesable á un rincón y le decía:

—Oiga usted, sobrino; procure tener hijos antes de mi muerte. Quiero conocer á mi heredero. Es indudable que Cora puede tener hijos; basta mirarla. Cuando uno se casa, sobrino, es para tener hijos. Nuestra santa madre la Iglesia prohibe los ma-

trimonios estériles. Ya sé que no sois ricos y que un hijo ocasiona gastos; pero cuando yo muera, nada os ha de faltar. Quiero tener un sobrinillo, lo quiero, ¿oye usted?

Como al cabo de quince meses de matrimonio no se había realizado aún su deseo, concibió dudas y exigió el sobrino; y en voz baja daba consejos á Cora, consejos prácticos como mujer que supo muchas cosas en otro tiempo y que todavía las recuerda á veces.

Pero una mañana no pudo levantarse sintiéndose indispuesta. Como nunca había estado enferma, Cachelín, muy conmovido, fué á llamar á la puerta de su yerno y le dijo:

—Vaya usted á avisar al doctor Barbette y diga usted al jefe que hoy no iré á la oficina por estar enferma mi hermana.

Lesable pasó un día de angustia, incapaz de trabajar, de redactar ni estudiar los expedientes. El señor Torchebeuf le preguntó:

—Veo que está usted distraído, señor Lesable.

Y él contestó con indiferencia:

—Estoy muy cansado, querido maestro; he pasado toda la noche velando á la tía que está muy mala.

El jefe contestó con frialdad:

—Me parece que basta que el señor Cachelin esté á su lado. No puedo permitir que mi sección se desorganice por asuntos personales.

Lesable había puesto el reloj ante su vista y esperaba las cinco con febril impaciencia. En cuanto el reloj del patio dió la hora, escapó, saliendo por primera vez de la oficina cuando lo hacían sus compañeros.

Tomó un coche para ir más de prisa y subió corriendo la escalera.

La criada le abrió; Lesable balbuceó:

—¿Cómo está?

—El médico dice que está muy mala.

Latióle el corazón y permaneció un instante conmovido diciendo entre dientes: «¿De veras?»

¿Por casualidad se moriría? No se atrevía á entrar en el cuarto de la enferma é hizo llamar á Cachelin que estaba con ella. Su suegro apareció en seguida abriendo con precaución la puerta. Llevaba la bata y el gorro griego como cuando se pasaba las veladas al amor de la lumbre, y murmuró en voz baja:

—Está mala, muy mala. A las cuatro perdió el conocimiento. Recibió los sacramentos esta tarde.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Entonces Lesable sintió flaquear sus piernas y se sentó.

—¿Dónde está Cora?

—Está con ella.

—¿Y qué dice el médico?

—Dice que es un ataque; puede reaccionar, pero también puede morirse esta noche.

—¿Me necesita usted? Si no me necesita prefiero no entrar. Me es muy penoso verla en tal estado.

—No. Váyase á su casa. Si hubiera novedad le haría llamar en seguida.

Lesable volvió á su casa. La habitación le pareció cambiada, más amplia y clara. Pero como no podía estarse quieto, se fué al balcón. Transcurrían los últimos días de Julio, y el sol, en el instante de desaparecer detrás de las dos torres del Trocadero, lanzaba una lluvia de llamas sobre los innumerables tejados.

El espacio, de un rojo brillante junto al horizonte, tenía matices de oro pálido más arriba, luego tintas amarillas que se transformaban en verdes de un verde claro, que á su vez se convertía en azul, en azul puro y fresco al llegar al cenit.

Las golondrinas pasaban como flechas apenas visibles, dibujando sobre el fondo encarnado del

cielo el perfil agudo de sus alas. Sobre las infinitas casas, sobre la lejana campiña, cerníase una bruma rosada, un vapor de fuego hacia el cual subían, como en una apoteosis, las flechas de los campanarios y todos los remates esbeltos de los monumentos. El arco de triunfo de la Estrella aparecía enorme y negro en el horizonte incendiado y la cúpula de los Inválidos parecía otro sol caído del firmamento sobre la espalda de un edificio.

Lesable se aguantaba con las dos manos á la barandilla de hierro, bebía el aire como si fuera vino, con ganas de saltar, de gritar, de hacer ademanes violentos, invadido como estaba por una alegría profunda y triunfante. La vida le aparecía radiante, el porvenir dichoso. ¿Qué iba á hacer? Se puso á soñar. Un ruido que oyó á su espalda le hizo estremecer. Era su mujer. Tenía los ojos encarnados, las mejillas algo abotargadas y el aspecto cansado. Tendió la frente para que la besara, y luego dijo:

—Comeremos en casa de papá para estar junto á ella. La criada estará á su lado mientras comamos.

Lesable la siguió al piso del lado. Cachelín estaba ya en la mesa esperando á su hija y á su yerno. Un pollo fiambre, una ensalada de patatas y una compotera de fresa se veía en la mesita de al lado y la sopa humeaba en los platos.

Se sentaron. Cachelín exclamó:

—He aquí un día como no deseo otro. Resulta muy triste.

Decía aquello con tono indiferente y con una especie de satisfacción en el rostro. Se puso á devorar como hombre de grandes tragaderas, diciendo que el pollo era excelente y la ensalada muy refrescante.

Pero Lesable no tenía apetito y sentía inquietud. Apenas comía, y escuchaba para ver si oía algún ruido en el cuarto vecino que permanecía silencioso como si no hubiera nadie. Cora tampoco tenía apetito y estaba conmovida, llorosa, enjugándose de vez en cuando los ojos con la punta de la servilleta. Cachelín preguntó lo que había dicho el jefe. Lesable le dió detalles que su suegro exigió los más minuciosos posibles y que le hacía repetir insistiendo para saberlo todo como si hubiera estado ausente un año del Ministerio.

—Ha debido causarle gran impresión saber que la pobre estaba enferma—dijo.

Y pensaba en su entrada triunfal cuando ella habría muerto y en la cara que pondrían sus colegas. Sin embargo, como para responder á un remordimiento secreto, dijo:

—¡No quisiera que se muriese la infeliz! Dios sabe que quisiera conservarla largo tiempo, pero de todos modos, la desgracia producirá gran efecto.

Empezaban á comer las fresas cuando se abrió la puerta del cuarto de la enferma. La conmoción que aquello produjo fué tan grande, que los tres se pusieron en pie despavoridos. La criadita apareció con su aspecto habitual tranquilo y estúpido. Dijo con gran sosiego:

—Ya no respira.

Cachelín, arrojando la servilleta sobre el plato, se precipitó como un loco. Cora le siguió palpitándole el corazón, pero Lesable permaneció junto á la puerta mirando desde lejos la mancha pálida de la cama iluminada apenas por los últimos reflejos del moribundo día. Veía la espalda de su suegro inclinado hacia la cama, como si examinara algo; y de pronto oyó su voz que le pareció venir de lejos, de muy lejos, del otro extremo del mundo, una de esas voces que se oyen en sueños y que dicen cosas sorprendentes. Decía:

—No hay ninguna duda, ha muerto.

Vió que su mujer caía de rodillas apoyando la frente en la cama y sollozando. Entonces se decidió á entrar, y como Cachelín se había erguido, vió

sobre la blanca almohada la cara de la tía Carlota con los ojos cerrados, tan demacrada, tan rígida, tan lívida, que parecía una figura de cera.

Preguntó con angustia:

—¿Se acabó?

Cachelín, que contemplaba también á su hermana, se volvió hacia él y se miraron. Respondió que «sí», queriendo dar á su rostro una expresión desconsolada, pero ambos se adivinaron en una sola mirada, y sin saber por qué, instintivamente, se dieron un apretón de manos, como para felicitarse uno á otro de lo que se debían mutuamente.

Entonces, sin perder tiempo, se ocuparon con actividad de todas las diligencias que exige una defunción.

Lesable se encargó de avisar al médico y de hacer rápidamente las diligencias más apremiantes.

Tomó el sombrero y bajó la escalera corriendo, pues deseaba estar en la calle solo, para respirar, pensar y gozar á solas de su dicha.

Cuando hubo terminado su cometido, en vez de volver á casa se fué al bulevar anhelando ver gente, mezclarse al movimiento, á la vida dichosa de la noche. Tenía ganas de gritar á los transeuntes: «Tengo cincuenta mil pesetas de renta», y andaba

con las manos en los bolsillos deteniéndose ante los escaparates, examinando las ricas telas, las alhajas, los muebles de lujo, pensando que en breve podría comprar todo aquello.

De pronto pasó ante una tienda de lutos y se le ocurrió una idea: «¿Si no hubiera muerto? ¿Si se hubiesen engañado?»

Y volvió hacia su casa con paso más rápido, pues aquella duda le atormentaba.

Al volver preguntó:

—¿Ha venido el doctor?

—Sí—contestó Cachelín.—Ha certificado la muerte y se ha encargado de hacer la declaración.

Entraron en el cuarto de la difunta. Cora continuaba llorando sentada en un sillón. Lloraba dulcemente, sin esfuerzo, casi sin pena, con aquella facilidad que para el llanto tienen las mujeres.

Apenas estuvieron los tres en el cuarto, Cachelín dijo en voz baja:

—Ahora que la criada duerme, podemos mirar si tiene algo oculto en los muebles.

Los dos hombres acometieron la tarea. Vaciaban los cajones, rebuscaban los bolsillos, miraban todos los papeles. A las doce de la noche no habían encontrado nada interesante. Cora se había adormilado, y roncaba suavemente. César preguntó:

—¿Nos estamos aquí hasta que amanezca?

Lesable, perplejo, creia que aquello era lo más decoroso. Entonces el suegro dijo:

—En tal caso vamos á buscar sillones.

Y se fueron á buscar los dos acolchados que había en el cuarto de Lesable.

Una hora después los tres dormían, roncando de un modo desigual ante el cadáver helado y enteramente inmóvil.

Despertaron al hacerse de día, cuando la criadita entró en el cuarto.

Cachelín confesó, frotándose los ojos:

—Hace un ratillo que me he dormido.

Pero Lesable, que s ehabía despejado por completo, dijo á su vez:

—Ya lo he visto, yo no he dormido ni chispa y si cerré los ojos fué para descansarlos.

Cora se fué á su habitación. Entonces Lesable preguntó con aparente indiferencia:

—¿Cuándo quiere usted que vayamos á casa del notario para saber el contenido del testamento?

—Esta misma mañana... si usted quiere.

—¿Es necesario que venga Cora?

—Sí, valdrá más, ya que al cabo es la heredera.

—En tal caso voy á decir que se vista.

Lesable salió con su paso rápido.

Apenas se había abierto el despacho del notario, cuando Cachelin, Lesable y su mujer se presentaron vestidos de luto con caras desoladas. El notario les recibió y les hizo sentar. Cachelin tomó la palabra y dijo:

—Ya me conoce usted, caballero; soy el hermano de la señorita Carlota Cachelín. He aquí á mi hija y á mi yerno. Mi pobre hermana murió ayer y la enterramos mañana. Como es usted depositario de su testamento venimos á preguntarle si ha formulado algún deseo respecto á su inhumación ó si tiene usted que comunicarnos algo.

El notario abrió un cajón, tomó un sobre, lo rompió, sacó un papel y dijo:

—Aquí tiene usted, caballero, un duplicado de ese testamento cuyo contenido puedo comunicarle inmediatamente. El original, exactamente igual á éste, debe quedar en mi poder.

Después leyó:

«La abajo firmada Victorina Carlota Cachelín, expreso aquí mis últimas voluntades:

»Dejo toda mi fortuna, que asciende á cerca de un millón ciento veinte mil francos, á los hijos que nazcan del matrimonio de mi sobrina Celeste Cora-

lia Cachelín, dejando el usufructo de las rentas á sus padres hasta que llegue á su mayor edad el primogénito.

»Las disposiciones que siguen explican la parte que ha de tocar á cada hijo y la que deben percibir los padres hasta su muerte.

»En caso de morir antes de que mi sobrina tuviera un heredero, mi fortuna quedará en poder del notario durante tres años á fin de que se cumpla mi voluntad si nace un hijo durante este período de tiempo.

»En caso que Coralia no obtenga del cielo un descendiente durante los tres años que sigan á mi muerte, mi fortuna, por mano del notario, se distribuirá entre los pobres y los establecimientos de beneficencia cuya lista va adjunta.»

Seguía una serie interminable de nombres de comunidades, cifras, órdenes y recomendaciones. Luego el señor Belhomme entregó cortesmente el papel á Cachelín, que estaba anonadado.

Se creyó en el deber de añadir algunas explicaciones:

—La señorita Cachelín, cuando por primera vez me hizo el honor de hablarme de su proyecto de testar en tal sentido, me expresó el deseo extremo

que tenía de tener un heredero de su raza. A todos mis razonamientos contestó con la expresión formal de su voluntad, que se basaba en un sentimiento religioso, pues á juicio suyo toda unión estéril era señal de una maldición celeste. No pude modificar sus intenciones. Crean ustedes que lo siento vivamente.

Y luego, sonriendo á Coralia, añadió:

—No dudo que el *desideratum* de la difunta se realizará muy pronto.

Los tres se fueron harto despavoridos para pensar en nada.

Iban hacia su domicilio uno al lado del otro sin hablar, avergonzados y furiosos como si mutuamente se hubieran robado. Hasta el dolor de Cora se había disipado de pronto, pues la ingratitud de su tía la dispensaba de llorar. Lesable, que tenía los labios pálidos contraídos por el despecho, dijo á su suegro:

—Déjeme usted ese documento para que le vea *de visa*.

Cachelín se lo entregó y el joven empezó á leerlo. Se había detenido en la acera y allí, empujado por la gente, permanecía escrutando las palabras con su mirada aguda y práctica. Los otros dos le esperaban á dos pasos sin pronunciar palabra.

Luego devolvió el testamento, exclamando:

—No se puede hacer nada. Bien nos ha jeringado.

Cachelín, á quien irritaba la pérdida de sus esperanzas, contestó:

—A usted le tocaba hacerle un hijo, ¡pardiez! Ya sabía usted que lo deseaba hacía tiempo.

Lesable se encogió de hombros, sin replicar.

Al volver encontraron una porción de gentes que les esperaban, de esas gentes cuyo oficio consiste en cuidar de los difuntos. Lesable volvió á su casa, no queriendo ocuparse en nada, y César chilló á todos, diciendo que le dejasen en paz y que acabaran de una vez con todo aquello desembarazándole del cadáver. Cora, encerrada en su cuarto, no hacía ningún ruido, pero Cachelín, al cabo de una hora, llamó á la puerta de su yerno.

—Vengo, querido Leopoldo, á explicarle lo que he pensado, porque al cabo será preciso entendernos. Creo que lo más conveniente es hacer funerales adecuados, á fin de no dejar que en el Ministerio se burlen de nosotros. Ya nos arreglaremos en cuanto á los gastos. Nada hay perdido al fin y al cabo. No hace tanto que están ustedes casados y sería mucha desgracia que no tuvieran hijos. Lo esencial es procurar tenerlos.

Vamos ahora á lo que urge. ¿Quiere usted encargarse de ir al Ministerio? Yo escribiré las direcciones de las esquelas.

Lesable convino con acritud que su suegro tenía razón, y se instalaron frente á frente en una mesa para extender las esquelas mortuorias.

Luego almorzaron. Salió Cora, indiferente, como si nada de aquello la concerniera, y comió mucho, pues el día antes no tuvo apetito.

Apenas hubo comido volvió á su habitación. Lesable salió para ir al Ministerio de Marina y Cachelín se instaló en la galería para fumar una pipa.

El sol de verano caía á plomo sobre los tejados algunos de los cuales reflejaban en los cristales de las claraboyas sus rayos que deslumbraban la vista. Cachelin, en mangas de camisa, miraba con ojos parpadeantes aquella cascada de luz, y las verdes colinas que se extendían lejos, muy lejos, detrás de los suburbios polvorientos. Pensaba que el Sena corría ancho, sosegado y fresco al pie de aquellas colinas que tienen árboles en sus faldas, y que se estaría mucho mejor á su sombra echado de bruces junto al agua, que recibiendo el sol en su galería. Sentía un malestar, el pensamiento atormentador, la sensación dolorosa de su desastre, de aquel in-

fortunio inesperado, tanto más amargo y brutal cuanto más viva y larga había sido la esperanza; y pronunció en alta voz, como ocurre siempre que el espíritu está turbado por la obsesión de una idea fija: «¡Hedionda vieja!»

Detrás de él, en la habitación, oía el ruido de los empleados de la funeraria y el golpear continuo del martillo que clavaba el ataúd. No había vuelto á ver á su hermana desde que fuera á casa del notario.

Pero poco á poco la alegría, el suave calor, el encanto claro de aquel día de verano, penetraron su cuerpo y su alma y pensó que no todo estaba perdido. ¿Por qué no había de tener un hijo su hija? Aun no hacía dos años que estaban casados. Su yerno parecía vigoroso, robusto y sano aunque de baja estatura. ¡Vaya si tendrían un hijo! ¡Era preciso!

Lesable entró furtivamente en el Ministerio y se metió en su despacho. En la mesa encontró un papel que decía: «El jefe le llama.» Hizo un ademán de impaciencia, y sintió asco por aquel despotismo que habría de volver á padecer y luego sintió un deseo vivísimo de hacer carrera. Pronto sería jefe á su vez, y aun llegaría más alto. Sin quitarse la

levita fué á ver al señor Torchebeuf. Se presentó con una de esas caras acongojadas que se adoptan en ocasiones semejantes y además con una expresión de dolor real y profundo y del abatimiento que imprimen á las facciones las contrariedades violentas. La enorme cabeza del jefe, inclinada como siempre sobre el papel, se irguió y luego preguntó con tono brusco:

—Le he necesitado toda la mañana. ¿Por qué no ha venido usted?

—Querido maestro, —contestó Lesable—hemos tenido la desgracia de perder á mi tía, la señorita Cachelin, y venía á pedir á usted permiso para asistir al entierro que se verificará mañana.

El rostro del señor Torchebeuf se serenó en seguida y contestó con un matiz de deferencia:

—En tal caso, querido amigo, todo se explica. Le doy las gracias y le dejo libre porque supongo tendrá usted mucho que hacer.

Pero Lesable tenía interés en mostrarse celoso y dijo:

—Gracias, querido maestro, todo está arreglado y permaneceré en el despacho hasta la hora reglamentaria.

Y volvió á su gabinete.

La noticia se había esparcido y sus compañeros de todas las secciones iban á verle para felicitarle más bien que para darle el pésame, y sobre todo, para ver qué cara ponía. Soportaba frases y miradas con máscara resignada de actor y un tacto que á todos admiraba.

«Se domina muy bien» decían unos, y otros añadían: «¡Bah! de todos modos debe estar muy contento.»

Maze, más audaz que los otros, le preguntó con su tranquilidad de hombre de mundo:

—¿Sabe usted á cuánto asciende la fortuna?

Lesable respondió con tono de gran desinterés:

—No, no lo sé á punto fijo. El testamento habla de un millón doscientos mil francos. Sé esto, porque el notario ha tenido que comunicarnos ciertas cláusulas relativas á los funerales.

Según el parecer general, Lesable no continuaría en el Ministerio. Con sesenta mil francos de renta, nadie es voluntariamente un chupatintas. Ya se es algo y se quiere obrar á su antojo. Unos pensaban que quería ser consejero de Estado; otros creían que ambicionaba ser diputado. El jefe esperaba recibir su dimisión para transmitirla al director.

Al día siguiente Cachelin volvió á desempeñar su

servicio, y Lesable, después de una semana de indisposición, volvió á su vez, algo pálido, pero asiduo y celoso como antes.

Hubiérase dicho que no había variado su existencia. Se notó únicamente que fumaban con ostentación gruesos cigarros, que hablaban de la renta de los ferrocarriles y de otros valores, á fuer de hombres que tienen títulos en el bolsillo, y al cabo de poco tiempo se supo que habían alquilado una quinta en los alrededores de París para pasar el resto del verano.

Pensaron: «Son avaros como antes; les viene de familia; Dios los cría y ellos se juntan; pero maldito lo bueno que es tener una fortuna semejante y continuar con el empleo.»

Al cabo de algún tiempo nadie pensaba en ellos: estaban juzgados y clasificados.

UNIVERSIDAD
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"

IV

Siguiendo el entierro de la tía Carlota, Lesable pensaba en el millón, y roído por una rabia, tanto más violenta, cuanto que debía permanecer oculta, detestaba á todos, atribuyéndoles la culpa de su mala suerte.

Se preguntaba de continuo por qué no podía tener un hijo, y el temor de ver que su unión fuera estéril, le hacía palpitar el corazón.

Entonces, como el muchacho que mira en lo alto de una cucaña, erguido y resbaladizo, la gallina ó el pichón que hay que coger, y que se jura á sí mismo llegar arriba á fuerza de energía y voluntad, y tener para ello el vigor y la tenacidad necesarias, Lesable tomó la resolución desesperada de ser padre. Cuando tantos otros lo son, ¿por qué

no había de serlo él? Quizá había sido descuidado, negligente; quizá ignorara algo á causa de una indiferencia completa. Como no experimentó nunca el deseo violento de tener un heredero, no había puesto tampoco ningún cuidado para obtener tal resultado. Emplearía en lo sucesivo todas sus fuerzas, no olvidaría nada, y vencería, puesto que tal era su voluntad.

Pero apenas volvió á su casa, se sintió indispuesto, y tuvo que acostarse. La decepción había sido harto ruda, y ahora sentía sus efectos.

El médico juzgó su estado bastante grave para prescribir un reposo absoluto y una serie de precauciones subsiguientes. Tenía una fiebre cerebral.

Sin embargo, á los ocho días estaba en pie, y volvió á reanudar su servicio en la oficina.

Pero no se atrevía, pensando que aun estaba débil, á afrontar el tálamo conyugal. Vacilaba y temblaba como un general que va á librar una batalla de la que depende su porvenir. Y cada noche esperaba al día siguiente, anhelando una de esas horas de robustez y de salud completa en que se siente uno capaz de todo. Se tomaba el pulso á cada instante, y hallándolo demasiado débil ó agitado, tomaba tónicos, comía carne cruda, y daba antes de ir á su casa grandes paseos para robustecerse.

Como no se restablecía á medida de su deseo, se le ocurrió terminar el verano en las cercanías de París. Pensó que el aire del campo ejercería en su temperamento soberana influencia. La campiña produce, en situaciones parecidas á la suya, efectos maravillosos, decisivos.

Se tranquilizó del todo y repetía á su suegro con cierto retintín en el acento:

—Cuando estemos en el campo, me sentiré mejor y todo irá bien.

Aquella sola palabra «campo» le parecía tener una significación misteriosa.

Alquilaron en el villorrio de Bezons una casita que habitaban los tres.

Cachelin y Lesable iban á pie todas las mañanas, atravesando la llanura, á la estación de Colombes, y volvían á pie por las noches.

Cora, encantada de vivir á la orilla del río, se sentaba en sus orillas, cogía flores, y llevaba á su casa grandes ramilletes de hierbas finas, bien olientes y temblorosas.

Por las noches paseaban los tres á lo largo de la orilla hasta la presa del Bacalao, y bebían una cerveza en la posada de los Tilos. El río, detenido por la larga fila de estacas, se lanzaba entre las juntu-

ras, saltaba, hervía, espumeaba en una anchura de cien metros; y el ruido de la cascada hacía estremecer el suelo, mientras una fina bruma, un vapor húmedo flotaba en el aire, surgiendo de la cascada como un humo ligero, llenando los contornos de un olor á agua aireada y de un sabor á limo removido.

Cerraba la noche. A lo lejos, enfrente, una gran claridad indicaba á París, y hacía repetir cada noche á Cachelin:

—¡Cáspita! ¡qué hermosa ciudad!

De vez en cuando pasaba un tren por el puente de hierro que corta el extremo de la isla, produciendo un ruido de trueno, y desapareciendo tan pronto hacia la derecha como hacia la izquierda, yendo á París ó al mar.

Volvían á pasos lentos, mirando cómo salía la luna, sentándose en un foso para ver más rato caer su luz amarillenta y triste en las ondas del río, luz que parecía correr con el agua y que las arrugas de la corriente removían como un moaré de fuego. Los sapos lanzaban su grito metálico y breve. Las aves nocturnas se llamaban unas á otras, y á veces una gran sombra muda corría por el río turbando su curso luminoso y sosegado. Era una barca de

merodeadores que echaban de pronto las redes y atraían sin ruido hacia su embarcación, entre las obscuras mallas, su pesca de barbos relucientes y temblorosos, como un tesoro arrancado del fondo del agua, un tesoro vivo de pescados de plata.

Cora, conmovida, se apoyaba tiernamente en el brazo de su marido, al que adivinaba la idea aunque no hubieran hablado de nada. Parecía que pasaran por un nuevo noviazgo y esperaran un nuevo beso de amor. A veces su esposo la hacía una caricia furtiva junto á la oreja, en el arranque de la nuca, en aquel sitio encantador de carne tierna donde nacen los primeros cabellos. Contestaba Cora con un apretón de manos, y ambos se deseaban, no entregándose todavía uno á otro, solicitados y retenidos á un tiempo por una voluntad más enérgica, por el fantasma del millón.

Cachelin, calmado por la esperanza que sentía alentar en torno de él, vivía contento, bebía como un odre y comía mucho, sintiendo nacer en él á la hora del crepúsculo crisis de poesía, aquel enternecimiento vulgar que se apodera de los más torpes ante ciertas visiones del campo: una lluvia de luz entre el ramaje, una puesta de sol tras las colinas lejanas con reflejos dorados en el río. Y exclamaba:

—Cuando veo estas cosas, creo en Dios. Siento algo aquí.

Y señalaba el pecho, afirmando que sentía una impresión rara como si le hubieran metido en un baño que le diera ganas de llorar.

Lesable se robustecía cada vez más y se apoderaban de él ardores que no conociera; dábanle ganas de correr como un potro, de revolcarse por la hierba, de lanzar gritos de alegría.

Juzgó que había llegado la hora. Fué una verdadera noche de novios.

Luego pasaron una luna de miel henchida de caricias y esperanzas.

Después advirtieron que sus tentativas eran infructuosas y su esperanza vana.

Fué una desesperación, un desastre. Pero Lesable no quiso darse por vencido, y se obstinó, haciendo esfuerzos sobrehumanos. Su esposa, movida de igual deseo y temblando por igual temor, más robusta que él, secundaba con ansia sus tentativas, solicitaba sus besos, despertaba de continuo su ardor decreciente.

Volvieron á París en los primeros días de Octubre.

La vida no les sonreía. A lo mejor se hablaban

con rudeza, y Cachelín, que adivinaba la situación, les hostigaba con epigramas soldadescos venenosos y groseros.

Un pensamiento incesante les atenaceaba, aguijoneaba su rencor mutuo que provenía de la herencia intangible. Cora era la que hablaba alto á su marido; le trataba de muchacho, como hombre de escasa importancia, y Cachelín á cada comida repetía:

—Si hubiera sido rico hubiera tenido muchos hijos, pero cuando uno es pobre hay que ser razonable.

Y dirigiéndose á su hija añadía:

—Tú debes ser como yo, pero el caso es...

Y lanzaba á su yerno una mirada significativa, encogiéndose de hombros con desprecio.

Lesable no replicaba, como hombre superior que había de dar con una familia ordinaria.

En el Ministerio decíanle que tenía el aspecto enfermizo.

Hasta el jefe le preguntó un día:

—¿Está usted enfermo? Me parece usted desmejorado.

—No, querido maestro, quizá estoy algo fatiga-

do. Hace algún tiempo que trabajo mucho, como puede usted ver.

Esperaba su ascenso para fin de año, y alentado por tal esperanza, había vuelto á su vida laboriosa de empleado modelo.

Sólo obtuvo una mínima gratificación menor que los demás. Su suegro Cachelín no obtuvo ninguna.

Lesable, herido en lo más íntimo de su corazón, volvió á hablar con su jefe, y por primera vez le llamó «caballero».

—¿Para qué sirve, caballero, trabajar así, si no obtengo ningún fruto?

La cabezota del señor Torchebeuf pareció incomodarse.

—Le he dicho ya, señor Lesable, que no admitía discusión de tal naturaleza. Le repito de nuevo que me parece inconveniente su reclamación, dada su fortuna actual y la pobreza de sus compañeros.

Lesable no pudo contenerse:

—No tengo nada, caballero, nuestra tía dejó su fortuna al primer hijo que naciera del matrimonio, y mi suegro y yo vivimos de nuestro sueldo.

El jefe sorprendido replicó:

—Si no tiene usted nada, ya tendrá con el tiempo, de modo, que para el caso resulta lo mismo.

Lesable se retiró más aterrado de aquel ascenso perdido que de la herencia inasequible.

Algunos días después, cuando Cachelín acabó de entrar en el despacho, el guapo Maze entró sonriendo, luego apareció Pitolet con los ojos encandilados, y después Boissel, que empujó la puerta y se adelantó con expresión excitada, murmurando entre dientes y lanzando á los otros ojeadas de inteligencia.

El tío Savon copiaba como de costumbre, con la pipa de barro en la boca, sentado en su silla alta, con los pies sobre el travesaño, como un chico.

Nadie decía una palabra.

Todos parecían esperar algo. Cachelín registraba los documentos y decía en voz alta según su costumbre: «Tolón. Servicio de mesa de oficiales para el *Richelieu*.—Lorient. Escafandras para el Desaix. —Brest. Ensayos de lona de fabricación inglesa.»

Lesable apareció. Cada mañana iba á buscar los documentos al despacho de su suegro, pues éste no se tomaba la molestia de hacérselos llevar por el ordenanza. Mientras rebuscaba entre los papelotes esparcidos por la mesa del registrador, Maze le miraba á hurtadillas frotándose las manos, y Pitolet, que liaba un cigarrillo, tenía unas arruguitas

junto á los labios que denotaban grandes ganas de reir. Se volvió hacia el escribiente y le dijo:

—Diga usted, tío Savon, ¿verdad que usted sabe muchas cosas de esta vida?

El viejo, comprendiendo que se iban á burlar de él y á hablarle de su mujer, no contestó. Pitolet repuso:

—De todos modos, debe usted saber el secreto para tener hijos, puesto que ha tenido varios.

El buen hombre levantó la cabeza, y dijo:

—Sepa usted, señor Pitolet, que no me gustan las bromas acerca de tal asunto. Tuve la desgracia de casarme con una mujer indigna. Cuando adquirí la prueba de su infidelidad, me separé de ella.

Maze, sin reir, preguntó con indiferencia:

—¿Tuvo usted muchas pruebas de esa infidelidad?

El tío Savon contestó gravemente:

—Sí, señor.

Pitolet volvió á tomar la palabra:

—De todos modos, ha sido usted padre de muchos hijos, de tres ó cuatro según creo.

El buen hombre, muy colorado, balbuceó:

—Trata usted de molestarme, señor Pitolet, pero no lo conseguirá usted. Mi esposa tuvo efectivamente tres hijos. Supongo que el primero es mío, pero reniego de los otros dos.

Pitolet añadió:

—Todos dicen que el primero es de usted; esto basta. Es una gran dicha tener un hijo. Mire, estoy seguro que Lesable desearía tener uno siquiera como usted.

Cachelín había cesado de escribir. No reía, por más que el tío Savon fuera habitualmente su cabeza de turco, y hubiera agotado en él sus bromas inconvenientes acerca de sus desdichas conyugales.

Lesable había recogido sus documentos, pero comprendiendo que le atacaban no se retiró, movido de su orgullo, confuso é irritado, tratando de saber quién había revelado su secreto. Luego recordó lo que había dicho al jefe, y comprendió en seguida que le sería preciso demostrar gran energía para no servir de hazmereir al Ministerio entero.

Boissel andaba de aquí para allá, murmurando de continuo. Imitando de pronto la voz enronquecida de los vendedores callejeros de periódicos, gritó:

—¡El secreto para hacer niños, diez céntimos! ¡Pedid el secreto para hacer niños, revelado por el señor Savon, con muchos detalles horribles!

Todos se echaron á reir menos Lesable y su suegro. Pitolet, volviéndose hacia el registrador, exclamó:

—¿Qué le pasa á usted, Cachelin? No se ríe usted como de costumbre. Diríase que no le hace gracia que el tío Savon tenga un hijo. A mí me choca mucho, mucho. ¡No todos pueden hacer chiquillos!

Lesable había vuelto á hojear los documentos fingiendo leer y no oir nada, pero había palidecido.

Boissel añadió con la misma voz de golfo:

—¡Futilidad de los herederos para recoger herencias, diez céntimos, dos perras chicas! ¿quién lo quiere?

Entonces, Maze, á quien aquellas bromas le parecían de mal gusto y que guardaba personalmente rencór á Lesable por haberle arrebatado aquella fortuna con que soñara tiempo antes, le preguntó directamente:

—¿Qué tiene usted, Lesable? está usted muy pálido.

Lesable levantó la cabeza y miró fijamente á su colega. Vaciló un momento temblándole los labios buscando algo punzante é irónico, y no hallando lo que buscaba contestó:

—No tengo nada. Unicamente me admira verle á usted desplegar tanta astucia.

Maze, de espaldas á la chimenea y levantando con ambas manos los faldones de la levita, contestó riendo:

—Se hace lo que se puede, querido. Nos pasa lo que á usted, no siempre conseguimos lo que queremos.

Una explosión de carcajadas le cortó la palabra. El tío Savon estupefacto, comprendiendo vagamente que aquello no rezaba con él, permanecía con la boca abierta y la pluma en el aire. Cachelin esperaba, dispuesto á pegarse á puñetazo limpio con cualquiera.

Lesable balbuceó:

—No le comprendo. ¿Qué es lo que no he conseguido?

El guapo Maze dejó caer uno de los faldones de la levita para retorcerse el bigote, y dijo en tono cortés:

—Ya sé que usted consigue generalmente lo que desea, así pues, siento haber hablado de usted. Por otra parte se trataba de los hijos del tío Savon, y no de los suyos, puesto que usted no los tiene. Como siempre vence usted en sus empresas, es evidente

que si no tiene usted hijos es porque no ha querido.

Lesable preguntó rudamente:

—¿Qué le importa á usted?

Al oir aquel tono provocador, Maze á su vez levantó la voz.

—¿Qué es lo que le pasa á usted? Trate usted de ser cortés, ó de lo contrario se verá usted conmigo.

Pero Lesable temblaba de cólera y dijo ya fuera de sí:

—Señor Maze, no soy como usted ni un gran fatuo ni un buen mozo; le ruego que en lo sucesivo no me dirija usted la palabra. No necesito nada de usted ni de sus semejantes.

Y lanzaba una mirada de desafío á Pitolet y á Boissel. Maze comprendió de pronto que la verdadera fuerza estriba en la calma y en la ironía; pero herido en todas sus vanidades, quiso herir en el corazón á su enemigo, y repuso con tono protector, con un tono de consejero benévolo, chispeándole de de ira los ojos:

—Querido Lesable, se extralimita usted; pero comprendo por otra parte su despecho; es muy triste perder una fortuna por una bagatela, por una cosa tan fácil, tan sencilla... mire, si quiere usted,

le prestaré ese servicio de balde, como buen camarada; es asunto de cinco minutos...

Hablaba aún, cuando recibió en pleno pecho el tintero de Savon que Lesable le lanzó. Una ola de tinta le cubrió el rostro metamorfoseándole en negro con sorprendente rapidez. Se lanzó hacia su adversario centelleándole los ojos y con la mano levantada para pegar. Pero Cachelin cubrió á su yerno deteniendo á Maze, y empujándole, sacudiéndole, dándole puñadas sin piedad, le lanzó contra la pared.

Maze se soltó haciendo un esfuerzo violento, abrió la puerta y gritó dirigiéndose á los dos hombres:

—Tendrán ustedes noticias mías.

Y desapareció. Pitolet y Boissel le siguieron. Este último explicó su moderación por el temor que tuvo de matar á alguien si tomaba parte en la lucha.

Tan pronto como entró en su despacho probó Maze á limpiarse, pero no lo pudo conseguir. Estaba teñido con una tinta violeta llamada indeleble é imborrable. Estaba ante el espejo furioso y desconsolado frotándose la cara con una servilleta. Obtuvo así un negro magnífico matizado de rojo, pues la sangre afluía á la piel.

Boissel y Pitolet le habían seguido y le daban consejos. Según éste, era preciso lavarse el rostro con aceite de olivas puro, y según aquél, conseguiría su objeto con amoniaco. El ordenanza fué á una farmacia para pedir consejo. Trajo un líquido amarillo y piedra pomez. No se obtuvo ningún resultado.

Maze, descorazonado, se sentó y exclamó:

—Ahora hay que resolver la cuestión de honor. ¿Quieren ustedes servirme de padrinos, é ir á pedir al señor Lesable excusas suficientes ó una reparación por las armas?

Los dos aceptaron y se pusieron á discutir lo que debían hacer. No tenían noción de aquella clase de asuntos, pero no querían confesarlo, y preocupados por el deseo de ser correctos emitían opiniones tímidas y diversas. Se decidió consultar á un capitán de fragata que estaba en el Ministerio, encargado de la provisión de carbones. Sabía lo mismo que ellos. Después de reflexionar, les aconsejó, sin embargo, ir á ver á Lesable, y pedirle que les pusiera en relación con dos amigos suyos.

Cuando iban al despacho de su colega Boissel se detuvo de pronto:

—¿No es natural que llevemos guantes?

Pitolet vaciló un instante:

—Sí, quizá, sí.

Pero para tener guantes sería preciso salir, y el jefe tenía malas pulgas. Se envió, pues, al ordenanza á buscar algunos pares á casa de un guantero. Vacilaron mucho rato respecto del color. Boissel los quería negros; Pitolet estimaba que este color no era conveniente; por fin los tomaron morados.

Viendo entrar á aquellos dos hombres enguantados y solemnes, Lesable levantó la cabeza y preguntó bruscamente:

—¿Qué quieren ustedes?

Pitolet contestó:

—Venimos, caballero, de parte del señor Maze, para pedirle á usted excusas ó una reparación en el terreno del honor por los insultos de palabra y obra que le ha dirigido usted.

Pero Lesable, aun exasperado, gritó:

—¡Qué! ¿me insulta y todavía viene á provocarme? Díganle ustedes que le desprecio, y que desprecio cuanto pueda hacer ó decir.

Boissel se adelantó con ademán trágico:

—Nos obligará usted, caballero, á publicar en los periódicos un acta que resultará bochornosa para usted.

Pitolet añadió con sorna:

—Y que podrá manchar gravemente su honor y perjudicar sus futuros ascensos.

Lesable, aterrado, les miraba.

¿Qué hacer? Pensó en ganar tiempo.

—Señores,—dijo—tendrán ustedes mi contestación dentro de diez minutos. ¿Quieren ustedes aguardar en el despacho del señor Pitolet?

Apenas estuvo solo miró en derredor como buscando consejo, apoyo.

¡Un duelo! ¡Iba á tener un duelo!

Permanecía palpitante, despavorido, á fuer de hombre pacífico que no ha pensado jamás en tal posibilidad y que no está preparado á tales riesgos y emociones, que no ha fortificado su valor en previsión de acontecimientos tan formidables. Quiso levantarse y volvió á caer sentado latiéndole el corazón y temblándole las piernas. Su cólera y su fuerza habían desaparecido de pronto. Pero al pensar en la opinión de los empleados y en el ruido que armaría el asunto, despertó su orgullo vacilante, y no sabiendo qué resolver se fué al despacho del jefe para tomar consejo.

El señor Torchebeuf quedó sorprendido y perplejo. No veía la necesidad de un encuentro, y pensaba que aquello iba á desorganizar el servicio. Por fin dijo:

—No puedo aconsejarle nada. Se trata de una cuestión de honor que no me concierne. ¿Quiere usted que le recomiende al comandante Bouc? Es hombre competente en la materia y podría guiarle á usted.

Lesable aceptó y se avistó con el comandante que hasta consintió en ser padrino. Buscó á un subjefe para secundarle. Boissel y Pitolet les esperaban siempre enguantados. Habían pedido prestadas dos sillas en un despacho vecino para poderse sentar todos. Se saludaron gravemente y se sentaron. Pitolet tomó la palabra y explicó el asunto.

El comandante, después de escucharle, contestó:

—La cosa es grave, pero no me parece irreparable; todo depende de las intenciones.

Era un viejo marino solapado á quien todo esto divertía en extremo.

Empezó entonces una larga discusión durante la cual se idearon sucesivamente cuatro proyectos de cartas, pues las satisfacciones debían ser recíprocas. Si el señor Maze reconocía no haber tenido intención de ofender en principio al señor Lesable, éste confesaría también que había obrado inconsidera-

damente tirando el tintero y daría satisfacción de su acto violento.

Los cuatro mandatarios fueron á ver á sus apadrinados.

Maze, sentado junto á su mesa, sentíase agitado por la emoción de aquel duelo posible, aun cuando esperaba que retrocedería su adversario, y miraba sucesivamente sus mejillas en uno de esos espejitos redondos de estaño que todos los empleados ocultan en los cajones para acicalarse antes de salir de la oficina. Leyó las cartas que se le presentaban y declaró con satisfacción visible:

—Me parece muy honroso, estoy dispuesto á firmar.

Lesable por su parte aceptó sin discusión el documento que habían redactado sus padrinos y declaró:

—Puesto que tal es su parecer, sólo me toca aceptarlo.

Los cuatro plenipotenciarios se reunieron de nuevo. Se cambiaron las cartas, se saludaron gravemente, y arreglado ya el asunto, se separaron.

Reinaba una emoción extraordinaria en la oficina. Los empleados iban en busca de noticias, de un despacho á otro, ó hablaban en los pasillos.

Cuando se supo que la cuestión estaba terminada, la decepción fué general. Alguien dijo:

—De todas maneras esto no dará un hijo á Lesable.

Circuló la frase. Un empleado rimó una canción. Pero cuando todo parecía terminado, surgió una dificultad provocada por Boissel.

¿Cual debía ser la actitud de los dos adversarios cuando se encontraran frente á frente? ¿Se saludarían? ¿Fingirían no conocerse?

Se decidió que se encontrarían como por casualidad en el despacho del jefe, y que en presencia del señor Torchebeuf, cambiarían algunas palabras de cortesía.

Todo se cumplió al pie de la letra y Maze salió en coche de la oficina y se fué á su casa para tratar de limpiarse la cara.

Lesable y Cachelin se fueron juntos sin decir una palabra, exasperados uno contra otro como si lo que acababa de suceder fuera culpa de uno de ellos.

Apenas entró en su casa, Lesable arrojó violentamente el sombrero sobre la cómoda y gritó á su mujer:

—Ya estoy hasta la coronilla. Ahora tengo un desafío por tu causa.

Ella le miró sorprendida, irritada ya.

—¿Un duelo? ¿y por qué?

—Porque Maze me ha insultado por tu causa.

Cora se aproximó.

—¿Por mí? ¿qué dices?

Lesable se había sentado furioso en un sillón y añadió:

—Me ha insultado... no hay necesidad de más explicaciones.

Pero su esposa quería saberlo todo.

—Quiero saber lo que ha dicho de mí.

Lesable se ruborizó y balbuceó luego:

—Me ha dicho... me ha dicho... Se ha burlado de tu esterilidad.

La joven se estremeció. Luego sintió un arranque de cólera, y la rudeza paternal, sobreponiéndose á su naturaleza de mujer, exclamó:

—¿Yo? ¿que yo soy estéril? ¿Qué sabes tú, botarate? ¿Estéril yo? Sí, porque tú no eres un hombre... Si me hubiera casado con otro, con cualquiera, ¿oyes? ya tendría hijos, ¡ya! ¡bien puedes hablar! ¡Bastante caro pago el haberme casado con un guiñapo como tú! ¿Y qué has contestado á ese miserable?

Lesable, despavorido ante aquella tempestad, masculló:

—Le he abofeteado.

Cora le miró asombrada.

—¿Y qué ha hecho él...?

—Me ha enviado sus padrinos. Esto es todo.

A la joven la interesaba ahora este asunto, atraída como todas las mujeres por las aventuras dramáticas, y preguntó aplacándose de pronto acometida por cierta estima hacia aquel hombre que iba á arriesgar su vida:

—¿Cuándo os batís?

Lesable contestó tranquilamente:

—No nos batimos; los padrinos han arreglado la cuestión; Maze me ha dado satisfacción.

Ella le miró de pies á cabeza con desprecio y exclamó:

—¡Ah! ¿me han insultado delante de ti, y lo has permitido, y no te bates? ¡No te faltaba más que ser cobarde!

Lesable se indignó.

—Te ordeno que te calles. Sé mejor que tú cuánto atañe á mi honor. Mira, aquí tienes la carta del señor Maze; toma, lee y verás.

La joven tomó el papel, lo leyó, lo adivinó todo, y dijo con retintín:

—¿Tú también has escrito una carta? Habéis te-

nido miedo uno de otro. ¡Oh! ¡qué cobardes son los hombres! Si nosotras estuviésemos en vuestro lugar... En fin, lo que resulta de todo, es que yo he sido insultada; yo, tu mujer, ¿y te contentas con esto? Ya no me admira que no seas capaz de tener hijos. Se comprende. ¡Eres tan... blanducho ante las mujeres como ante los hombres! ¡Valiente mequetrefe me ha tocado en suerte!

De pronto había adquirido los modales y el acento de Cachelin, los ademanes canallescos del viejo soldado y entonaciones de hombre. De pie ante él, con los brazos en jarras, alta, fuerte, vigorosa, adelantado el pecho, colorado el rostro, la voz profunda y vibrante, miraba Cora á aquel hombre sentado ante ella, á aquel hombrecillo pálido de incipiente calvicie, afeitado con sus cortas patillas curialescas. Sentía ganas de estrangularle, de aplastarle.

Repitió varias veces:

—No eres capaz de nada, de nada. Hasta como empleado todos pasan delante de ti.

Se abrió la puerta; entró Cachelin y atraído por el ruido de la disputa, preguntó:

—¿Qué ocurre?

La joven se volvió.

—¡Le canto las verdades del barquero á este tonto!

Lesable, levantando la vista, advirtió su parecido. Parecióle que un velo se levantaba y que se los enseñaba tales como eran, padre é hija, de la misma sangre, de la misma raza vulgar y grosera. Se vió perdido, condenado á vivir entre ellos toda su vida.

Cachelin exclamó:

—Si siquiera pudiéseis divorciaros. Maldita la gracia que tiene haberse casado con un capón.

Lesable se levantó de un salto, estremecido de furor, no pudiendo resistir aquella palabra. Se fué hacia su suegro balbuceando:

—¡Salga usted de aquí! ¡Salga!... Está usted en mi casa, ¿oye usted?... Le arrojo á usted...

Y cogió de la cómoda una botella llena de agua sedativa que blandía como una maza.

Cachelin, intimidado, salió andando hacia atrás y murmurando:

—¿Qué es lo que le da ahora?

Pero la cólera de Lesable no se calmó. La medida estaba colmada. Se volvió hacia su mujer, que le miraba algo asombrada de su violencia, y la gritó después de dejar la botella sobre el mueble.

—En cuanto á ti...

Pero como no se le ocurría decir nada, permane-

cía frente á ella con el rostro demudado y la voz ronca.

Cora se echó á reir. Ante aquella risa que le insultaba todavía, enloqueció y con gran ímpetu la cogió por el cuello con la mano izquierda mientras con la derecha la abofeteaba furiosamente. Ella retrocedía desatinada, ahogándose; encontró la cama, y cayó sobre ella de espaldas. Su marido no la soltaba y continuaba pegando. De pronto se levantó anhelante, jadeando extenuado; y avergonzándose de pronto de su brutalidad, balbuceó:

—Mira, mira, á lo que me has obligado.

Ella no se movía como si estuviera muerta. Permanecía de espaldas en el borde de la cama, con el rostro oculto entre las manos. Se acercó cohibido preguntándose lo que ocurriría y esperando que descubriera la cara para adivinar por su expresión lo que pensaba. Al cabo de algunos minutos, como su angustia iba creciendo, murmuró:

—¡Cora! ¡Cora! ¡dí!

No pareció oirle ni se movió. ¿Qué tenía? ¿Qué iba á hacer sobre todo?

Una vez calmada su ira, calmada tan aprisa como se había despertado, se sentía odioso, casi criminal. Había pegado á una mujer, á su mujer, él,

el hombre prudente y frío, el hombre bien educado y siempre razonable. En el enternecimiento de la reacción sentía deseos de pedir perdón, de ponerse de rodillas, de besar aquellas mejillas abofeteadas y rojas. Tocó con la punta del dedo suavemente una de las manos extendidas sobre aquel rostro invisible. Ella pareció no sentir nada, y él la acarició como se acaricia á un perro á quien se ha reñido. No pareció advertirlo.

Lesable dijo:

—Cora, escucha; reconozco que tengo culpa, Cora.

Parecía muerta. Entonces trató de levantar aquella mano. Se separó fácilmente y vió un ojo abierto que le miraba de un modo fijo, inquietador y molesto.

Añadió:

—Oye, Cora, me ha cegado la ira. Tu padre tiene la culpa. No se insulta impunemente á un hombre.

No contestó nada, como si no oyera. El no sabía qué hacer ni qué decir. La besó cerca de la oreja y levantándose vió una lágrima en el ángulo del ojo, una gruesa lágrima que se desprendió y rodó por la mejilla; y el párpado se agitaba y se cerraba á menudo.

Sintió lástima y honda emoción y abriendo los brazos se tendió sobre su mujer. Apartó la otra mano con los labios y besándole la cara, decía:

—Pobre Cora, perdóname, perdóname, monina.

Ella continuaba llorando sin sollozar como se lloran las grandes penas.

El la estrechaba contra su pecho, la acariciaba, murmuraba á su oído todas las palabras tiernas que se le ocurrían, pero ella continuaba insensible. Sin embargo, dejó de llorar. Permanecieron largo tiempo así echados y abrazados.

Llegaba la noche llenando de sombra la habitacioncita, y cuando hubo obscurecido del todo se atrevió y solicitó su perdón de un modo que reavivó sus esperanzas.

Cuando estuvieron otra vez en pie, Lesable había vuelto á tomar su voz y cara habituales como si nada hubiera ocurrido. Ella, por el contrario, parecía enternecida, hablaba con voz más cariñosa que de costumbre, miraba á su marido con ojos sumisos, casi acariciadores, como si aquella corrección inesperada hubiera aflojado sus nervios y reblandecido su corazón. Dijo Lesable de pronto:

—Tu padre debe aburrirse solo en su casa; vé á buscarle. Casi es hora de comer.

Cora salió.

Eran las siete, en efecto, y la criadita anunció la sopa; y Cachelin, tranquilo y sonriente, reapareció con su hija. Se pusieron á la mesa y aquel día hablaron con más cordialidad que desde hacía mucho tiempo como si hubiese ocurrido algo de que todos debiesen felicitarse.

V

Pero sus esperanzas, siempre renovadas, no se cumplían jamás. Cada día que pasaba aquel esperar en vano á pesar de la persistencia de Lesable y de la buena voluntad de su compañera, les llenaba de angustia. Uno reprochaba al otro sin cesar su mala fortuna, y el esposo desesperado, flaco, fatigado, sufría sobre todo por la grosería de Cachelin que en su intimidad armada y batalladora sólo le llamaba: «Señor Lecoq,» en recuerdo sin duda de aquel que por poco le estrellan una botella en la cara por haber pronunciado la palabra: «Capón».

Su hija y él, ligados instintivamente, rabiosos por el pensamiento constante de aquella gran fortuna tan próxima y tan difícil de alcanzar, no sabían qué inventar para humillar y atormentar á aquel impotente, causa de su desgracia.

Al ponerse á la mesa, Cora repetía cada vez:

—No tenemos una gran comida. Otro gallo nos cantara si fuéramos ricos. No es culpa mía.

Cuando Lesable se marchaba á su oficina, gritaba ella desde su cuarto:

—Coge el paraguas, ó si no volverás sucio como una rueda de ómnibus. Bien mirado no es culpa mía si te ves obligado aún de ejercer de chupatintas.

Cuando ella iba á salir no dejaba nunca de exclamar:

—¡Y decir que si me hubiera casado con otro hombre tendría coche propio!

A cada instante con cualquier pretexto pensaba en aquéllo y hostigaba á su marido con un reproche. Le asaeteaba con una injuria, le declaraba el único culpable y el responsable de la pérdida de aquel dinero que consideraba como suyo.

Una noche, impacientado al fin, exclamó:

—¡Ira de Dios! ¡Callarás de una vez! La culpa es tuya, úunicamente tuya, ¿oyes? Sabe que si no tenemos hijos, yo tengo uno...

Mentía, prefiriéndolo todo á aquel eterno reproche y á la vergüenza de parecer impotente.

Cora le miró asombrada de pronto buscando la

verdad en sus ojos, y luego comprendiéndolo exclamó con desdén:

—¿Que tú tienes un hijo? ¿tú?

Él contestó descaradamente:

—Sí, un hijo natural que me educan en Asniéres.

Cora replicó con tranquilidad:

—Bueno, mañana iremos á verle para saber qué facha tiene.

Pero Lesable se puso colorado como un pimiento y balbuceó:

—Como quieras.

Al día siguiente se levantó la joven antes de las siete, y al ver que Lesable se asombraba, dijo:

—¿No vamos á ver á tu hijo? Ayer me lo prometiste. ¿Acaso hoy ya no tienes hijo?

Saltó de la cama bruscamente:

—No vamos á ver á mi hijo, sino á un médico; ya verás lo que te dice.

Cora no contestó como quien está seguro de sí mismo.

—Me alegro, hombre.

Cachelín se encargó de avisar en la oficina que su yerno estaba enfermo, y el matrimonio Lesable, aconsejado por otro médico, llamaba á la una en

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

punto á la puerta del doctor Lefilleul, autor de muchas obras sobre la higiene de la generación.

Entraron en un salón blanco con filetes de oro, mal amueblado, que parecía vacío é inhabitado á pesar del gran número de sillas que había. Se sentaron. Lesable sentíase conmovido, tembloroso y algo avergonzado. Llegó su vez y penetraron en una especie de escritorio donde les recibió un hombre rechoncho, de baja estatura, ceremonioso y frío.

Esperó que se explicaran; pero Lesable no se atrevía, ruborizado y avergonzado. Su mujer se decidió, y en tono sosegado, como quien está resuelto á todo para llegar á su fin, dijo:

—Caballero, venimos á verle porque no tenemos hijos; depende de ello una gran fortuna.

La consulta fué larga, detallada y penosa. Cora no parecía cohibida y se prestaba al examen atento del médico, como mujer á quien anima y sostiene un interés más alto.

Después de estudiar durante cerca de una hora á ambos esposos, nada decidió el médico.

—No encuentro nada anormal ni especial;—dijo —el caso se presenta muchas veces. Sucede con los cuerpos lo que con los caracteres. Cuando vemos

tantos matrimonios mal avenidos por incompatibilidad de genio, no es raro que haya otros estériles por incompatibilidad física. La señora me parece muy bien constituída y apta para concebir. Este caballero, por su parte, aun cuando no tiene ningún vicio de conformación, me parece debilitado, quizá á consecuencia de su excesivo deseo de ser padre. ¿Quiere usted permitirme que le ausculte?

Lesable, inquieto, se quitó el chaleco, y el doctor tuvo durante largo rato pegado el oído en el torax y en la espalda del empleado; luego percutió obstinadamente desde el estómago al cuello y de los riñones á la nuca.

Notó un ligero desarreglo en el movimiento de sístole y algún riesgo en cuanto á los pulmones.

—Tiene usted que cuidarse, caballero, que cuidarse mucho. Es anemia, agotamiento, no otra cosa. Estos accidentes, insignificantes ahora, podrían ser peligrosos andando el tiempo.

Lesable, pálido de angustia, pidió una receta. Se le prescribió un régimen complicado: hierro, carne medio cruda, caldo durante el día, ejercicio, reposo y veraneo en tiempo oportuno. Luego, el doctor les dió consejos para cuando Lesable estuviese restablecido y les indicó las prácticas usadas

en casos parecidos, que habían dado á menudo buenos resultados.

La consulta costó cuarenta francos.

Cuando estuvieron en la calle, Cora, ardiendo en cólera sorda y previendo el porvenir, exclamó:

—Bien aviada estoy.

El no contestó; el miedo le invadía. Meditaba y pesaba cada palabra del doctor. ¿No le había engañado? ¿no le juzgó perdido? Maldito lo que pensaba ahora en la herencia ni en el hijo. Se trataba de su vida. Le parecía oir un silbido en sus pulmones y que el corazón le latía de un modo precipitado.

Al pasar por las Tullerías sintió debilidad y deseó sentarse. Su mujer, exasperada, permanecía en pie junto á él para humillarle, mirándole de arriba abalo con piedad despreciativa. Respiraba penosamente, exagerando el ahogo que provenía de su emoción, y de continuo se tomaba el pulso contando las pulsaciones de la arteria.

Cora, que pateaba de impaciencia, preguntó:

—¿Acabarás de una vez? ¿Aun no estás listo?

El se levantó como se levantan las víctimas y volvió á ponerse en marcha sin decir una palabra.

Cuando Cachelín supo el resultado de la consulta no puso trabas á su furor.

—¡Buena la hicimos, voto á tal! ¡buena la hicimos!—clamaba.

Y miraba á su yerno de un modo feroz, como si quisiera comérsele.

Lesable no escuchaba, no oía, pensaba únicamente en su salud, en su existencia amenazada. Ya podían chillar padre é hija. ¡Como que no estaban en su pellejo! Y en cuanto á éste no admitía bromas quería conservarlo.

Tuvo potingues en la mesa de noche, y á cada comida dosificaba sus medicamentos, mientras sonreía su mujer y reía su suegro. Se miraba á cada instante al espejo, se ponía la mano en el corazón para estudiar sus movimientos y se hizo poner una cama en el cuarto obscuro que servía de guardarropa, no queriendo estar en contacto carnal con Cora. Sentía ahora por ella odio y terror á un tiempo. Todas las mujeres se le antojaban monstruos, animales peligrosos destinados á matar á los hombres. Y no pensaba en el testamento de la tía Carlota sino como se piensa en un accidente antiguo que hubiera podido costar la vida.

Transcurrieron dos meses más. Sólo faltaba un año para el término fatal.

Cachelín había colgado en el comedor un enorme

calendario del que arrancaba una hoja cada mañana, y la exasperación de su impotencia, la desesperación de sentir que de semana en semana se le escapaba aquella fortuna, la ira de pensar que tenía que trabajar en la oficina y retirarse luego con dos mil francos hasta su muerte, le impulsaban á violencias de palabra que poco le hubiera costado convertir en violencias de obra. No podía mirar á Lesable sin sentir un furioso deseo de pegarle, de aplastarle, de patearle. Le aborrecía con odio desordenado. Cada vez que le veía abrir la puerta y entrar, se le antojaba que un ladrón entraba en su casa, un ladrón que le había despojado de bienes que eran suyos, de una herencia de familia. Le aborrecía más que se aborrece á un enemigo mortal y le despreciaba al mismo tiempo por su debilidad y sobre todo por su cobardía desde que había renunciado á la realización de la esperanza común por temor á enfermar.

Lesable vivía, en efecto, separado de su mujer, como si ningún lazo les uniera. No se acercaba á ella, no la tocaba, evitaba hasta su mirada, tanto por vergüenza como por miedo.

Cachelin preguntaba todos los días á su hija:

—Qué, ¿no se ha decidido tu marido?

—No, papá.

Cada noche, en la mesa, ocurrían escenas penosas.

Cachelin repetía sin cesar:

—Cuando un hombre no lo es, lo mejor que podía hacer es reventar para ceder su puesto á otro.

Y Cora añadía:

—La verdad es que hay gente inútil y molesta. No sé para qué sirven en este mundo sino es para fastidiar á todos.

Lesable se tomaba sus pócimas y no contestaba. Por fin un día le dijo su suegro:

—Si no cambia usted de conducta ahora que está usted mejor, ya sé lo que hará mi hija...

El yerno levantó la vista presintiendo un nuevo ultraje, interrogando con la mirada. Cachelin repuso:

—Ya que usted no sirve, tomará otro, ¡pardiez! Tiene usted mucha suerte en que ya no lo haya hecho. Cuando se tiene un marido como usted, todo está permitido.

Lesable, lívido, contestó:

—No seré yo quien le impida seguir sus buenos consejos.

Cora había bajado la vista, y Cachelin, compren-

diendo vagamente que acababa de decir una atrocidad, quedó algo confuso.

VI

En el Ministerio, los dos hombres parecían vivir en buena armonía. Parecían haber hecho un pacto tácito para ocultar á sus colegas su guerra intestina. Se llamaban «mi querido Cachelin,» «mi querido Lesable,» y fingían reir juntos y vivir dichosos y contentos, y satisfechos de su vida común.

Lesable y Maze, por su parte, se trataban con cortesía ceremoniosa, como adversarios que estuvieron á pique de batirse. El duelo frustrado, cuyo temor sintieran, les hacía tener una cortesía exquisita, una consideración visible, y quizá el deseo secreto de trabar amistad para evitar nuevas complicaciones.

Los demás observaban y aprobaban su actitud de hombres de mundo que tuvieron una cuestión de honor.

Se saludaban desde muy lejos con gravedad severa, quitándose el sombrero de un modo digno.

No se hablaban, pues ninguno de los dos no quería ó no se atrevía á empezar.

Pero un día Lesable, á quien el jefe llamaba con urgencia, echó á correr para demostrar su celo, y al volver un corredor fué á chocar con gran empuje contra un empleado que venía en sentido inverso.

Era Maze. Retrocedieron ambos y Lesable preguntó con solicitud cortés:

—¿Le he hecho á usted daño, caballero?

—No, señor.

Desde entonces creyeron conveniente cambiar algunas palabras cuando se encontraban. Luego, entablando lucha cortés, tuvieron mil atenciones uno para otro, y de ahí nació cierta familiaridad y luego una intimidad templada por cierta reserva, la intimidad de gentes que no se habían comprendido, pero á quienes contiene todavía cierta vacilación, y luego, á fuerza de atenciones y de visitas de despacho á despacho, fueron buenos camaradas.

A menudo charlaban juntos, cuando iban á saber noticias al despacho del registrador. Lesable no se daba ya la importancia de antes, y Maze parecía

haber perdido algo de su rigidez de hombre de mundo. Cachelin tomaba parte en la conversación y parecía interesarse por aquella incipiente amistad. Algunas veces, cuando ya se había marchado el guapo empleado irguiendo su alta estatura y tocando casi en el dintel de la puerta con la cabeza, murmuraba mirando á su yerno:

—Qué buen mozo, ¿eh?

Una mañana, cuando estaban juntos los cuatro, pues el tío Savon continuaba trabajando con verdadero celo, la silla del copista, aserrada sin duda por algún guasón, se cayó de pronto, y el infeliz empleado rodó por el suelo lanzando un grito de espanto.

El registrador atribuyó aquella maquinación á los anarquistas, y Maze quería ver á toda costa el sitio lesionado. Cachelín y él trataron de desnudar al viejo para curarle á lo que decían; pero el pobre hombre resistió desesperadamente afirmando que no se había hecho daño.

Cuando se hubo calmado la algazara, Cachelin exclamó de pronto:

—Oiga usted, señor Maze, ahora que estamos en buena relación los tres, ¿porqué no viene usted á comer un domingo á nuestra casa? Tendríamos

mucho gusto en verle por allí mi yerno, yo y mi hija que ya le conoce de nombre, puesto que á menudo hablamos de la oficina. Quedamos en que sí, ¿verdad?

Lesable le invitó también é insistió, aún cuando algo más friamente que su suegro:

—Venga usted, crea que nos complacerá mucho.

Maze vacilaba embarazado y sonriendo al pensar en los rumores que circulaban.

Cachelin insistía.

—¿De modo que irá usted?

—Sí, acepto.

Apenas llegó á su casa Cachelin, dijo á su hija:

—¿A qué no sabes quién vendrá á comer el domingo?

—¡Qué sé yo!

—El señor Maze.

—¡Ah!

La joven se ruborizó sin saber por qué. Sentía desde tiempo atrás deseo de conocerle porque había oido hablar de él, de sus modales, de sus triunfos amorosos, pues en el Ministerio pasaba por muy atrevido é irresistible con las mujeres.

Cachelin añadió frotándose las manos:

—Ya verás qué buen mozo es; no se parece á tu marido. Es alto como un pino.

Cora no contestaba como si temiera que adivinaran que había pensado en él.

Prepararon aquella comida con tanta solicitud como la de Lesable años atrás. Cachelin discutía los platos, quería que la comida fuera magnífica, y como si una confianza oculta, un deseo vago y aun indeciso hubieran brotado en su corazón, parecía más tranquilo y más alegre.

Durante todo el día vigiló con agitación los preparativos mientras Lasable resolvía un asunto urgente, despachaba unos documentos que se trajo el día antes de la oficina. Ocurría aquello en los primeros días de Noviembre y se aproximaba, por lo tanto, Año nuevo.

A las siete en punto Maze llegó de muy buen humor. Entró con desembarazo como si estuviera en su casa y ofreció con un cumplido un gran ramillete de rosas á Cora. Y añadió con aquel tono familiar á las gentes acostumbradas al trato social:

—Me parece, señora, que ya la conozco algo y que la he conocido de niña, pues hace muchos años que su padre me habla de usted.

Cachelin al ver las flores exclamó:

—He aquí un chico que sabe hacer las cosas.

Su hija recordó que Lesable no trajo flores el día

de su presentación. El empleado parecía muy contento, reía de buena gana como aquel que va á una casa amiga, y de cuando en cuando dirigía cumplidos á Cora que se ruborizaba.

Maze la encontró muy apetitosa y ella le juzgó muy seductor. Después de marchar, Cachelin preguntó:

—¿Verdad que es un buen mozo? Qué pillastre debe ser. A lo que dicen, agrada á todas las mujeres.

Cora, menos expansiva, contesó, sin embargo, que era muy amable y que no se daba importancia. Lesable, que parecía menos cansado y triste que de costumbre, convino en que le había «desconocido» hasta entonces.

Maze volvió á la casa con reserva al principio, después más á menudo. Gustaba á todos y todos procuraban agradarle y hacérsele simpáticos. Cora le preparaba sus guisos favoritos. La intimidad de los tres hombres fué tan grande que apenas se separaban. El nuevo amigo llevaba á la familia al teatro, á palcos, que obtenía por medio de la prensa.

Por la noche volvían á pie por las calles llenas de gente hasta la puerta de la casa de Lesable. Maze y Cora andaban delante con paso igual, cadera contra

cadera, balanceados por igual movimiento con igual ritmo, como dos seres creados para vivir juntos. Hablaban á media voz, pues tenían ya mucha confianza, y reían de buena gana; á veces, la joven se volvía para lanzar una ojeada á su padre y á su marido. Cachelín les seguía con mirada enternecida, y á menudo, sin pensar que hablaba con su yerno, declaraba:

—Son muy guapos; da gusto verlos juntos.

Y Lesable contestaba tranquilamente:

—Tienen casi la misma estatura.

Y dichoso al sentir que el corazón le latía menos arrebatadamente, que jadeaba menos marchando aprisa, y que decididamente se sentía más fuerte, se borraba poco á poco el rencor que tiempo antes le inspiraba su suegro, cuyas pesadas bromas, por otra parte, habían cesado del todo.

El día de Año nuevo fué nombrado oficial primero. Le produjo aquello tanta alegría, que besó á su mujer al entrar en casa por vez primera desde seis meses hacía. Ella pareció asombrada y molestada como si hubiera hecho una cosa inconveniente, y miró á Maze que había ido para felicitarle Año nuevo. El mismo se sintió como avergonzado y se volvió hacia la ventana como quien no quiere

ver. Pero Cachelín pronto volvió á su mal humor y hostigaba de continuo á su yerno con sus bromas. A veces hasta atacaba á Maze como si también le hiciera responsable de la catástrofe que les amenazaba á todos, y cuyo término fatal se aproximaba de minuto en minuto.

Unicamente Cora parecía tranquila, dichosa y contenta. Dijérase que había olvidado el término amenazador y próximo.

Empezó mayo; toda esperanza parecía perdida, pues el veinte de junio hacía tres años que había muerto la tía Carlota.

Una primavera precoz hacía germinar la tierra; y Maze propuso á sus amigos dar un paseo por la orilla del Sena, un domingo, para coger violetas.

Marcharon en un tren de la mañana y bajaron en Maisons-Laffite. Aun se estremecían al soplo del invierno las ramas desnudas, pero la hierba reverdecida, brillante, ocultaba entre sus briznas flores blancas y azules y los árboles frutales de las colinas parecían matizados de rosas con sus ramas cubiertas de yemas que se abrían. El Sena corría triste y fangoso á consecuencia de las últimas lluvias, entre sus márgenes casi destrozadas por las crecidas del invierno; y la campiña entera, mojada, pa-

recía salir de un baño y exhalaba un sabor de humedad al sentir el tibio calor de los primeros días de sol.

Pasearon por el parque. Cachelín, triste y desconsolado, rompía con la contera del bastón los terruños, más abatido que de costumbre, pensando amargamente en su infortunio que pronto se haría irremediable. Lesable, sombrío también, temía mojarse los pies andando entre la hierba, y su mujer y Maze trataban de hacer un ramo de flores. Cora, desde hacía algunos días parecía estar enferma, cansada y pálida.

Se cansó en seguida y quiso almorzar pronto. Fueron á un restaurant que estaba junto á un viejo molino, y el almuerzo tradicional de los parisienses que salen al campo, estuvo servido al cabo de poco rato en la glorieta, sobre una mesa de madera tapada con dos servilletas y muy próxima al río.

Habían comido barbos fritos, una tajada de buey con patatas, y se pasaban la fuente de ensalada, cuando Cora se levantó bruscamente y echó á correr hacia la orilla apretando con ambas manos su servilleta contra la boca.

Lesable, inquieto, preguntó:

—¿Qué le pasa?

Maze turbado, se ruborizó y balbuceó:

—No lo sé... hace poco estaba bien.

Cachelin estaba despavorido, teniendo el tenedor en el aire con una hoja de lechuga ensartada en él.

Se levantó procurando ver á su hija. Al inclinarse la vió con la cabeza apoyada en un árbol dando arcadas. Una sospecha rápida le hizo temblar las piernas y cayó en su silla mirando á los dos hombres que parecían tan turbados uno como otro. Les miraba con ansia, no atreviéndose á hablar loco de angustia y esperanza. Transcurrió un cuarto de hora en profundo silencio.

Cora volvió un poco pálida y andando con trabajo. Nadie la interrogó de un modo preciso. Todos parecían adivinar un acontecimiento dichoso que costaba trabajo explicar, que todos ardían en deseos de saber, y que se dijera que temían.

Unicamente Cachelin la preguntó:

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias; no ha sido nada—contestó su hija. —Pero volvamos pronto porque tengo un poco de jaqueca.

Al marcharse tomó el brazo de su marido como para indicarle algo misterioso que no se atrevía á confesar aún.

Se separaron en la estación de San Lázaro. Maze, pretextando un asunto urgente, se fué después de saludar y estrechar las manos.

Apenas Cachelin estuvo solo con su hija y su yerno, preguntó:

—¿Qué es lo que te ha dado mientras almorzábamos?

Cora no contestó en seguida y después de vacilar un momento dijo:

—¡Qué sé yo! ¡me sentía indispuesta!

Andaba con paso perezoso, sonriendo. Lesable molesto, con el espíritu turbado, lleno de ideas confusas, contradictorias, de apetitos de lujo, de cólera sorda, de vergüenza inconfesable, de cobardía celosa, hacía como esos dormilones que cierran los ojos por la mañana para no ver el rayo de luz que se desliza entre las cortinas y que marca una línea brillante en su cama.

Apenas estuvo en su casa habló de un trabajo que tenía que acabar y se encerró.

Entonces Cachelin, poniendo las manos en los hombros de su hija, preguntó:

—¿Estás en cinta, eh?

Ella balbuceó:

—Sí, lo creo. Hace dos meses.

Aun no había acabado de hablar cuando su padre daba saltos de alegría y luego se puso á bailar delante de ella un can-can de baile público, antiguo recuerdo del tiempo que pasara en el ejército. Levantaba la pierna, saltaba á pesar de su barriga y hacía retemblar toda la habitación: los muebles se movían, los vasos entrechocaban en el aparador y la lámpara oscilaba y vibraba como la de un navío. Luego estrechó entre sus brazos á su hija querida y la besó frenéticamente; y luego, dándola un golpecito en el vientre, exclamó:

—¡Ah! por fin lo hemos conseguido. ¿Lo has dicho á tu marido?

Cora, intimidada de pronto, respondió:

—No... aun no... yo... esperaba...

Pero Cachelin exclamó:

—Bueno, bueno, ya comprendo que no te atreves; ya se lo diré yo.

Y se fué á la habitación de su yerno. Al verle entrar, Lesable que no hacía nada, se levantó. Pero su suegro no le dejó tiempo para nada y le dijo á boca de jarro:

—¿Sabe usted que su esposa está preñada?

El marido asombrado no sabía qué cara poner y enrojeció.

—¿Qué? ¿qué dice usted? ¿Cora?

—Digo que está en cinta, ¿oye usted? ¡Vaya una suerte!

Y en su alegría, le cogió las manos, se las estrechó como para felicitarle y darle las gracias, y repetía:

—Gracias á Dios que lo conseguimos. ¡Muy bien, muy bien! Ahora ya es nuestra la fortuna.

Y no pudiendo contenerse le estrechó entre sus brazos.

—Piense usted—exclamaba—que se trata de más de un millón. ¡de más de un millón!

Volvió á bailar y de pronto dijo:

—Venga usted, Cora le espera, venga abrazarla, hombre.

Cogiéndole casi á la fuerza le lanzó como una bala en el cuarto donde Cora permanecía en pie inquieta y escuchando.

Apenas vió á su marido retrocedió sintiendo una brusca emoción. El quedó ante ella pálido y atormentado. Parecía un juez y ella una culpable.

—¿Dicen que estás preñada?

—Así parece—contestó Cora con voz temblorosa.

Pero Cachelin les cogió á ambos por el cuello, les pegó uno contra otro, nariz con nariz, gritando:

—¡Ea, daos un abrazo! ¡bien vale la pena!

Cuando les hubo soltado declaró loco de alegría:

—¡Por fin ganamos la partida! ¿No le parece á usted, Leopoldo, que debemos comprar una quinta de recreo? Allí podrá usted restablecerse del todo.

Al pensar en aquello Lesable se estremeció. Su suegro continuó diciendo:

—Invitaremos al señor Torchebeuf con su esposa, y como el subjefe ya no puede con su cuerpo, usted ocupará su plaza. Así se adelanta poco á poco.

A medida que Cachelín hablaba, Lesable comprendía las grandes ventajas de la nueva situación. Se veía á sí mismo recibiendo en jefe ante una linda propiedad blanca á orillas del río. Llevaba una americana de dril y cubría su cabeza un hermoso panamá. Al concebir aquella esperanza sintió una sensación de bienestar, algo dulce, que parecía mejorar su salud por modo mágico.

Sonreía pero no contestaba.

Cachelín, embriagado de esperanzas, trasportado por sus ensueños, continuaba:

—¡Quién sabe! Quizás adquiriremos influencia en la comarca. Usted podrá ser diputado. En todo caso nos daremos la gran vida y nos trataremos con

gente de alto copete. Usted podrá comprarse un cochecito y una buena jaca para ir todos los días á la estación.

Imágenes de lujo, de elegancia y bienestar se despertaban en la mente de Lesable. El pensar que podría guiar él mismo un lindo coche como aquellos hombres ricos á quienes tantas veces envidiara, se sintió satisfecho del todo y no pudo por menos de decir:

—Sí, lo pasaremos bien.

Cora, viéndole bien dispuesto, sonreía también, reconocida y enternecida, y Cachelín, que ya no veía ningún obstáculo en su camino, exclamó:

—Vamos á comer al restaurant. ¡Pardiez, bien vale la pena de celebrarlo!

Al volver, los tres estaban algo achispados, y Lesable, que veía los objetos dobles y que no sabía lo que se hacía, no supo ir á su cuartito obscuro. Se acostó, quizás por equivocación, quizás por olvido, en la cama aun vacía donde iba á acostarse su mujer.

Y toda la noche le pareció que la cama oscilaba como un buque movido por las olas. Hasta sintió algún mareo.

Quedó muy sorprendido al despertarse de encontrar á Cora entre sus brazos. Ella abrió los ojos, sonrió y le besó con súbito arranque de afección y gratitud y le dijo con aquel acento cariñoso que tienen cuando quieren las mujeres:

—Si quisieras ser un buen muchacho, hoy no irías al Ministerio. Ya no tienes necesidad de ser tan puntual, puesto que vamos á ser tan ricos. Y los dos iremos á comer al campo, pero solos.

Sentíase descansado, invadido por aquel bienestar que producen los excesos y como amodorrado por el calor de la cama. Experimentaba deseos de estar mucho tiempo de aquel modo, de no hacer nada y de vivir tranquila y perezosamente.

Una pereza desconocida y poderosa paralizaba su alma, invadía su cuerpo. Y un pensamiento vago, continuo, dichoso, dominaba en su cerebro: «iba á ser rico, independiente.»

Pero de pronto sintió miedo y preguntó en voz baja como si temiera que las paredes oyesen sus palabras:

—¿Estás por lo menos bien segura de que no te has engañado?

Cora le tranquilizó en seguida.

—No, no. Estoy segura de no haberme engañado.

Lesable, aun algo inquieto, la palpó suavemente. Recorría con la mano su vientre hinchado.

—Sí, es verdad,—dijo;—pero no habrás librado en julio. Quizás nos discutan nuestro derecho.

Al oir aquello, Cora sintió un arrebato de ira. ¡No! no permitiría que la fastidiaran ahora, después de tantas miserias y malos ratos y de tantos trabajos y esfuerzos, ¡no! ¡no!

Se había sentado, trastornada por la indignación.

—Vamos en seguida á casa del notario.

Lesable creyó que antes era conveniente tener un certificado del médico. Volvieron, pues, á casa del doctor Lafilleul. Este les reconoció en seguida y preguntó:

—¿Qué tal? ¿Han conseguido ustedes lo que querían?

Se ruborizaron algo y Cora, turbada, balbuceó:

—Creo que sí, caballero.

El médico se frotaba las manos.

—Lo esperaba, lo esperaba. El medio que les he indicado no falla jamás, á menos de incapacidad radical de uno de los cónyuges.

Después de examinar á la joven, dijo:

—¡No hay ninguna duda, bravo!

Y escribió en una hoja de papel: «El abajo firmado, doctor en Medicina de la Facultad de París, certifica que la señora Lesable, Cachelin de soltera, presenta todos los síntomas de una preñez que data de tres meses.» Luego volviéndose hacia Leopoldo, preguntó:

—¿Y usted? ¿cómo van ese pecho y ese corazón?

Le auscultó y le halló completamente curado.

Se fueron dichosos y alegres del brazo con paso ligero. Por el camino Leopoldo tuvo una idea.

—Cora, sería mejor antes de ir á casa del notario que te pusieras una ó dos servilletas en la cintura. Así tu estado será más aparente y no creerá que queremos ganar tiempo.

Volvieron á su casa y él mismo desnudó á su esposa para hacerle abultar más el vientre. Diez veces por lo menos cambió las servilletas de sitio y se alejaba algunos pasos para ver el efecto, tratando de obtener una redondez perfecta.

Cuando le satisfizo el resultado volvieron á salir, y en la calle parecía orgulloso de pasear aquel vientre que atestiguaba su virilidad. El notario les recibió con benevolencia. Luego escuchó su explicación, leyó el certificado, y como Lesable dijera:

«Por otra parte, caballero, basta mirarla un instante,» lanzó una mirada á la cintura ancha y al vientre abultado de la joven.

Esperaban ansiosos. El notario declaró:

—Muy bien, que el niño haya nacido ó no, poco importa, existe, vive. Aplazaremos, pues, la ejecución del testamento hasta que dé á luz la señora.

Al salir del despacho, se besaron en la escalera movidos de su alegría.

VII

Desde aquel dichoso descubrimiento vivían los tres en unión perfecta. Estaban de buen humor. Cachelin se mostraba jovial y Cora colmaba de atenciones á su marido. Lesable también parecía otro hombre, siempre contento y más amable que nunca. Máze acudía ménos á menudo, y parecía estar menos á gusto con aquella familia; siempre se le recibía bien, pero con alguna mayor frialdad, pues la dicha es egoísta y no gusta de testigos.

El mismo Cachelin parecía experimentar cierta hostilidad secreta contra el guapo empleado que algunos meses antes introdujera en su casa. El fué quien le dió cuenta de la preñez de Cora. Un día le dijo:

—¿Sabe usted que mi hija está en cinta?

Maze, fingiéndose asombrado, replicó:

—¡Ah, caramba! Mucho les debe alegrar eso.

Cachelin contestó:

—¡Ya lo creo!

Pero notó que su colega, por lo contrario, no parecía nada satisfecho. A los hombres no les gusta ver en tal estado, bien sea por su culpa ó no, á las mujeres á quienes aman.

Cada domingo Maze continuaba comiendo en la casa. Pero las veladas se pasaban con trabajo y resultaba penóso pasarlas juntos aunque no hubiera ocurrido ningún grave desacuerdo. Aquella tirantez extraña aumentaba cada día.

Una noche, cuando acababa de salir Maze, el suegro exclamó con expresión furiosa:

—Empieza á cargarme ese hombre.

Lesable contestó:

—La verdad es que no agrada mucho cuando se le conoce bien.

Cora había bajado los ojos y no emitió su parecer. Siempre parecía estar cohibida en presencia de Maze, quien, por su parte, parecía casi avergonzado al estar junto á ella; no la miraba ya sonriendo como en otro tiempo, no llevaba ya palcos para los

teatros y parecía soportar como una carga necesaria aquella intimidad que en otro tiempo fuera tan cordial.

Un jueves á la hora de comer, cuando su marido volvió de la oficina, Cora le besó las patillas con más cariño que de costumbre, y murmuró á su oído:

—¿Me reñirás?

—¿Por qué?

—Porque... es que... el señor Maze ha venido á verme hace poco, y yo, como no quiero dar que hablar, le he rogado que no se presentara nunca cuando tú no estuvieras presente. Me ha parecido que se molestaba.

Lesable, sorprendido, preguntó:

—Bueno, ¿y qué te ha dicho?

—¡Ah! no ha dicho nada. Pero se ve que no le ha gustado, y entonces le rogué que no viniera más aquí. Ya sabes que fuísteis papá y tú quienes lo tragísteis y que yo no tuve nada que ver en ello. Así es que temía enfadarte cerrándole la puerta.

Una alegría de reconocimiento invadía el corazón de Lesable.

—Has hecho muy bien. Te doy las gracias.

Cora, para deslindar claramente la situación de ambos hombres, añadió:

—En la oficina fingirás no saber nada y le hablarás como siempre. Sólo que no pondrá los pies aquí.

Lesable, estrechando con ternura á su mujer entre sus brazos la besó en los ojos y en las mejillas repetidas veces. Decía: «¡eres un ángel!» y sentía junto á su vientre el bulto del niño cada vez más grande.

VIII

No ocurrió nada nuevo hasta que terminó el embarazo.

Cora dió á luz una niña en los últimos días de septiembre. Se llamó Deseada; pero como se quería hacer un bautizo solemne, quedó decidido verificarlo al verano siguiente en la propiedad que iban á comprar.

Escogieron una de Asnieres, en la colina que domina el Sena.

Durante el invierno se cumplieron grandes acontecimientos.

Tan pronto como adquirieron la herencia, Cachelin reclamó su retiro, que se le otorgó, y no fué más por la oficina.

Ocupaba sus ratos de ocio en hacer por medio de una fina sierra mecánica tapas para las cajas de cigarros. También construía relojes, cofrecillos, jardineras de salón y otros objetos y mueblecillos raros. Le entusiasmaba aquel trabajo que se le antojó viendo un mercader ambulante que trabajaba y aserraba trozos de madera en la avenida de la Opera. Era preciso que todos admiraran diariamente los nuevos dibujos que ejecutaba muy complicados y pueriles.

El mismo se mostraba maravillado de su obra y repetía sin cesar:

—Es increíble lo que uno llega á hacer.

Habiendo muerto por fin el subjefe señor Rabot, Lesable desempeñaba su cargo aunque no tuviera el título, pues no llevaba para ello bastante tiempo desde su último ascenso.

Cora se había convertido de pronto en una mujer distinta, más reservada, más elegante, que comprendía, adivinaba y olía las transformaciones que impone la fortuna.

Con motivo de Año nuevo hizo una visita á la esposa del jefe, una buena señora que continuaba pareciendo una provinciana, después de treinta y nueve años de estancia en París, y se dió tanta maña y traza para conseguir que fuera la madrina de su hija, que la señora Torchebeuf aceptó.

Su abuelo Cachelin fué el padrino.

La ceremonia se verificó en espléndido día de Junio. Habían sido invitados todos los oficinistas, que acudieron, exceptuando el guapo Maze, que no se dejaba ver.

A las nueve Lesable esperaba en la estación el tren de París, mientras que un groom, con librea de gruesos botones dorados, sostenía por la brida un poney bien cuidado que tiraba de un cesto flamante.

Silbó la máquina á lo lejos y luego apareció arrastrando su rosario de vagones del que salió una oleada de viajeros.

El señor Torchebeuf salió de un vagón de primera clase junto con su esposa, que llevaba un traje chillón, mientras de un coche de segunda bajaban Pitolet y Boissel. No se habían atrevido á invitar al tío Savon, pero se convino en que se le encontraría como por casualidad antes del almuerzo y se juntaría á la comitiva con permiso del jefe.

Lesable se adelantó hacia su superior que avanzaba á pasos menudos con la levita iluminada por su gran condecoración parecida á una rosa de Ale-

jandría. Su cráneo enorme tapado por un sombrero de anchas alas, aplastaba su cuerpo enteco y le daba el aspecto de un fenómeno, y su esposa, por poco que se empinara, podía mirar por encima de su cabeza.

Leopoldo, radiante, se inclinaba, daba las gracias. Les hizo subir á su cesto y después, yendo al encuentro de sus colegas, que iban modestamente detrás del jefe, les estrechó afectuosamente las manos, excusándose de no poder llevarles en su coche, por no ser posible.

—Sigan ustedes el muelle—les dijo—y ya verán mi casa. «Villa Desirée», la cuarta después de la esquina; dense prisa.

Y subiendo al coche empuñó las riendas mientras el groom saltaba á la trasera.

La ceremonia se verificó con toda felicidad. Luego fueron á la casa á almorzar. Todos hallaron bajo la servilleta un regalo proporcionado á la importancia de los invitados. La madrina obtuvo un brazalete de oro macizo, su marido un alfiler de corbata de rubíes, Boissel una cartera de piel de Rusia y Pitolet una soberbia pipa de espuma. Dijeron que Desirée era la que ofrecía aquellos regalos á sus nuevos amigos.

La señora de Torchebeuf, colorada de turbación y placer, se puso la ancha aforca, y como el jefe llevaba una corbata negra muy estrecha, no pudo ponerse el alfiler y clavó la alhaja en la solapa de la levita, bajo la roseta de la Legión de honor, como una condecoración de orden inferior.

Desde la ventana se descubría un largo trozo de río que subía hacia Suresnes entre las orillas plantadas de árboles. El sol, dando de lleno en el agua, lo convertía en un río de fuego. Los primeros platos se comieron casi en silencio por la presencia de los señores Torchebeuf. Luego todos se fueron animando. Cachelin soltaba chistes un tanto atrevidos y se los reían, porque ya era rico.

Dichos por Boissel ó por Pitolet hubiesen parecido de mal género.

A los postres compareció la criatura. Todos la besaron. Rodeada de blondas miraba á los comensales con sus ojos azules que no reflejaban ninguna inteligencia y volvía á medias la carita mofletuda en la que parecía despertar una chispa de atención.

Pitolet, aprovechando el ruido de las voces, pudo deslizar estas palabras al oído de Boissel: «Parece una Maze en miniatura.»

Al día siguiente circuló la frase en el ministerio.

Al dar las dos, Cachelin propuso visitar la propiedad y dar luego una vuelta por las orillas del Sena. Los invitados recorrieron en procesión todas las habitaciones de la casa desde la bodega hasta el desván, luego examinaron el jardín, árbol por árbol, planta tras planta, y luego se dividieron en dos grupos para dar el paseo.

Cachelin, algo cohibido por la presencia de las señoras, se llevó á Boissel y Pitolet á los cafés de la orilla, mientras las señoras Torchebeuf y Lesable, con sus respectivos esposos, subían por la orilla opuesta, pensando que unas señoras honradas no podían confundirse con la turba bulliciosa y dominguera.

Iban con lentitud por el camino de la margen, seguidas de los dos hombres, que hablaban gravemente de asuntos de la oficina.

Por el río pasaban yoles empujadas por membrudos mocetones, cuyos músculos se movían bajo la piel atezada. Algunas mujeres, sentadas ó medio echadas sobre pieles blancas ó negras, manejaban el timón, amodorradas por el sol, teniendo abiertas sobre la cabeza, como flores enormes que flotaran sobre el agua, sombrillas de seda encarnada, amarilla ó azul. Se cruzaban gritos de una barca á otra,

llamamientos y bromas, y un ruido lejano de voces humanas confuso y continuo, indicaba la presencia de la alegre multitud dominguera.

Largas filas de pescadores de caña permanecían inmóviles á lo largo de la orilla, mientras que algunos nadadores, casi desnudos, de pie, sobre pesadas barcas pescadoras, se echaban á la corriente, volvían á subir á las embarcaciones para echarse de nuevo al agua.

La señora Torchebeuf miraba aquello con sorpresa. Cora le dijo entonces:

—Cada domingo pasa lo mismo. Es lo único que me fastidia de esta comarca tan encantadora.

Una canoa se acercaba lentamente. Dos mujeres, remando, arrastraban á dos mozos tendidos en el fondo. Una de ellas gritó dirigiéndose á las que pasaban por la orilla:

—¡Eh! ¡eh! ¡mujeres honradas! Aquí traigo un hombre para vender, bonito y barato; ¿lo quieren ustedes?

Cora, volviendo la espalda con desprecio, tomó el brazo de su invitada y dijo:

—Ni siquiera puede una estar aquí. Qué infames son esas mujeres.

Y se alejaron. El señor Torchebeuf decía á Lesable:

—Délo usted por hecho. El jefe me lo ha prometido de un modo formal. Ascenderá usted en primero de Enero.

Lesable contestaba:

—No sé cómo darle las gracias, querido maestro.

Al volver encontraron á Cachelin, Pitolet y Boissel, que se les saltaba las lágrimas de tanto reir, arrastrando al tío Savon, á quien encontraron en la margen en compañía de una mujerzuela, según decían por broma.

El viejo, despavorido, repetía:

—No es verdad; juro que no es verdad; estas son bromas de mala especie, señor Cachelin; esto no está bien.

Y Cachelin, reventando de risa, gritaba:

—¡Ah, pillín! Ya oí cómo le decías: «gatita mía;» bien te divertías, viejo verde.

Hasta las señoras se echaron á reir al ver la cara que ponía el pobre hombre.

Cachelin repuso:

—Si el señor Torchebeut lo permite, lo guardaremos preso en castigo de su culpa, y comerá con nosotros.

El jefe consintió con benevolencia. Y todos con-

tinuaron bromeando acerca de la señora abandonada junto á la orilla, mientras el viejo protestaba enérgicamente contra aquella broma de mal género.

Hasta la noche duró la conversación sobre tal asunto, que se prestaba á chistes no muy decentes.

Cora y la señora Torchebeuf, sentadas en lo alto de la escalinata, miraban los reflejos del sol poniente, que inundaba las hojas de una lluvia purpúrea.

Ni un soplo movía las ramas. Una paz serena, infinita, descendía del cielo deslumbrador y tranquilo.

Pasaban todavía algunas barquillas río abajo, buscando sus sitios de amarre.

Cora preguntó:

—Parece que ese pobre señor Savon se casó con una perdida.

La señora Torchebeuf, que estaba al corriente de todos los chismes de la oficina, contestó:

—Sí, se casó con una huérfana muy joven que le engañaba con un calavera y que acabó por huir con él.

Y luego, enmendándose, añadió la gruesa señora:

—Digo calavera, y no lo sé. En todo caso, pare-

ce que se amaban mucho. Y la verdad es que el tío Savon no es nada seductor.

La señora Lesable contestó con seriedad:

—El que se amaran no excusa la falta. El infeliz inspira mucha compasión. Nuestro vecino el señor Barbou se encuentra en el mismo caso. Su esposa se ha enamorado de una especie de pintor que pasaba aquí los veranos, y se marchó con él al extranjero. No comprendo que una mujer caiga tan bajo. Tengo para mí que se debía inventar un castigo especial para tales miserables que llevan la vergüenza al seno de las familias.

En el extremo de la avenida apareció la nodriza llevando Desirée envuelto en sus ropas de encajes. La niña se acercaba á las dos señoras como envuelta en un nimbo de oro por los reflejos del poniente. Miraba aquel cielo de fuego con sus ojos azules sin expresión y asombrados. Los hombres, que estaban hablando un poco más lejos, se acercaron, y Cachelin, cogiendo á su nietecilla, la levantó en alto, como si hubiera querido hacerla subir al firmamento. Se perfilaba sobre el fondo brillante del horizonte con su larga capa blanca que caía hasta el suelo.

El abuelo exclamó:

—Esto es lo mejor del mundo, ¿verdad, tío Savon?

El viejo no contestó, no sabiendo qué decir, ó pensando quizá demasiado.

Un criado abrió las vidrieras de la escalinata, anunciando:

—¡La señora está servida!

DIONISIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIONISIO

I

A León Chapŗón.

El señor Marambot abrió la carta que le presentaba Dionisio su criado y sonrió.

Dionisio, que estaba desde veinte años atrás en la casa, era un hombrecillo membrudo y jovial á quien se citaba en la comarca como modelo de servidores. Preguntó á su amo:

—¿Está contento el señor? ¿Ha recibido una buena noticia?

El señor Marambot no era rico. Vivía modestamente con la renta de un capitalito que recogiera á fuerza de años vendiendo potingues á los labradores, pues era farmacéutico y solterón. Contestó:

—Sí, muchacho. El tío Malois no quiere enre-

darse en un pleito y mañana me dará lo que me debe. Cinco mil francos no están nunca de más en una casa.

Y el señor Marambot se restregaba las manos. Tenía un carácter resignado, antes triste que alegre; era incapaz de un esfuerzo prolongado y no se cuidaba con exceso de sus asuntos.

Hubiera podido mejorar de posición aprovechando la muerte de otros colegas suyos, yendo á ocupar su plaza en poblaciones más importantes y ricas; pero al pensar en lo fastidiosa que es una mudanza y la serie de pasos que necesitaría hacer, no se decidía; y después de reflexionar un par de días se contentaba con decir:

—¡Bah! Esperaré otra ocasión. Nada se pierde por esperar. Quizá halle algo mejor.

Dionisio, por lo contrario, llevado de un genio vivo, aconsejaba á su amo que emprendiera algún negocio, y repetía de continuo:

—Si hubiese contado yo con algún dinero, habría hecho fortuna. Con sólo mil francos me las compusiera.

El señor Marambot sonreía sin contestar y se iba al jardín á pasear con las manos á la espalda, meditando.

Dionisio cantó durante todo el día, como quien está muy alegre. Mostró una actividad desusada tregando los suelos de toda la casa, limpiando la vajilla y alborotando el cotarro.

El señor Marambot, admirado de su celo, le decía:

—Si trabajas así, hijo mío, mañana no vas á saber qué hacer.

Al día siguiente el cartero, á las nueve de la mañana, entregó á Dionisio para su amo cuatro cartas, una de ellas muy voluminosa. El señor Marambot se encerró en su habitación hasta mediodía y dió á su criado cuatro cartas para que las llevara al correo. Una de ellas, dirigida al señor Malois, era sin duda el recibo del dinero.

Dionisio no preguntó nada á su amo, y estuvo aquel día tan triste y sombrío como alegre estuviera el día anterior.

Al llegar la noche, el señor Marambot se acostó á la hora de costumbre y se durmió.

Le despertó un ruido extraño. Se sentó en la cama y escuchó. Bruscamente se abrió la puerta y Dionisio apareció en el umbral, llevando una bujía en la mano, un cuchillo de cocina en la otra, con los ojos dilatados, la mirada fija, las mejillas y la boca contraídas como aquellos á quienes agita una

emoción tremenda, y tan pálido que semejaba á un aparecido.

El señor Marambot, asombrado, creyóle atacado de un acceso de sonambulismo, é iba á saltar de la cama para ir á su encuentro, cuando el criado mató la luz y se precipitó hacia la cama. Su amo extendió los brazos para rechazar el choque, que le derribó de espaldas; y trataba de coger las manos de su criado, á quien creía loco, para evitar los golpes que le asestaba.

Primero fué herido en un hombro, después en la frente y en el pecho luego. Luchaba desesperadamente á obscuras, agitando pies y manos, y gritando:

—¡Dionisio! ¡Dionisio! ¿Estás loco? ¿Qué haces, Dionisio?

Pero éste se encarnizaba, hería de nuevo y cada vez que le rechazaba un puñetazo ó un puntapié volvía furiosamente ó la carga. El señor Marambot recibió dos nuevas heridas, una en la pierna y otra en el vientre. De pronto se le ocurrió una idea, y gritó:

—Cesa, cesa, Dionisio, no he recibido el dinero.

El asesino se detuvo en seguida y el boticario oyó en la obscuridad su resuello.

El señor Marambot añadió:

—No he recibido nada. El tío Malois se retracta, vamos á empezar el pleito y por esto te hice llevar aquellas cartas al correo. Lee las que están en mi escritorio.

Y con un último esfuerzo cogió las cerillas del velador y encendió una vela.

Estaba cubierto de sangre. La pared estaba manchada. Las sábanas, las cortinas, todo aparecía rojo. Dionisio, ensangrentado de pies á cabeza, estaba de pie en el centro del cuarto.

Cuando vió aquéllo, el señor Marambot se juzgó perdido y se desmayó.

Se reanimó al amanecer. Tardó un rato en recordar de un modo claro lo que había ocurrido. De pronto se acordó del atentado, de las heridas recibidas y le entró tal miedo que cerró los ojos para no ver nada. Al cabo de algunos minutos se calmó su espanto y se puso á reflexionar. No habiendo muerto ya, era probable que curara. Sentíase débil, muy débil, pero sin ningún dolor muy vivo, aun cuando sintiera en diversas partes del cuerpo una molestia sensible, como fuertes picaduras. También se sentía helado y mojado y como envuelto en vendas. Pensó que la humedad provenía de la sangre

derramada y sentía estremecimientos de angustia pensando en aquel líquido rojo salido de sus venas y que empapara la cama. La idea de ver aquel espectáculo espantoso le trastornaba y tenía los ojos cerrados con fuerza como si pensara que se le iban á abrir á su pesar.

¿Qué fué de Dionisio? Probablemente había escapado.

¿Qué hacer? ¿Levantarse? ¿Pedir socorro? Sí, pero si se levantaba volverían á abrirse sus heridas y caería exánime, desangrado.

De pronto oyó abrir la puerta. Su corazón casi cesó de latir. De fijo que era Dionisio que iba á rematarle. Detuvo la respiración á fin de que el asesino creyera que ya había muerto.

Sintió que levantaban la sábana, que le palpaban el vientre. Un dolor vivo, cerca de la cadera, le hizo estremecer. Le lavaban con agua fresca, suavemente. Así, pues, habían descubierto el crimen, le curaban, le salvaban. Sintió una alegría delirante; pero por un exceso de prudencia no quiso demostrar que había recobrado el conocimiento, y únicamente abrió un ojo, uno solo, con grandes precauciones.

Reconoció á Dionisio que estaba en pie junto á la cama. ¡Dionisio en persona! ¡Misericordia! Volvió á cerrar el ojo.

¡Dionisio! ¿Qué hacía? ¿Qué intentaba? ¿Qué proyecto espantoso abrigaba?

¿Que qué hacía? ¡Ah, sí! lavarle á fin de borrar las huellas de su crimen y de fijo que ahora iba á enterrarle en el jardín, á diez pies bajo el suelo para que no le encontraran. Quizás le enterrara en la bodega, bajo las botellas de vino añejo.

Y el señor Marambot se puso á temblar de tal modo que todos sus miembros palpitaban.

Se decía: «¡Estoy perdido, perdido!» Y apretaba desesperadamente los párpados para no ver llegar la postrer cuchillada. No la recibió. Dionisio le incorporaba y le vendaba. Luego se puso á curar con cuidado la herida de la pierna, como aprendiera á hacerlo cuando su amo era farmacéutico.

Para un hombre del oficio no cabía duda: su criado, después de intentar matarle, trataba de salvarle.

Entonces el señor Marambot, con voz desfallecida, le dió este consejo práctico:

—Lávame con agua mezclada con coaltar saponificado.

Dionisio contestó:

—Ya lo hago, señor.

El señor Marambot abrió los ojos.

No quedaba rastro de sangre en el cuarto, en la cama ni en la ropa del asesino. El herido descansaba sobre blancas sábanas.

Los dos hombres se miraron.

El señor Marambot dijo al cabo con dulzura:

—Has cometido un gran crimen.

Dionisio contestó:

—Procuro repararlo, señor. Si no me denuncia usted le serviré tan fielmente como antes.

El momento no era muy oportuno para descontentar al criado. El señor Marambot articuló cerrando de nuevo los ojos:

—Te juro que no te denunciaré.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II

Dionisio salvó á su amo. Pasó noches y días sin sueño, no abandonó el cuarto del enfermo, le preparó las medicinas, las tisanas, las pociones, le tomó el pulso, le cambió de postura con una habilidad de enfermero y un interés de hijo.

A cada instante le preguntaba:

—¿Cómo está usted, señor?

El señor Marambot respondía con voz débil:

—Mejor, muchacho, algo mejor, gracias.

Y cuando se despertaba por la noche, veía á su guardián que lloraba en silencio, enjugándose las lágrimas.

Nunca fuera el boticario cuidado con tanto esmero, con tanto mimo. Al principio pensó:

—En cuanto me cure, despido á ese bandolero.

Ahora entraba ya en franca convalecencia y no se decidía á despedir á su asesino. Pensaba que nadie le cuidaría tan bien, que el miedo haría que su criado fuera un modelo de servidores. Le dijo que había depositado un testamento en poder de un notario, denunciando su crimen para el caso de reincidencia.

Aquella precaución le pareció suficiente para prevenir un nuevo atentado, y después de reflexionar maduramente, decidió que lo más oportuno era no separarse de aquella buena pieza para poder vigilarle más de cerca.

Lo mismo que antes del atentado, no se decidía á comprar ninguna nueva farmacia cuando se le presentaba ocasión oportuna.

—Siempre hay tiempo para ello—se decía.

Dionisio continuaba siendo un servidor modelo. El señor Marambot estaba curado. No le despidió.

Una mañana, apenas acababa de desayunarse, oyó gran estrépito en la cocina. Corrió á ella. Dionisio procuraba soltarse de manos de dos gendarmes. El cabo tomaba nota en una agenda.

Apenas vió á su amo, el criado se echó á sollozar, gritando:

—Me ha denunciado usted, señor; es una infamia después de lo que me prometiera. ¡Falta usted á su palabra de honor, señor Marambot; es inicuo, inicuo!...

El señor Marambot, asombrado de lo que veía, exclamó:

—Te juro en nombre de Dios, muchacho, que no te he denunciado. Ignoro como esos señores han podido saber tu tentativa de asesinato.

El cabo pareció estremecerse.

—¿Dice usted que quiso matarle, señor Marambot?

El farmacéutico, despavorido, contestó:

—Sí... Pero yo no le he denunciado... Nada he dicho... Juro que nada he dicho... Me ha servido perfectamente desde entonces...

El cabo dijo severamente:

—Tomo nota de sus palabras. Los tribunales apreciarán ese delito que ignoraban, señor Marambot. Tengo orden de prender á su criado por hurto de dos patos que cogió en casa del señor Duhamel.

y hay testigos del hecho. Dispense usted, señor Marambot. Daré cuenta de su declaración.

Y volviéndose hacia sus soldados, mandó:

—¡En marcha!

Los dos gendarmes arrastraron á Dionisio.

III

El abogado defensor afirmaba que su cliente estaba loco y citaba los dos delitos para apoyar su argumentación. Había probado claramente que el robo de los dos patos se debía al mismo estado de locura que las ocho cuchilladas dirigidas contra su amo. Había analizado con gran elocuencia y precisión las diversas fases de aquel estado mental que, sin duda alguna, desapareceria sometiéndose á un tratamiento adecuado en una casa de orates. Había hablado en tono patético de la fidelidad y el interes de aquel servidor incomparable, de los cuidados que tuvo para su amo, al que hiriera en un instante de alucinación.

Enternecido por aquellos recuerdos, el señor Marambot sintió humedecérsele los ojos.

El abogado lo notó, abrió los brazos con amplio ademán desplegando sus anchas mangas negras como las alas de un murciélago y con entonación vibrante, gritó:

—Mirad, mirad, mirad, señores jurados, mirad estas lágrimas. ¿Qué he de decir en favor de mi cliente? ¿Qué discurso, qué razonamiento, qué argumento valdrían lo que estas lágrimas de su amo? Hablan más alto que yo, más alto que la ley; parecen decir y dicen: «¡Perdón para el loco momentáneo!» ¡Imploran á un tiempo y absuelven y bendicen!

Calló; sentóse.

El presidente, volviéndose entonces hacia Marambot, cuya declaración fuera muy favorable á su criado, le preguntó:

—De todos modos, caballero, aun cuando considerara usted demente á este hombre no se explica por qué le conservó á su servicio; era, por demente, más peligroso.

Marambot replicó enjugándose los ojos:

—¡Qué quiere usted, señor presidente! ¡Es tan

difícil hallar criados en estos tiempos!... Creo que no hallará ninguno mejor que Dionisio.

Este fué absuelto é internado en un manicomio pagando su amo.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
La loca.	7
Cantó un gallo.	15
Un hijo.	27
San Antonio.	47
La herencia.	65
Dionisio.	199

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Últimas obras publicadas

por la

CASA EDITORIAL MAUCCI

CAROLINA INVERNIZIO

Corazón de obrero.—Dos tomos: á peseta cada uno.

Las tragedias de los celos.—Cuatro tomos:

I. *Dora, la hija del asesino.*
II. *Los martirios del amor.*
III. *El cofre misterioso.*
IV. *El castigo de un malvado.*

A peseta cada tomo.

La pecadora.—Un tomo: una peseta.

Aventurera.—Dos tomos: á peseta cada uno.

Heroismo de una mujer. —(Continuación de *Aventurera*).—Un tomo: una peseta.

CARLOS VICTOR TOMEY

Nuevas cosas baturras.—Un tomo ilustrado: una peseta.

FÉLIX GUZZONI

La hija del cardenal.—Un tomo ilustrado: 3 pesetas.

KENJIRO TOKUTOMI

Nami-ko.—Obra sensacional de costumbres japonesas.—Un tomo ilustrado: 2 pesetas.

CARLOTA M. BRAEME

La condesa de Cradoc.—Un tomo: una peseta.

SANTIAGO ARGÜELLO

Viaje al País de la Decadencia.—Un tomo: una peseta.

JOSE LEON PAGANO

Al través de la España literaria.—Dos tomos con 22 retratos: á 2 pesetas cada uno.

El Parnaso argentino (recopilación).—Un tomo ilustrado con 22 retratos: 2 pesetas.

GERÓNIMO ROBETTA

La baraunda.—Dos tomos: una peseta cada uno.

J. M. EÇA DE QUEIROZ

El primo Basilio.—Dos tomos: una peseta cada uno.

Los Maias.—Tres tomos: una peseta cada uno.

G. NÚÑEZ DE PRADO

Los dramas del anarquismo.—Un tomo: una peseta.

Cantaores andaluces.—Un tomo ilustrado: una peseta.

ROCHEFLAMME

María Magdalena, cortesana y amiga de Jesús.—Un tomo de 352 páginas: una peseta.

JOSÉ MÁRMOL

Amalia.—Dos tomos, á peseta cada uno.

GUY DE MAUPASSANT

El Buen Mozo.—Dos tomos, á peseta cada uno.
La señorita Perla.—Un tomo, una peseta.
La criada de la granja.—Un tomo, una peseta.
Berta.—Un tomo, una peseta.
Bajo el sol de Africa.—Un tomo, una peseta.
El testamento.—Un tomo, una peseta.
La loca.—Un tomo, una peseta.
El abandonado.—Un tomo, una peseta.
Miss Harriet.—Un tomo, una peseta.

Los cien cuentos de Boccaccio.—Cuatro tomos ilustrados: á peseta cada uno.

NOVÍSIMO

Diccionario Universal de Agricultura

por

J. T. MÜLLER

autor de célebres obras de Agricultura

(EDICIÓN HISPANO-AMERICANA)

QUE COMPRENDE

todo lo referente á Horticultura, Arboricultura, Viticultura, Olivicultura, Plantas alimenticias, Cultivos, Jardines, Enfermedades de los árboles y plantas y sus remedios, Aguas, Riegos, Abonos, Máquinas, Instrumentos y aparatos agrícolas, Agreología, Agronomía y Agrimensura, Arquitectura rural, Meteorología agrícola, Ganadería, Zootécnia general y especial, Legislación y economía rurales, Bibliografía agrícola y en general todo lo que tiene relación con la Agricultura y sus ciencias auxiliares.

Traducido y copiosamente adicionado, en vista de las mejores obras escritas en España y en el extranjero, por la Redacción Agrícola Ilustrada

---

Tres tomos de gran tamaño, ilustrados con más de diez mil grabados intercalados, y ricamente encuadernados con lomo de piel y tela en el plano con planchas doradas.

Precio de la obra completa: 60 Ptas.

Encuadernada en rica pasta española: **65 pesetas.**